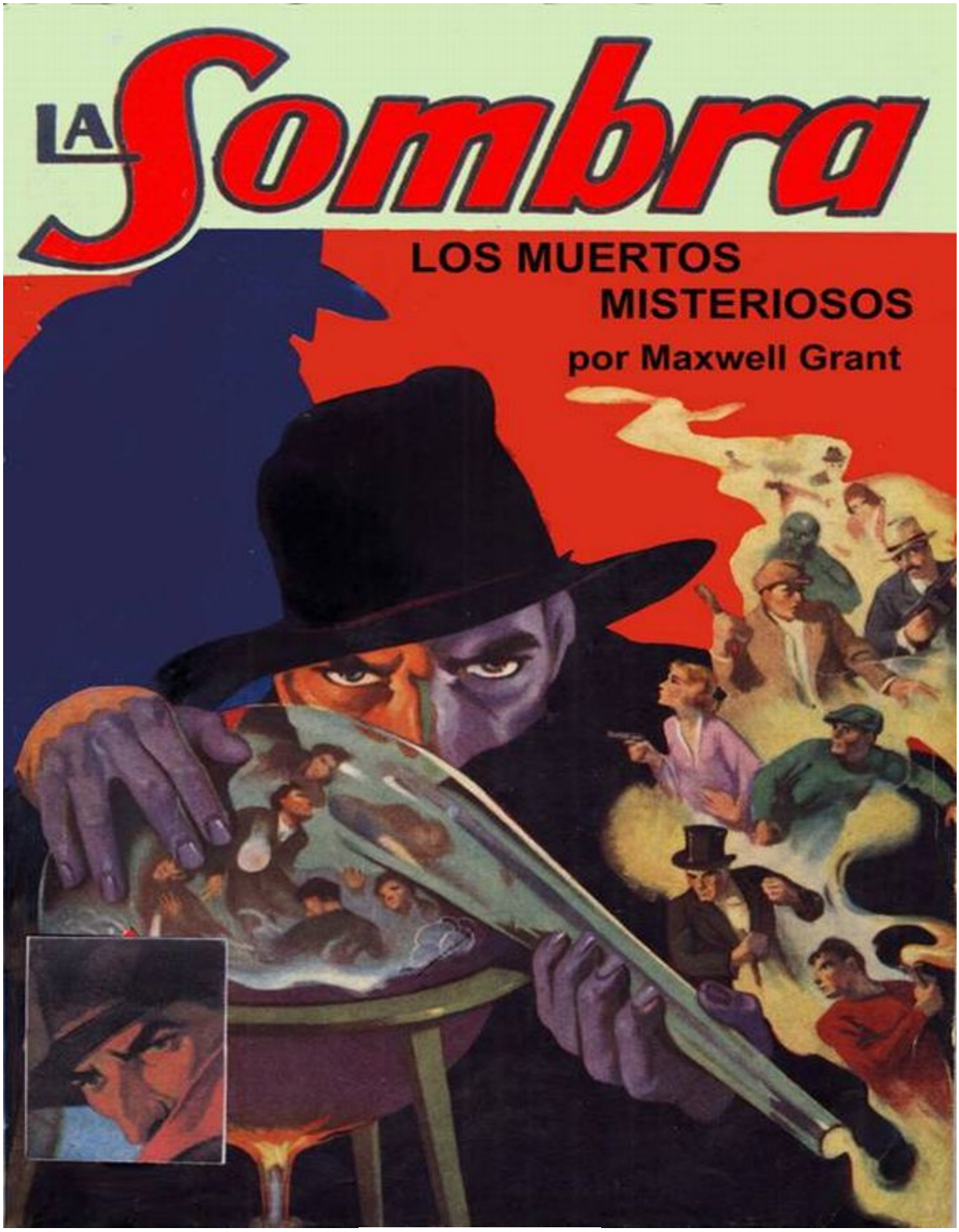
Los muertos misteriosos
Maxwell Grant



LIBROdot.com
http://www.librodot.com

CAPÍTULO I
UN HOMBRE CON UN MENSAJE

El deslumbrante faro de la gigantesca locomotora, se extinguió lentamente cuando el expreso del Oeste entró en la estación de Weehawken.

Un empleado abrió las puertas. Las figuras borrosas de los pasajeros que se apeaban aparecieron en el andén, formando una masa compacta.

Dos hombres permanecían de pie, a corta distancia de las puertas. Lejos del resplandor de los faros de la locomotora; quedaban envueltos en la oscuridad, invisibles. Observaban a los pasajeros que descendían por el andén.

Dijo uno en voz baja:

-Llegará dentro de un instante, Jaime. Tenemos que seguirle. Subiremos juntos al vaporcito.

-Comprenda, Biff-fue la respuesta de su compañero.

Los dos hombres esperaron. Aunque estaban tensos, ninguno parecía encontrarse excitado. No era sorprendente. Esperar a un pasajero de un tren no era difícil para Biff Towley, ni para su compañero Jaime Bosch, pues Biff Towley era uno de los pistoleros más astutos de Nueva York y su compinche era un duplicado.

Un hombre alto y de aspecto juvenil cruzó las puertas con el último de los pasajeros.

Biff Towley tocó con el codo a su compañero. La pareja parecía un par de espectadores desinteresados, cuando el alto pasajero miró en aquella dirección. Pero cuando el joven continuó en marcha hacia el embarcadero, los dos gangsters echaron a andar detrás de él.

-Es Luis Steffan, no hay duda-cuchicheó Biff Towley-. Separémonos cuando lleguemos al bote. Colócate delante de él. Yo seguiré detrás.

Jaime Bosch gruñó en señal de asentimiento.

En el vaporcito, Luis Steffan se dirigió hacia la proa. Apoyado en la barandilla, contempló las aguas iluminadas del río Hudson. Introdujo una mano en un bolsillo y sacó un cigarrillo. Lo encendió con mano temblorosa.

Al levantar la cerilla hacia su rostro, no observó al hombre que se apoyaba en la barandilla, a su lado. Era Jaime Bosch.

El gangster lanzó una mirada de soslayo a Steffan. Vió la palidez del rostro del joven, la contracción de sus labios y el parpadear de sus ojos.

Luego la cerilla cayó por encima de la barandilla y el rostro de Steffan se convirtió en una mancha blanca en la oscuridad, cuando la embarcación despegó.

Jaime Bosch retrocedió cuando Luis Steffan arrojó nerviosamente el cigarrillo al río y se dirigió hacia las puertas del desembarcadero. Cuando el joven se paró, Jaime dio media vuelta y se dirigió pausadamente hacia el camarote en cuya puerta se detuvo.

Biff Towley estaba sentado, solo.

-Parece que está nervioso, Biff-murmuró Jaime, a media voz.

-Debiera estarlo-fue la respuesta, con una risa siniestra-. Colócate delante de él, al otro lado. Yo le seguiré de cerca. Recuerda: uno de nosotros tiene que señalarlo.

Su compañero asintió con la cabeza y regresó a cubierta.

Las aguas del río se agitaban con violencia, cuando la embarcación se aproximaba al desembarcadero de Nueva York. Los miles de luces de Manhattan desaparecieron, mientras la embarcación atracaba.

Cuando abrieron las puertas, Luis Steffan fue uno de los primeros en salir.

No vió nada sospechoso en la figura de Bosch, que caminaba con premura delante. Tampoco observó la figura de Biff Towley siguiéndole pausadamente.

Luis Steffan se detuvo delante de una hilera de cabinas telefónicas y hojeó nervioso el listín de Manhattan.

Biff Towley, a pocos metros de distancia, sonriendo de una manera siniestra, penetró en una de las cabinas y sacó una moneda que retuvo encima de la ranura del aparato.

Luis Steffan encontró lo que buscaba: el número del teléfono de Clark Murdock. Se dirigió a una cabina. Al acercarse, la moneda de Towley tintineó y el gangster, marcó el número 49356 Vermont.

¡Extraña coincidencia! Era el mismo número que Steffan había anotado en su libreta.

Biff Towley hablaba en voz baja cuando el joven empezó a marcar. Estaba escuchando en el receptor. Steffan oyó el zumbido de la señal que indicaba que el aparato estaba comunicando. Colgó el receptor y esperó.

Biff Towley hablaba aún cuando el pasajero volvió a marcar. Una vez más percibió la señal de «ocupado». El joven salió de la cabina, miró nervioso su reloj y se alejó con premura.

Biff Towley, viéndole por la ventanilla de la cabina, terminó tranquilamente su conversación y salió del compartimiento. Vió a la alta figura del joven dirigirse a una parada de taxis. Cuando Biff Towley llegó a la parada, dos taxis arrancaban. Ni el pasajero ni Jaime Bosch estaban a la vista.

Biff Towley sonrió y se encaminó hacia la calle Cuarenta y Dos, en dirección Este.

Luis Steffan había tomado el primer taxi que vió en la parada. Dio las señas de Clark Murdock, que sacara del listín telefónico. Cuando se dirigía a la parte alta de la ciudad, el joven se encontraba muy nervioso.

Había ido a Nueva York con un propósito determinado: para entrar en contacto con Clark Murdock. La llamada telefónica, con la señal de «ocupado», había sido una lamentable pérdida de tiempo. No quería esperar más. Iba en busca del hombre a quien deseaba ver.

Cuando el taxi paró delante de una luz de tráfico, sacó una libreta de un bolsillo del gabán. Repasó las páginas llenas de notas taquigráficas que había escrito.

El recuerdo del peligro corrido para conseguir aquellas notas le hizo estremecer. Se imaginó escuchando tras la puerta de una habitación donde los hombres hablaban; y ante sus ojos apareció el retrato de uno de ellos.

¡Iván Orlinov! El hombre aparecía escrito en las notas. El joven Steffan cerró los ojos cuando el vehículo arrancó. En su imaginación vió un rostro barbudo y astuto, ¡el rostro de un demonio!

Casi sin darse cuenta, crispó los puños. ¡Al parecer Orlinov estaba por todas partes! Abrió los ojos y parpadeó al divisar las luces de la avenida, al esfumarse la visión.

Lanzó una risa ronca y nerviosa. Se sentía protegido bajo el resplandor de aquellas luces. Estaba seguro en Nueva York, con Orlinov a muchas leguas de distancia. Procuró tranquilizarse y poco a poco se disiparon sus temores.

La razón le decía que no podía existir ningún peligro actualmente. Su tarea inmediata consistía en entregar el mensaje a Clark Murdock.

Consultó su reloj. Eran las nueve y diez minutos. Cerníase un peligro en Nueva York, pero amenazaba a otro hombre. Steffan podía frustrarlo, pues él solo conocía el secreto.

Tenía la seguridad de que no podía suceder nada hasta las diez. Quedaban cincuenta minutos aún, y ahora el taxi ese alejaba de la avenida. Una manzana... dos manzanas... y el vehículo se detuvo en el centro de la tercera.

El joven tenía preparado el importe del viaje. Guardándose la libreta de notas, se apeó y se detuvo en la acera, mientras el coche se alejaba.

Era una calle sombría. La noche estaba oscura y nublada y, en esta parte lúgubre de Manhattan, los viejos edificios parecían abandonados.

El número de la casa, reflejado por la, luz del dintel, aparecía borroso.

Luis Steffan había llegado a la casa de Clark Murdock. Dirigió una mirada rápida a ambos lados de la calle, antes de subir los peldaños. Divisó un coche estacionado a unos cincuenta metros de distancia.

Tenía las luces apagadas y no le dio importancia. Impulsivamente, levantó un pie hacia el primer peldaño. Al hacerlo, tuvo la sensación de que había alguien a su lado.

En los labios del joven Steffan se heló una exclamación. El desconocido, que se le había acercado, era un hombre bajo y achaparrado, y en su mano apretaba un arma. El cañón del revólver apretó las costillas de Luis Steffan.

-Eche adelante-ordenó una voz fría y ronca-. Como vuelva la cabeza, lo achicharro. ¿Comprendido?

Aterrorizado, el joven obedeció, alejándose de la casa que buscara, del único lugar que le ofrecía un refugio seguro. El coche estacionado se aproximaba lentamente. Temblando de sentir la presión de la pistola en la espalda, el joven avanzó con paso vacilante obedeciendo las órdenes de su aprehensor.

El coche les salió al encuentro, a unos veinte metros de la casa. Era un sedán y la portezuela trasera se abrió al llegar al lado de los dos hombres.

Dentro del automóvil, Luis Steffan divisó la figura borrosa de otro enemigo.

Vió, también, el brillo de un revólver.

Un empujón de su aprehensor hizo subir a Steffan al coche. Se acurrucó en el asiento, con las manos en alto. Sus ojos aterrorizados vieron el segundo revólver que le encañonaba.

-En marcha-dijo el hombre de la acera.

-Bien, Jaime-fue el gruñido del nuevo guardián del desventurado.

El primer bandido cerró la portezuela. El coche arrancó.

Iban a dar el «paseo» a Luis Steffan.

Jaime Bosch rió al ver al coche desaparecer por la primera esquina. Se guardó el revólver tranquilamente. Se dirigió calle abajo, en dirección opuesta. Pasó pausadamente delante de un policía, dobló la esquina y entró en una avenida. Llegó a un establecimiento y entró en una cabina telefónica.

Breves instantes después, hablaba a Biff Towley.

-Sin novedad, Biff-comunicó, lacónico-. Los muchachos esperaban. Se han marchado con un pasajero.

-¿Llegaste primero?-preguntó la voz de Towley.

-Aguardaba allí cerca, desde hacía un rato-respondió su compinche-. Me apeé a una manzana de distancia. Me acerqué y me oculté cuando llegó nuestro amigo.

-Has ejecutado bien la operación. Te veré más tarde. Tengo que hacer otra visita.

Saliendo del establecimiento, Jaime Bosch volvió por la manzana, pasando por delante de la casa de Clark Murdock. Sonrió al pasar por el lugar donde había efectuado la captura. Continuó su marcha pausadamente. Su trabajo había terminado.

Endurecido sicario del jefe de una banda de gangsters, el deber de Bosch consistía en obedecer órdenes sin conocer los motivos. La operación de esta noche era un misterio para él.

Biff Towley había apostado a varios pistoleros en un coche cerca de la casa de Murdock y se había llevado a Jaime a Weehawken para interceptar a Luis Steffan, un hombre de quien el gangster no había oído hablar nunca.

Jaime había ejecutado otras operaciones similares. Era el experto piloto que conducía a las víctimas a los automóviles que esperaban. Adónde iban o lo que les sucedía no era cosa que preocupara o importara a Jaime Bosch.

No sentía ningún interés ni simpatía por Luis Steffan. Ese joven era simplemente otro en la lista, de los que Biff Towley había decidido suprimir.

En consecuencia, el endurecido criminal olvidó el asunto, cuando se dirigía hacia su cabaret favorito, un lugar donde las luces brillantes y las mujeres alegres y ostentosas seducían. Ignoraba que esta noche había desempañado un papel vital en los planes de hombres más astutos que Biff Towley.

Pues Luis Steffan llevaba a Nueva York un mensaje singular. De haberlo entregado, quizá habría frustrado un extraño e increíble crimen. Pero fracasó, él que era el único que había llegado a conocer las trama de un complot infernal.

En Bronx, en la parte alta de Nueva York, el coche de la muerte se detuvo junto a un solar. Un disparo sordo... un jadeo agonizante... y todo quedó terminado.

La portezuela se abrió y el cuerpo de Luis Steffan se desplomó sobre el asfalto.

El coche arrancó en dirección de su destino.

Luego, de la ventanilla revolotearon algunos fragmentos de papel, que se esparcieron en el aire mientras el coche se alejaba veloz hacia Manhattan.

Eran las notas taquigráficas de Luis Steffan, que los pistoleros rompían.

El hombre del mensaje estaba muerto. Y su mensaje había desaparecido para siempre.

Para la Policía, sería otro crimen de los gangsters. ¡Cuándo encontrasen el cadáver y registrasen sus bolsillos, el crimen desconocido se habría realizado!

CAPÍTULO II
UN EXTRAÑO DESCUBRIMIENTO

-Entren en el laboratorio, señores. Voy a realizar una demostración.

El que hablaba era un hombre cargado de hombros y cabellos grises que aparentaba unos cincuenta años. Vestía una bata blanca. Hablaba a un grupo de hombres de aspecto inteligente, que estaban sentados en una salita.

Este hombre, a quien los otros prestaban una atención respetuosa, era Clark Murdock, cuyos experimentos químicos le habían dado una envidiable reputación.

Los hombres se levantaron y siguieron al químico a su laboratorio. Era la sala posterior del segundo piso del viejo caserón de Clark Murdock. Éste había escogido ese lugar solitario, lejos de las principales arterias de Manhattan, con el objeto de realizar sus experimentos.

El laboratorio era un lugar extraordinario. Contenía estantes llenos de botellas, largas mesas cubiertas de instrumentos y piezas de mecanismos diversos.

Sus invitados miraron con interés a su alrededor y el químico sonrió al observar sus miradas de extrañeza. Estos hombres acudieron con el objeto de presenciar una demostración, de sus nuevos experimentos sobre la desintegración del átomo. Clark Murdock había realizado algunos descubrimientos muy notables, pero comprendía que muy pocos de sus visitantes comprenderían su verdadera trascendencia.

Indicando, a los asistentes que se sentasen, Murdock giró la vista a su alrededor con el aire de un profesor a punto de explicar la lección a su clase.

Esperó hasta hacerse un silencio completo; luego dirigió la mirada a su ayudante, de rostro, solemne, que se encontraba en un rincón.

-Puede usted salir, Stevens-le dijo con brusquedad.

-Sí, señor-dijo el hombre, con una leve reverencia-. ¿Quiere usted que espere hasta que llegue el camión?

-No-repuso Murdock-. Tenían que volver a buscar aquella caja que trajeron por equivocación. Yo me ocuparé de eso, Stevens. La dejó junto al ascensor, ¿no es eso?

-Sí, señor.

-Muy bien. Yo responderé cuando llamen. Buenas noches, Stevens.

El solemne ayudante salió del laboratorio y Murdock, sonrió de nuevo a sus invitados.

-Stevens es un buen ayudante, señores -dijo, tranquilamente-. No sabe nada, lo cual es mucho mejor que saber demasiado, como sucede con algunos ayudantes.

Los invitados rieron. Murdock giró la vista en torno del grupo. Observó a dos hombres que le impresionaron más que los otros. Permanecían sentados, uno al lado del otro.

Uno era el doctor Gerardo Savette, un hombre de rostro agudo, que gozaba de gran reputación en su profesión. El otro era Lamont Cranston, un millonario, probable financiero de inventos prometedores de Murdock.

Éste, a pesar de su carácter quisquilloso, era hombre que no perdía de vista el negocio. Buscaba ayuda financiera para sus actuales experimentos y se le había ocurrido que la aprobación de Savette provocaría el interés de Cranston.

En consecuencia, sus explicaciones iban dirigidas principalmente a estos dos.

-Son cerca de las diez-dijo-. Durante dos horas he estado discutiendo el valor de la desintegración atómica, como fuente de una fuerza tremenda.

"Durante ese tiempo he procurado esbozar los principios de este problema. Han mostrado ustedes una gran paciencia, señores, y ahora voy a recompensarles con una demostración real.

Murdock fue a una mesa cubierta, situada en el centro de la sala. Levantó el paño descubriendo una esfera de cristal hueca. Esta bombilla, de más de un palmo de diámetro, estaba montada sobre una base de metal.

-Observen-invitó Murdock, quedamente.

Oprimió un conmutador y un motor empezó a zumbar. Unas chispas diminutas aparecieron dentro de la bombilla. Luego surgieron unas llamas rápidas y silenciosas cuando-unas partículas invisibles se desintegraron.

-La acción atómica-explicó el químico de cabellos blanco.

La actividad desarrolla de dentro de la hueca esfera, semejaba una guerra en miniatura. Los espectadores contemplaban el fenómeno, fascinado, mientras Clark Murdock permanecía a un lado, observando las expresiones de sus rostros.

Cuando el caos hubo llegado a su apogeo y la bombilla parecía que iba a romperse, Murdock volvió a oprimir el interruptor. La terrible conmoción continuó durante unos cuantos minutos más; luego, cesó poco a poco. Los espectadores se contemplaron asombrados los unos a los otros.

-Eso-declaró Murdock-, es una demostración perfecta de mi descubrimiento. Han presenciado ustedes los resultados de la desintegración atómica realizada en un vacío. Ahora imagínense-el rostro del químico adoptó un aire de visionario-la misma actividad en una escala mucho mayor, dentro de una cámara de paredes de acero. Hay aquí una fuerza que sobrepasa a todos los sueños...

Calló de repente al oír el sonido del timbre del teléfono en otra habitación.

Cuidadosamente, desconectó el aparato y salió del laboratorio. Regresó al cabo de unos minutos y habló al doctor Savette.

-Le llaman al teléfono-le dijo.

El doctor entró en la otra habitación. Al volver, un rato después, encontró a Murdock explicando de nuevo les puntos importantes de su descubrimiento. -He descubierto los secretos del átomo-decía-. Más aún, he descubierto un método de regulación atómica. Dentro de unos meses, habré conseguido un éxito completo.

»Como algunos de ustedes han observado, corro un peligro en mis experimentos, pero ese riesgo es en interés de la ciencia. Con frecuencia he sentido la tentación de dejar que la carga eléctrica continúe hasta el último momento; pero siempre he resistido esa tentación.

»Aquí, en este laboratorio-continuó-, la explosión de la esfera de cristal resultaría desastrosa. La energía atómica se disiparía con rapidez, pero podría provocar explosiones entre ciertos productos químicos, que ustedes ven en estas mesas y estantes.

»Dos veces-añadió-, he logrado evitar incendios aquí. No he conseguido aún que me asegurase una Componía de Seguros y he escogido este lugar retirado porque hay relativamente pocos vecinos que saliesen perjudicados en caso de algún accidente.

-Sería una gran pérdida para la ciencia-observó uno-. Debería usted obrar con cuidado...

-En efecto: debo tener cuidado-repuso Murdock-. Todos los aparatos que ustedes ven aquí podrían ser sustituidos con facilidad. Llevo todos mis planes aquí-se palmoteó la frente de una manera significativa-y mientras exista mi cerebro, pueden obtenerse siempre estos resultados. Pero es un hecho, señores, que si yo muriese, mis descubrimientos se perderían. No digo para siempre, pues lo que uno ha descubierto, otro puede descubrirlo también. Pero afirmo que no existe ningún otro hombre que pueda repetir lo que ustedes han visto esta noche.

No había nada de fanfarronería en las palabras de Murdock al mirar alrededor del grupo. Tenía el aire de un hombre que expone simplemente un hecho, lo cual no pasó inadvertido para los visitantes. Conocían que habían escuchado la verdad.

El doctor Savette avanzó tendiendo la mano, que Clark Murdock estrechó.

-Permítame felicitarle, señor Murdock-dijo el doctor-. Esta es la demostración más notable que he presenciado jamás. Le vaticino el mayor éxito. Ha demostrado usted el valor de sus descubrimientos.

El hombre que había desmenuzado el átomo, sonrió al oír estas palabras de aprobación. Los otros del grupo estaban visiblemente impresionados por el entusiasmo del doctor Savette.

-Lo único que siento-declaró el doctor Savette-, es que tengo que dejarle ahora. Esta segunda llamada telefónica ha sido más urgente que la primera que recibí esta noche. Espero con gran interés su siguiente demostración, señor Murdock.

-Buenas noches, doctor-dijo Murdock, calurosamente-. Ha sido para mí un gran placer su presencia aquí esta noche. En su próxima visita le demostraré cómo funciona la energía atómica. Para entonces espero tener una esfera de acero, en la que los átomos estallarán para facilitar energía que pueda utilizarse.

El doctor Savette estrechó las manos de los otros visitantes y salió del laboratorio.

Murdock continuó con sus explicaciones; luego declaró que las demostraciones habían terminado por ese día.

-Continuaré trabajando esta noche, -indicó al partir los visitantes-.Trabajo mejor cuando estoy solo.

De vuelta a su laboratorio, Clark Murdock se sentó y sonrió pensativo.

Estaba satisfecho de los resultados de la noche. El doctor Savette había pronunciado unos elogios. Lamont Cranston y los otros también expresaron su aprobación.

El químico miró en torno del laboratorio y contempló la esfera de cristal.

Luego cambió el giro de sus pensamientos y se incorporó de repente para dirigirse hacia una puerta situada en el fondo de la sala.

Había recordado que iban a llegar dos camiones, para llevarse una enorme caja que trajeron aquella tarde. Telefonearon poco después diciendo que habían sufrido una equivocación.

Deberían haber llevado otra caja, en su lugar, la cual entregarían más tarde; mientras tanto, vendrían a recoger la caja que equivocadamente dejaron.

Murdock extrañaba que no hubiesen llegado aún. Entró en una pequeña habitación situada fuera del laboratorio. En un lado había unos escalones que conducían a la planta baja. Delante estaba el montacargas. La caja fue depositada en un rincón, cerca del mismo.

El químico llamó. No hubo respuesta. Evidentemente, el camión no había llegado.

Se dirigió de vuelta al laboratorio. De repente, impulsado por la curiosidad, se detuvo a mirar la caja. Era larga y oblonga. La parte delantera semejaba una puerta.

Estudió el embalaje. No vió ninguna seña inscrita en él. Se preguntó si realmente habían sufrido una equivocación. La caja era de doble tamaño de la que él esperaba; no obstante, podría contener el aparato que hacía días comprara.

Observó un pesado martillo colgado en la pared. Su curiosidad aumentó. De pronto decidió abrir la caja y examinar su contenido. Alzaprimando con el martillo la tapa delantera de la caja, desprendió poco a poco la parte que estaba clavada fuertemente. Logró introducir los dedos y trató de abrirla.

No fue una tarea fácil, pues los clavos estaban aún, en parte, clavados. Pero Murdock continuó trabajando, resuelto a terminarla.

La caja se inclinó hacia delante cuando el químico tiró de ella. Luego, inesperadamente, la parte delantera, que semejaba una puerta, cedió. Clark Murdock se tambaleó hacia atrás. Luego, apoyado en la pared, contempló pasmado de asombro un objeto que cayó de la caja, al suelo.

Era el cuerpo de un hombre, una figura inerte y sin vida, que yacía en una postura retorcida y acurrucada. Era un hombre vestido de blanco, de cabellos grises.

Clark Murdock se cogió la bata. Era idéntica a la del muerto. ¡Más aún, el tamaño y forma de aquel cuerpo eran iguales a los del químico!

Avanzando lentamente, se inclinó y levantó el cuerpo hacia la caja. Observó que el interior de ésta, estaba acolchada para evitar que su contenido rebotase de un lado a otro.

Pero no se preocupó atrás de esto.

Estaba interesado en el cuerpo que yacía en el suelo, con la cabeza doblada hacia abajo.

Lo ladeó para verle el rostro. La luz era débil en el rellano; mas, no obstante, aun en la oscuridad, observó una visión que le sobresaltó.

Sujetaba la cabeza inerte y contemplaba, fascinado, el rostro de la víctima, sin duda, de algún siniestro atentado. Las facciones le llenaron de asombro.

Pues Clark Murdock miraba un rostro que no podía dejar de reconocer. ¡La cara del muerto era un duplicado exacto del suyo!

CAPÍTULO III
UN VISITANTE VUELVE

Cuando Clark Murdock se recobró de su pasmo, permaneció con la mejilla descansando en una mano y examinó el cadáver tendido a sus pies.

Agudo analizador, Murdock trataba de sondear el misterio que allí yacía.

Pero su cerebro estaba adiestrado para los problemas de la química, no para el crimen. Cuanto más examinaba el horrible, cadáver, más aumentaba su perplejidad.

Estuvo tentado en volver a colocar el cuerpo en la caja. Mas se le ocurrió que tardaban demasiado y que, con toda probabilidad, los hombres habían recibido instrucciones al efecto de no pasar a recoger el bulto.

El resultado fue que Clark Murdock tenía en su poder el cadáver de un desconocido, cuyas ropas y facciones eran características de las suyas. Era demasiado asombroso para ser una simple coincidencia.

¿Qué debía hacer? ¿Llamar a la policía? Sería lo apropiado; sin embargo, titubeaba en hacerlo. Comprendió que la someterían a un interrogatorio molesto e indeseable por todos conceptos, y que seríale difícil explicar el asunto en forma satisfactoria.

No vió llegar la caja. Stevens su ayudante, la recibió; pero Murdock conocía la estupidez de su auxiliar. Dudaba que él o Stevens pudiesen facilitar a la policía alguna información, que les permitiese localizar al propietario de la caja.

No obstante, el asunto le molestaba grandemente. Había proyectado realizar unos experimentos extensos esta noche y ahora tendría que aplazarlos, lo cual le desagradaba.

Se le ocurrió que si volviese el camión-aunque la posibilidad era remota-sería conveniente detenerlos.

Esto no le dejaba más que una opción. Debía avisar a la Policía. Un retraso seria comprometedor. Moviendo afirmativamente la cabeza, volvió al laboratorio, y luego entró en su despacho.

Se sentó junto a la mesita del teléfono y empezó a consultar el listín buscando el número de las oficinas centrales del departamento de detectives.

Hallábase ocupado en esto cuando percibió un ligero ruido, y al levantar la cabeza de repente, vió al doctor Gerardo Savette. El doctor acababa de entrar en la habitación y estaba haciendo una cortés reverencia.

-¿Espero que no le molesto?- El tono del médico era suave-. Encontré que podía volver en seguida. Abrigaba la esperanza de que sus invitados estarían aquí todavía.

-¿Cómo entró?-inquirió Murdock, malhumorado.

-Por la puerta de la calle-repuso el doctor Savette, con suavidad-. Toqué el timbre y no obtuve respuesta. Entonces recordé que su ayudante estaba fuera. También recordé que usted y los otros se hallaban en el laboratorio cuando me marché. En consecuencia, me tomé la libertad de abrir la puerta y subir.

-Pero la puerta estaba cerrada con llave-observó Murdock-. No tengo ninguna objeción a que usted entre, doctor Savette. Es usted siempre bien venido. Pero no acierto a comprender de qué modo entró por una puerta que estaba cerrada con llave.

-La encontré abierta-replicó el doctor, sonriente-. De lo contrario, no habría podido entrar.

-Debí olvidar echar la llave-musitó Clark Murdock, pensativo-. Es extraño, pues estaba seguro de haber cerrado con llave. Por lo visto se trata de un descuido, aunque afortunado. Me alegro de que haya venido.

-Me satisface oírlo-dijo Savette-. Me gustaría hablar con usted con referencia a sus experimentos...

-Hay algo más importante por el momento, doctor. Algo que requiere una atención inmediata.

-¿Algo más importante que sus experimentos?- El tono del doctor Savette indicaba su perplejidad-. Apenas puedo creerlo, señor Murdock.

El químico se levantó y puso el listín de teléfonos a un lado. Hizo una seña a su visitante y abrió la marcha a través del laboratorio. Murdock hablaba mientras caminaban.

-Estaba a punto de telefonear a la policía-explicó-. Su llegada ha sido oportunísima. Necesitaba un consejo inmediatamente y no acertaba en pensar quién podría ayudarme.

-¿Mi consejo sobre qué?-interrogó Savette-. ¿Para qué necesita a la policía?

-Aquí está el motivo-declaró Murdock, con voz calma.

Abrió la puerta que daba al rellano y señaló-el cadáver que yacía en el suelo.

El doctor Savette retrocedió con una exclamación de sorpresa. Luego avanzó y examinó el cuerpo.

-Este hombre está muerto-declaró-. Parece ser que lo han estrangulado.

Contempló en silencio el rostro cadavérico; luego miró a Murdock.

Retrocedió y contempló el cadáver; después volvió a mirar a su compañero.

-¡Es asombroso!-exclamó-. ¡Asombroso! ¡Este hombre tiene una gran semejanza con usted!

-Eso es lo que me intriga-declaró Murdock.

-¿Cuándo llegó esta caja?-interrogó Savette.

-Hoy-respondió el químico-. Eso es, a lo menos, lo que me dijo Stevens. Se supone que el camión debe llegar de un momento a otro.

-Hum-murmuró el doctor-. Esto es inquietante, Murdock. Sin embargo, parece tener un extraño significado. No es probable que el remitente de semejante caja la mandase a un destino equivocado. Francamente, no creo que pasen a recogerla. En mi opinión, fue traída deliberadamente aquí.

-Más ¿por qué?

-Con el objeto de que usted la abriese... y encontrase el cadáver, exactamente como usted lo ha hecho.

-Pensé lo mismo-confesó Murdock-. Pero no comprendo el propósito.

-Puede ser la obra de algún enemigo-dijo el doctor Savette, lentamente-. Alguien que desea dificultar sus experimentos. Estaba usted a punto de llamar a la policía. Y si ésta viniese, le produciría a usted muchas molestias, lo suficiente para retrasar su labor durante algún tiempo.

-Es cierto-asintió Murdock-. Pero no comprendo por qué razón está el cadáver vestido con una bata de trabajo como la mía.

-Se me ocurre otra hipótesis-observó el doctor, pensativo-. Puede tratarse de una amenaza, un plan para asustarle. La persona que remitió esta caja no podía esperar que usted la abriese esta noche. Usted esperaba que viniesen a recogerla.

-Así es-asintió el químico-. Obedecí a un impulso inexplicable. Supongo que de ordinario la habría dejado unos cuantos días, sin investigar su contenido.

-Exacto-declaró Savette-. Ahora supongamos que han mandado un mensaje, que está de camino; Que va usted a recibir una amenaza, en la cual se menciona la caja. Al abrir ésta, usted encuentra un cadáver que se le parece. Esto daría más fuerza al mensaje, ¿no es verdad? Especialmente si la amenaza fuese dirigida contra su vida.

Clark Murdock asintió con la cabeza. Luego respondió de repente:

-Creo que ha acertado usted, doctor. Esto me obliga a llamar a la policía. No quiero perder ni un instante más.

El inventor se volvió hacia la puerta del laboratorio. Ya tenía la mano en el pomo.

-¡Espere!

La exclamación del doctor Savette tenía un tono imperioso.

Clark Murdock se volvió, sorprendido. Dirigió una mirada al doctor y observó una expresión peculiar en su rostro.

Rechoncho y cetrino, de ojos sagaces, el doctor Savette apareció como una figura amenazadora en lugar del profesional suave y cortés que él viera un momento antes. Al volverse de repente, Murdock sorprendió a su compañero con semejante expresión.

Mientras el químico le contemplaba consternado, Savette reanudó su fingida amabilidad. De nuevo volvió a representar su papel y con voz persuasiva trató de volver a captar la confianza de Murdock.

-Sería imprudente llamar a la policía-susurró-. Eso es precisamente lo que el remitente de la caja desearía que usted hiciese...

La voz de Murdock le interrumpió.

-Habla usted-dijo con frialdad-, como si conociese al autor de este crimen. Su llegada fue oportuna, mientras yo, estaba junto al teléfono. Suponga-los ojos de Murdock llameaban de furia-que le acusase a usted de complicidad en este crimen que vemos ante nuestros ojos. ¿Qué diría usted, doctor Savette?

Las punzantes palabras produjeron su efecto.

Los labios de Savette dibujaron una siniestra burla. Su rostro cetrino tornóse tenso y una vena se le hinchó en la frente. Sin tratar de fingir más una amistosa cordialidad, dio rienda suelta a su furia al avanzar lentamente.

Murdock soltó el pomo y levantó los puños crispados. Aunque más ligero de peso y más viejo que su adversario, era un hombre nervioso y capaz de presentar batalla. Esperó firme al avance de Savette y los dos hombres permanecieron uno enfrente del otro, clavadas mutuamente las miradas.

En la mirada de Murdock no se observaba el más ligero temor, y Savette, aunque se había transformado en un verdadero demonio, vaciló al observar la mirada firme y fija en los ojos resueltos de Murdock.

Fue el químico quien habló primero; y sus palabras fueron irónicas y amargamente condenatorias.

-De modo, que usted volvió-dijo-. Pasó por una puerta cerrada con llave. Sentía ansiedad por llegar antes de que los otros se hubiesen marchado, ¿eh? ¡Miente usted, Savette! ¡No salió usted de esta casa! Esperó escondido en una de mis habitaciones hasta que se hubieron retirado los demás.

»Aguardó usted-añadió-, para realizar un propósito siniestro. El cadáver de la caja es cosa suya. No es usted un amigo; es usted mi enemigo. No conozco sus planes, pero puedo decirle...-su voz se tornó dura y rotunda-, puedo decirle que no saldrá de aquí esta noche hasta que no haya yo averiguado sus designios y puesto a usted donde debe estar. Sé lo que usted es. ¡Asesino!

En el rostro del doctor se operó un cambio horrible. Sus dientes apretados semejaban los colmillos de una fiera.

La acusación de Murdock había producido su efecto. Gerardo Savette quedó revelado como un monstruo. Su voz como sus maneras-delató su verdadero carácter al responder a las palabras de desprecio de Murdock.

-¡Puede llamarme como quiera! -rugió-. ¡Soy un asesino! ¡Maté al hombre cuyo cadáver yace en el suelo! Me acusa de complicidad. Soy más que un cómplice. Yo mandé esta caja. Usted averiguó su contenido. Eso es algo que no debiera haber descubierto nunca. Pero no importa ahora. Cree usted que ha frustrado mis planes-de los labios de Savette brotó una carcajada siniestra-y que le dejaré llamar a la policía. Se equivoca; Murdock. Se equivoca, como pronto lo verá...

Savette acercaba con disimulo sus manos a sus bolsillos. Trataba de sostener la mirada de Murdock para que éste no viese su acción.

Apenas habían desaparecido de la vista los dedos del doctor, cuando Murdock se abalanzó sobre él, Savette trató de esquivarle, pero fue tarde..

Murdock le cogió la muñeca, derecha, cuando la mano surgió empuñando una pistola automática.

Tras una breve torsión, Savette quedó desarmado al caer la pistola al suelo, junto al cadáver que yacía allí.

Luego los dos hombres se agarraron luchando a brazo partido. Savette, aunque era más pesado y más poderoso, había encontrado un adversario de fuerza inesperada. Lucharon yendo de un lado a otro, enérgicos y resueltos.

Clark Murdock iba ganando ventaja. Asió los brazos de su enemigo, aprisionándoselos y le hizo retroceder hasta que cayeron sobre el cadáver del suelo.

Murdock quedó encima de su adversario.

El brazo izquierdo de Savette quedó momentáneamente libre. Volvió a introducir una mano en su bolsillo. Murdock, sospechando que iba a esgrimir otra pistola, tiró de la muñeca hasta que la mano apareció a la vista.

Savette tenía el puño crispado. No se le veía ninguna arma. Pero Murdock, con enérgica determinación, trató de inmovilizar el brazo de su adversario, por la espalda.

Fue entonces cuando Savette hizo un movimiento frenético y desesperado, luchó con fiereza y se incorporó a medias, intentando con la mano derecha atacar los ojos de su adversario.

El químico esquivó la acometida y rodeó con su brazo derecho el cuello de Savette. Empezó a someter a su adversario, estrangulándolo.

La cabeza de Savette cayó hacia atrás y Murdock miró el rostro, burlón, cuando se tornaba de color de púrpura. Los brazos de Savette se zafaron y extendieron sobre el suelo. Luego su mano izquierda se levantó, sin ser vista por el hombre que le iba dominando.

Un objeto diminuto brilló en el puño del doctor, cuando lo acercó hacia el hombro de Murdock. Un brusco gruñido salió de los labios del químico cuando la jeringuilla penetró en su carne.

Los brazos del doctor descendieron y su cabeza cayó contra el suelo. Savette perdía su aliento, pero su aguja había realizado su obra.

Murdock soltó su presa y se tambaleó. Su cuerpo cayó de repente a un lado y rodó por el suelo.

Tres hombres yacían inmóviles. Gerardo Savette respiraba apenas. Clark Murdock estaba hecho un ovillo. Al lado de ellos yacía el cuerpo rígido del hombre desconocido.

Savette se movió pronto. Cansadamente levantó la cabeza y se incorporó asiendo un costado de la caja.

Una sonrisa diabólica se dibujaba en su cara. Luego, al ponerse en pie, adoptó su gesto natural. Se quitó cuidadosamente el polvo de las ropas y permaneció, con los brazos cruzados, contemplando sonriente y serena la escena que se presentaba ante sus ojos.

Dos hombres inmóviles: Clark Murdock y otro. Dos hombres, vestidos de igual modo, de aspecto y facciones similares. Un observador casual no hubiera podido distinguir al famoso químico del cadáver que yacía en el suelo.

Calmosamente, Savette recogió su pistola y se la guardó. Encontró la jeringuilla cerca de la caja y la examinó para asegurarse de que había realizado con eficiencia su obra. Luego inspeccionó el cuerpo de Clark Murdock.

Según todas las apariencias externas, el famosa químico estaba muerto. Su cara arrugada había adquirido una palidez mortal. Su cuerpo, estaba rígido cuando el doctor Savette lo levantó y lo metió en la caja.

Asegurándose de que su víctima quedaba bien asegurada entre los almohadones, cerró la caja y la clavó cuidadosamente.

Oprimió el botón del montacargas, haciéndolo parar en el segundo piso.

Después introdujo la caja y descendió. Una vez llegado a la planta baja, sacó del ascensor el macabro embalaje.

Luego abrió una puerta y escudriñó la oscuridad de una callejuela. Una linterna sorda brilló en su mano. Era una señal.

Un camión avanzó por la callejuela. Se detuvo delante de la puerta abierta y dos hombres, fornidos y vestidos de negro, entraron en la casa. Levantaron la caja y se la llevaron. No vieron al doctor Savette. Tan sólo oyeron el ruido del montacargas cuando ascendía.

El camión partió, llevándose su carga. La vieja casa quedó envuelta en un profundo silencio. Arriba, el doctor Savette trabajaba en silencio y con eficiencia.

Levantó el cadáver del desconocido, el cuerpo tan parecido a Clark Murdock, y lo llevó al laboratorio. Lo colocó delante de la mesa, encima de la cual estaba la enorme esfera de cristal.

Luego lanzó una carcajada al contemplar el rostro del muerto. Tenía un asombroso parecido con Clark Murdock. Presentaba unas ligeras cicatrices que Savette rozó cuidadosamente con el índice de su mano derecha.

Aquel rostro era obra de la cirugía plástica, un arte en el cual el doctor Savette sobresalía.

Dejando el cadáver, cogió varias botellas de los estantes. Vertió unos líquidos en un recipiente que depositó junto a la esfera de cristal. Oprimió el interruptor. Al instante se oyó un zumbido y dentro del cristal empezaron a saltar chispas.

Savette profirió una carcajada al observar el alimento de aquella fantástica actividad. Dentro de breves instantes, el desarrollo de la energía atómica sería más evidente. Entonces adquiriría una creciente furia hasta que las paredes de cristal de la esfera no pudiesen resistirla.

Pero el doctor no esperó aquel momento. Cruzó con rapidez el laboratorio, salió, cerrando tras sí la puerta, y descendió con el ascensor. Salió de la casa por la puerta que daba a la oscura callejuela.

No quedó en la casa de Clark Murdock más que el silencio de la muerte. En el laboratorio, la fuerza atómica surgía silenciosa dentro de la esfera de cristal. Delante, agachado como si estuviese sumido en profundos pensamientos, quedaba el cadáver del desconocido.

CAPÍTULO IV
RUTLEDGE MANN RECOPILA DATOS

"La Esfera" publicaba una historia sensacional del holocausto de Clark Murdock. Sus grandes titulares detallaban a los neoyorquinos, el incendio en el cual el famoso químico había perecido.

Los experimentos de Murdock sobre la desintegración atómica, habían sido tema de noticias de interés. Era sabido que Murdock realizaba progresos efectivos relacionados con la regulación del átomo; y su demostración de la noche anterior fue una de tantas.

Ahora, por un accidente, el eminente inventor había sufrido una desgracia en uno de sus experimentos solitarios y el desastre le había costado la vida. Poco antes de medianoche, hubo una explosión en su laboratorio.

Los técnicos opinaban que la esfera de cristal, debió estallar debido a un exceso de energía aprisionada.

Si fue esto lo que mató a Clark Murdock, era materia de especulación. Si el globo de cristal hubiese estallado en una habitación vacía, los resultados quizá habrían sido diferentes.

Pero el laboratorio, estaba lleno de productos químicos peligrosos. La energía atómica liberada había actuado evidentemente sobre una área extensa, pues se produjeron otras explosiones.

Cuando llegaron los bomberos, el laboratorio era el centro de una formidable llamarada. Tras unos esfuerzos heroicos, pudo dominarse el incendio y en las ruinas del lugar se encontraron los restos mutilados de Clark Murdock. El cadáver pudo ser identificado por los que conocían al famoso químico.

Entre los lectores de la tragedia había un caballero de rostro apacible, llamado, Rutledge Mann. Era un agente de Bolsa que tenía su oficina en un piso superior, de uno de los modernos rascacielos de Nueva York.

Recluido en su despacho particular, Mann no sólo leyó la reseña con deliberado cuidado, sino que concluyó el estudio recortando la historia del periódico.

Mann abrió un cajón de su escritorio y agregó el recorte a un montón de otros. Permaneció sentado con las manos cruzadas mirando en silencio hacia la ventana.

Sonó un golpe en la puerta y a la repuesta de Mann entró una taquígrafa y depositó un sobre en la mesa de su principal.

Cuando la joven se hubo marchado, Rutledge Mann abrió el sobre y extrajo una hoja de papel doblado.

Era una nota escrita en clave, que el agente de bolsa leyó con tanta facilidad como si hubiese sido escrita en letra corriente.

Movió afirmativamente la cabeza mientras la leía y, una vez terminado, depositó el papel encima del escritorio. Luego cogió el teléfono y marcó un número.

Mientras telefoneaba, la escritura de la carta empezó a desvanecerse.

Finalmente desapareció por completo, como si una mano invisible hubiese surgido de la nada para borrarla. Terminada la breve conversación telefónica, cogió el papel en blanco como si no hubiese sucedido nada y la rompió en mil fragmentos.

Una ahora más tarde, un joven entró en las oficinas de Rutledge Mann. Era Clyde Burke, un reportero del “Noticiero” de Nueva. York. Burke y Mann sostuvieron una conversación breve y confidencial, relacionada con un párrafo de la historia de la muerte de Clark Murdock.

-Observe estos nombres-dijo Mann, señalando el párrafo-. Estos hombres estuvieron en la casa de Murdock anoche. Presenciaron una demostración de su desintegración atómica y luego se marcharon.

Burke asintió en silencio y salió del despacho.

Rutledge Mann guardó los recortes y dedicó su atención a los negocios de Bolsa. Clyde Burke regresó al anochecer. El reportero, depositó un sobre en el escritorio y se marchó inmediatamente.

El agente de Bolsa abrió el sobre. Halló dentro unas hojas escritas a máquina, conteniendo datos sobre cada uno de les individuos que estuvieron en casa de Murdock.

Mann estudió hoja por hoja, que fue apartando hasta llegar a un papel que llevaba el nombre de Lamont Cranston.

Leyó la hoja con interés. Conocía de nombre y de vista a Lamont Cranston.

Era un multimillonario excéntrico que residía en una finca en Nueva Jersey.

Pasaba la mayor parte del tiempo, cuando estaba en Nueva York, en sus casinos favoritos. Pero Cranston rara vez se encontraba en Nueva York.

Tenía la costumbre de hacer largos viajes. El mundo era su campo de recreo.

Cranston, según el informe de Burke, había financiado una serie de proyectos científicos que tuvieron éxito, y era probable que hubiese ido a casa de Murdock con algún plan semejante para el nuevo método de desintegrar el átomo.

La hoja de Cranston fue separada y Rutledge Mann observó otra página que ostentaba el nombre del doctor Gerardo Savette. Había oído hablar de este eminente médico; pero, hasta el presente, no había tenido ocasión de examinar su historial.

Según el informe, el doctor Savette había dirigido un pequeño sanatorio en Long Island. Hubo allí un incendio hacía unos tres años.

Los esfuerzos heroicos del doctor salvaron les vidas de todos sus pacientes, a excepción de uno, Austin Bellamy, un fabricante retirado, que pereció en el incendio. Su cadáver, carbonizado, fue sacado de entre las ruinas.

Desde entonces, Savette había residido en Nueva York, donde adquirió bastante fama coma cirujano plástico, aunque esta especialidad representaba tan sólo una de las muchas en que se destacaba.

Recientemente había salido de vez en cuando de Nueva York, pero Burke no logró averiguar el lugar de destino.

Al final de las páginas, Mann encontró una que Burke había facilitado voluntariamente. Contenía unos informes muy breves sobre algunas personas, relacionadas indirectamente con las que estuvieron en casa de Murdock.

Mann recortó esos breves párrafos y los pegó a las páginas correspondientes.

Dobló los papeles, añadió unos recortes y las metió en un sobre. Para obtener dichos recortes, Mann había abierto el cajón del escritorio. Inició acto seguido un examen de otros recortes que había reunido en varios casos.

Uno de éstos hizo aparecer una expresión de perplejidad, en la ancha frente del agente de Bolsa. Se refería a la extraña desaparición del profesor Pedro Rachaud, un técnico de radio y experto en televisión.

Había muchos informes suplementarios relativos al profesor Rachaud, pues su pérdida causó gran emoción en la industria de la radio.

Pero más importantes eran las circunstancias que rodeaban a la muerte del eminente profesor. Mann estudió el recorte referente al misterioso hecho, un artículo reciente que había restituido el caso.

El profesor Pedro Rachaud partió de Nueva York en un crucero que fin de semana. Tenía la costumbre de realizar tales viajes de recreo y su rostro familiar, con su espesa barba negra, había sido vista por los pasajeros a bordo del «Albania», cuando zarpó del puerto de Nueva York.

La primera noche en alta mar, el profesor Rachaud visitó el salón de fumar y se le vio en un rincón apartado saboreando una botella de su vino favorito.

Poco después de salir del salón, recibió un radiograma para él. Era un mensaje urgente de Nueva York.

No encontrándosele en el salón de fumar ni en su camarote, se le buscó por todo el barco. No se le encontró en ninguna parte.

¡En menos de un cuarto de hora el técnico de radio había desaparecido¡

El equipaje del profesar fue hallado en su camarote. Pero no había señal de él. Desde luego, no esperaba el radiograma.

Se dedujo, lógicamente que había caído al mar. Sin embargo, el mar estaba en calma y había muchos pasajeros sobre cubierta. Parecía increíble que el hombre hubiese caído al mar en tales circunstancias, asesinado o suicidándose.

El caso se había convertido en un misterio internacional. El profesor Rachaud era francés, residía en Nueva York y había tomado pasaje en un vapor inglés. Varias docenas de eminentes inspectores investigaron el caso, infructuosamente.

Para Rutledge Mann, este extraño suceso era de gran interés. En comparación, la muerte de Clark Murdock, que se atribuía a un accidente, parecía trivial.

No obstante, Mann tenía la obligación de reunir datos sobre el caso de Murdock solamente. En consecuencia volvió a meter con sentimiento, los recortes relativos a Rachaud en el cajón del escritorio.

Guardándose en el bolsillo el sobre referente a la muerte de Murdock, Rutledge Mann miró su reloj y vió que eran más de las cinco. Entró en el despacho contiguo, dijo a la secretaría que podía marcharse y luego descendió en el ascensor.

Tomando el tren subterráneo, fue a la calle Veintitrés. Apeándose allí, se encaminó hacia un viejo y mísero edificio virtualmente desierto. Entró y subiendo la escalera llegó a la puerta de la oficina.

En el sucio cristal aparecía en letras borrosas el nombre:

B. JONAS

El agente de Bolsa introdujo el sobre por el buzón de la puerta. Lo oyó caer detrás de la barrera. Luego descendió la mal alumbrada escalera y salió a la calle. Llamó a un taxi y se dirigió a su casino.

La labor de revisar y reunir recortes de periódicos y obtener informes confidenciales por mediación de un reportero, era un trabajo extraño para un agente de Bolsa. Más extraña aún fue su visita al mísero edificio de la calle Veintitrés.

¿Qué clase de relaciones debía tener el agente de Bolsa con un hombre llamado Jonas, que ocupaba una de las oficinas más oscuras y decrépitas de Nueva York?

Era un hecho conocido de muy pocas personas, quienes habían jurado guardar el secreto. Pues Rutledge Mann y Clyde Burke eran miembros de una organización pequeña y oscura. Eran agentes del misterioso personaje conocido por el nombre de La Sombra, el extraño individuo cuyo nombre infundía el terror en los bajos fondos sociales.

Clyde Burke había reunido material para Rutledge Mann. Este había revisado los datos que el reportero le había facilitado. Ahora los informes definitivos esperaban en el buzón al hombre que había ordenado recogerlos.

Para todo Nueva York, la muerte de Clark Murdock podría haberse aceptado como una desgracia. Mas para La Sombra debía poseer mayor significado.

Pues había dado instrucciones a Mann, mediante un mensaje misterioso, de recoger la información de Clyde Burke.

Las actividades de los agentes de La Sombra eran precursoras de una próxima tormenta. ¡Cuándo La Sombra iniciaba semejante trabajo, significaba un desastre para las hordas del crimen!

CAPÍTULO V
LA SOMBRA EMPIEZA

Un círculo de luz sobre la suave superficie de una mesa pulida. Dedos largos y delgados moviéndose como desprendidos seres vivientes.

Un resplandeciente ópalo de fuego lanzando sus vivos destellos de su montura de oro.

¡Las manos de La Sombra trabajaban!

¿Quién era La Sombra?

Era una pregunta que nadie podía responder.

Desconocido hasta de sus propios colaboradores, La Sombra era un hombre de misterio. Su identidad era tema de múltiples especulaciones. Para las hordas del crimen, el nombre de La Sombra producía aprensión y terror.

Repentinamente, el temible personaje había surgido de improviso de la oscuridad para fulminar a los enemigos de la justicia. Gangsters brutales y temibles habían muerto con el nombre de La Sombra en sus labios temblorosos.

Los hombres que a sí mismos se llamaban cerebros geniales del crimen, habían temblado ante una figura vengadora vestida de negro, sabiendo que era La Sombra.

La Policía también conocía la existencia de este ser misterioso, aunque evitaba mencionar su nombre. La Sombra, cuando descargaba sus golpes, no reclamaba ninguna gloria.

De vez en cuando algún sagaz agente investigador, había recibido los honores por la captura de un malhechor sin que nadie le disputase el honor.

Los sabuesos experimentados rara vez hablaban de La Sombra.

Existían motivos para que el temible personaje rehuyese la publicidad. Su fuerza residía en la capa de misterio que le envolvía.

Era cierto que su voz era oída por la radio, en un programa de la emisora nacional. Esto servía a los fines de La Sombra. Los tonos de su voz misteriosa eran reconocidos por todos les

radioescuchas. Sin embargo todos los esfuerzos de la gente del hampa para averiguar la identidad del locutor resultaron infructuosos.

La Sombra hablaba desde una sala acolchonada, que amortiguaba los sonidos, con cortinas negras. Su método de entrar y salir del lugar constituía un misterio insoluble, hasta para los empleados en el estudio de la emisora.

La misión de La Sombra consistía en realizar una guerra implacable contra el crimen. De noche rondaba por las calles de Nueva York, dispuesto a frustrar los planes de los malhechores. Estaba por todas partes y, sin embargo, en ningún lugar determinado.

Campeón de la Ley y del orden, este hombre de la noche perseguía al crimen como un explorador, bate la jungla en busca de los tigres que atacan al hombre. Cuando ocurrían algunos crímenes insolubles, La Sombra se convertía en un investigador maestro.

Su maravilloso cerebro había desarrollado la facultad de deducción en un grado asombroso. Las pistas surgían de la nada, para que la Policía siguiese el rastro de los hallazgos de La Sombra.

Sin embargo estas facultades no eran las mayores que La Sombra poseía.

Tenía una facultad que superaba a todas las otras. En esto sobrepasaba a todos los sabuesos reales o ficticios.

La labor más grande de La Sombra consistía en el descubrimiento del crimen. En casos que la Policía pasaba por alto; en ocasiones en que hasta los malhechores más astutos no veían nada de particular, La Sombra aparecía para descubrir profundos designios por superficies tranquilas.

Maestro en el arte del disfraz, aparecía insospechado en cualquier compañía.

Mas, cuando surgía de las tinieblas de la noche en forma de espíritu de la venganza, aparecía como una elevada figura vestida de negro. Su grito de triunfo, era una carcajada burlona, que helaba de espanto los oídos de los malhechores.

El símbolo de La Sombra era la gema que ostentaba en un dedo, el ópalo de fuego conocido por el nombre de girasol, una piedra preciosa sin par en el mundo. Pocos conocían su significado. Mas cuando La Sombra trabajaba, la reluciente piedra resplandecía en su mano, como un ojo viviente.

Esa noche, bajo los rayos de una lámpara, el girasol lanzaba sus destellos tornadizos. De un carmesí subido se convertía en una púrpura profundo; Luego cambiaba de nuevo a un tono de azul oscuro.

Las manos de La Sombra abrieron el sobre. Cayeron en la mesa los papeles que Rutledge Mann reuniera aquella misma tarde. Una tras otra, las páginas fueron apartadas hasta quedar tan sólo dos de los informes.

Uno llevaba el nombre de Lamont Cranston; el otro, el del doctor Gerardo Savette.

La risa de La Sombra se esparció en suaves ecos por la habitación volviendo burlones, como si tornaran de las paredes de una tumba.

Los largos y puntiagudos dedos se extendieron sobre la página que relataba la historia del doctor Savette. Una mano se movió en la oscuridad; volvió con un lápiz y repasó este párrafo

«La única víctima del incendio del sanatorio de Garland, Long Island, fue Austin Bellamy, que pereció, a pesar de los infructuosos esfuerzos del doctor Savette para llegar a su habitación, donde yacía impotente.»

La mano se dirigió hacia un papelito pegado en el fondo de la página.

Repasó estas palabras:

«El único heredero de Austin Bellamy era su hermanastro, Haroldo Sharrock, que ahora reside en París. La fortuna de Bellamy estaba valorada en unos tres millones de dólares.»

Al margen, junta al párrafo pegado, la mano anotó lo siguiente:

"Mande a Vincent."

Hubo una pausa larga y silenciosa, mientras unos ojos invisibles desde la oscuridad repasaban los otros datos relativos al doctor Savette. Los dedos cogieron un sobrecito que había llegado incluido dentro de otro mayor y extrajeron una docena, de recortes referentes a diversos crímenes, y los extendieron sobre la mesa.

La mano izquierda, con la reluciente yema, se posó encima de un recorte.

Con sobrenatural precisión, lo escogió, de entre los restantes.

El recorte era un breve párrafo que relataba el hallazgo del cadáver de un joven en un solar desierto, en Bronx. La mano colocó el recorte encima del informe escrito a maquina.

Surgió a la vista otro sobre, del cual las manos extrajeron un recorte doblado, este habría interesado a Rutledge Mann, pues se refería a la extraña desaparición del profesor Pedro Rachaud. Mann lo había suministrado a La Sombra, pero no había recibido órdenes ulteriores relativas al caso.

Con gran precisión, las manos pusieron el recorte de Rachaud en el centro de la mesa. Debajo colocó la reseña periodística de la muerte de Clark Murdock. Quedaba un espacio, sin llenar, debajo. Este espacio tenía un significado. Indicaba que seguiría alguna cosa.

La risa de La Sombra semejaba un cuchicheo, mientras su larga mano derecha ponía la punta del lápiz sobre una hoja de papel en blanco. Escribió las siguientes palabras, en columna, haciendo una pausa momentánea entre cada una de ellas:

"Dinero.

Televisión.

Energía atómica.

Aeronáutica.

Dinero."

A continuación de la primera palabra, la mano de La Sombra escribió el nombre de Bellamy. Tras la segunda, Rachaud. La tercera palabra, fue Murdock. Las dos palabras finales no recibieron ningún nombre.

La lista y los recortes fueron puestos a un lado. Una vez más, la mano repasó el informe sobre el doctor Savette. Encontró el siguiente dato:

"El doctor Savette salió de Nueva York en diversas ocasiones el año pasado, pero no ha podido obtenerse ninguna información respecto de los destinos de sus viajes."

La risa de La Sombra resonó una vez más. Al lado de la frase que se refería a los viajes del doctor, la mano escribió una sola palabra:

«Albania».

¡Era el nombre del barco de donde desapareciera el profesor Pedro Rachaud!

A continuación apareció el resumen de los hallazgos de La Sombra: frases breves escritas por la mano que empuñaba el lápiz

«Austin Bellamy: Cadáver encontrado entre las ruinas del sanatorio.

»Pedro Rachaud: Visto últimamente a bordo del vapor «Albania».

Clark Murdock: Cadáver encontrado en el laboratorio demolido.»

La mano se detuvo. Luego trazó una línea con lápiz, encima de la lista.

Repitió varias veces la misma operación hasta que la escritura, quedó cubierta de líneas.

Luego resonó una risa breve y espasmódica; un grito agudo de burla que cesó súbitamente. Las paredes devolvieren el sonido, como si unas huestes de invisibles gnomos, hubiesen respondido a la llamada de su jefe.

Los papeles y los recortes desaparecieron de la vista. La cubierta de la mesa relució. Sonó un chasquido en la oscuridad, arriba. El punto de iluminación desapareció.

No quedó más que una negrura impenetrable, una oscuridad que murmuraba al compás de los tonos sobrenaturales de una risa fantástica.

¡La Sombra había desaparecido!

CAPÍTULO VI
DOS HOMBRES CONSPIRAN

El doctor Savette estaba en su casa. Sentado en una habitación del piso superior fumaba su pipa, leyendo el periódico de la noche. Su rostro cetrino aparecía placido, a excepción de una leve sonrisa que se dibujó en sus labios.

Evidentemente la lectura era una fuente de placer.

Un hombre bajo y vestido con sencillez entró en el aposento. El doctor Savette se volvió hacia él.

-¿Qué hay, Hughes?-le preguntó.

-El señor Tremont acaba de llegar, señor.

-Muy bien. Dile que suba.

Breves instantes después, entró un hombre de cabellos grises. Savette se levantó paró saludarle.

Los dos hombres eran casi de la misma estatura, Tremont tenía más edad, pero a excepción de su cabello gris, no aparentaba ser más viejo que Savette.

Como éste, Tremont sonreía. Los dos hombres se estrecharon las manos, luego tomaron asiento, uno frente al otro.

Savette, cogió el periódico y lo volvió de forma que su visitante pudiese leer los titulares.

-¿Qué piensas de esa, Glade?-preguntó.

-Magnífico, Gerardo- replicó Tremont, con aprobación-. Estupendo. Tan sólo que fue peligroso.

-¿Qué importa?-repuso Savette-. Estabas preparado para ello, ¿no es cierto?

-Solamente porque dio la casualidad de encontrarme con Orlinov-respondió Tremont-. Tan pronto como supo que Steffan se había fugado me lo comunicó. Mandé un aviso a Biff Towley.

-Sí-dijo Savette-. Recibí sus dos llamadas en casa de Murdock. Tuve que buscar una coartada diciendo que me llamaban desde mi consultorio. Es la ventaja de ser uno médico. Las llamadas inesperadas no provocan sospechas. La segunda me ayudó en gran manera. Me dio una excusa para decir que me marchaba temprano.

-El cadáver sustituido resultó bien -observó Tremont.

-Desde luego-repuso Savette-. El vagabundo que Biff Towley escogió para sujeto se parecía mucho a Murdock. No tardé mucho en remediar los pocos defectos faciales que tenía. La cirugía plástica es rápida cuando se trata de un cadáver.

Tremont respondió con una sonrisa. Savette también sonrió. Los dos hombres permanecieron pensativos por unos minutos. Luego Savette formuló una pregunta.

-¿Qué hay de Luis Steffan?-inquirió-. ¿Averiguó mucho?

-Demasiado-respondió Tremont-. Fue una equivocación de Orlinov el tenerlo allí. Yo estaba enterado. El ruso quería tenerlo allí porque hablaba su lengua. Era innecesario. Iván habla el inglés lo bastante bien para entenderse.

-Sí-asintió Savette-. No obstante, necesita tener a alguien que sea lo bastante inteligente para ser su secretario. No puede emplear a ninguno de la pandilla. Éstos sirven magníficamente para otros menesteres, pero...

Hizo una súbita pauta y miró al otro lado de Tremont hacia una ventana lateral del aposento. Las persianas estaban echadas, pero, al parecer, se movían a impulso de un aire exterior.

-¿Qué sucede?-preguntó Tremont, mirando en dirección del lugar donde su compañero clavaba la vista.

-Esa ventana-respondió Savette-. Está siempre cerrada, y ahora parece estar abierta. Aguarda un momento.

Se levantó y fue a la ventana. Levantó la persiana y puso al descubierto el bastidor abierto por la parte superior. Lo contempló perplejo; luego levantó ambas partes del bastidor y asomó la cabeza a la oscuridad.

Satisfecho de su breve inspección, bajó el bastidor inferior y echó el pestillo a la ventana. Descendió la persiana, cruzó el aposento y oprimió un timbre.

Hughes respondió medio minuto más, tarde. El criado dirigió una mirada interrogante al doctor.

-¿Abriste la ventana?-preguntó el doctor Savette.

-No, señor-respondió Hughes-. Estaba cerrada cuando bajé la persiana.

-Estaba abierta hace unos minutos -declaró Savette, en tono de reprobación-. Ten más cuidado en lo futuro, Hughes.

El sirviente salió de la habitación, moviendo negativamente la cabeza. Cerró la puerta tras sí.

Savette miró de una manera perpleja a Tremont.

-No lo entiendo-murmuró-. He estado aquí toda la noche. Nadie puede haber abierto esa ventana desde aquí dentro. Alguien desde el exterior... con alguna herramienta.

Glade Tremont profirió una carcajada.

-¿Quieres que te dé la explicación?-preguntó-. Te la diré. Hughes ha mentido. Olvidó cerrar la ventana. Eso es todo.

-No estoy muy seguro de ello-murmuró Savette, pensativo.

-¿No?-repuso Tremont-. Pues yo sí. Sabes quién está afuera, ¿no es cierto?

-¿Biff Towley?

-Sí. Jaime Bosch está con él. No quiero aventurarme cuando vengo a visitarte. Vigilan esta casa, como un par de halcones. Llegaron aquí media hora antes que yo. Si alguien hubiese escalado esa pared, sería hace bastante tiempo y el sujeto debió marcharse. No podría subir ni descender sin hacer bastante ruido.

El doctor Savette se tranquilizó. Se arrellanó en su sillón y encendió su pipa.

-¿Dónde estábamos?-preguntó.

-Hablábamos de un secretario para Orlinov-respondió Tremont-. Creo que puedo solucionar eso. Que tome a Towley, por ejemplo. Es bastante inteligente para hacer el trabajo de Orlinov...

-Pero necesitamos a Towley aquí.

-Ciertamente. Lo menciono simplemente como ejemplo. Debe haber otros gangsters de su calibre mental. Le diré lo que necesitamos. Puede buscar a uno, aunque tenga que encontrarlo fuera de su banda.

-Buena idea-aprobó Savette.

Su tono cambió de repente. Una vez más miraba hacia el otro lado de Tremont.

-¡Esa ventana otra vez!-dijo, en voz baja-. ¡Me pareció ver que la persiana se movía!

Poniéndose en pie, cruzó la estancia y levantó la persiana. El bastidor de la ventana estaba cerrado. Se encogió de hombros y bajó la persiana. Volvió a su sillón.

-Ha sido mi imaginación esta vez-observó-. Será mejor no pensar más en ello. Dime lo que sucedió con Steffan.

-Fue rápido y eficaz-sonrió Tremont-. Orlinov y yo estuvimos hablando de ello ayer. Evidentemente el sujeto nos oyó y desapareció después de cenar. Llamamos al vigilante de la puerta y nos dijo que Steffan había salido en un coche, diciendo que Orlinov lo había mandado al pueblo, cosa que el ruso había hecho en diversas ocasiones. Mandamos al hombre a la estación y encontró el automóvil allí.

»Me figuré-añadió tras una pausa-, que Steffan había tomado a tiempo el expreso de Nueva York. Así llamé a Towley y luego a ti. Towley y Bosch le esperaban.

-¿Dónde?

-En la estación de Weehawken. Steffan intentó telefonear a casa de Murdock, pero Towley se le anticipó. Marcó el número desde otra cabina telefónica.

-¡Ah! Por esa habló de una manera tan vaga, cuando llamó por vez primera. Me dijo que continuase hablando, sin mencionar por qué.

-Ahora conoces el motivo. Steffan desistió de telefonear y se encaminó hacia la casa de Murdock. Jaime le siguió en otro coche. Biff tenía dos hombres apostados para esta operación. Jaime invitó a Steffan a subir a su coche y terminó el viaje en Bronx.

-Magnífico-comentó el doctor Savette-. Ya está hecho. Me dijiste por teléfono que has tenido noticias de Orlinov esta tarde.

-Sí-respondió Tremont-. Bajé con el último tren. Recibí el telegrama de Orlinov a las dos de esta tarde. Aquí está.

Sacó un telegrama de un bolsillo y se lo entregó a Savette, este sonrió al leerlo. Lo puso encima de una mesa que había a su lado.

-Ahora hablemos de la siguiente operación-sugirió.

-Yo me cuidaré de ello-respondió Tremont-. Es decir, de la primera parte. Conoces mi plan. La profesión de abogado, como la médica, proporciona ciertas ventajas.

-Juntos-observó Savette-, formamos una pareja excelente, un equipo magnífico.

-Sí, pero estás en desventaja conmigo.

-No lo he demostrado.

-Hablo en sentido relativo, Gerardo. En primer lugar, mis relaciones con Orlinov aparecen normales. Él figura como inventor y yo le represento. Además, no es nada extraordinario que Biff Towley comparezca por mi oficina. Es decir, siempre que Biff Towley se aparte de cometer delitos demasiado graves. Todos los gangsters que cobran impuestos tienen sus abogados. Es completamente legal que alguien los defienda.

-Tienes una variedad de clientes-sonrió Savette-. Por ejemplo, Bellamy Sharrock...

-No hablemos de Sharrock-interrumpió Tremont, malhumorado-. Cometimos un error. Lo teníamos en nuestras manos y lo dejamos escapar. De no ser por eso, podríamos haber triunfado hace tiempo...

-Quizá-murmuró Savette, meditabundo-. No importa. Las circunstancias nos han puesto en el camino de una fortuna mayor.

-Sí. Si esperamos. Pero ¿y el capital?

-Déjalo de mi cuenta. Encontraré la solución. Tú aportaste la primera partida, yo encontraré la última.

Glade Tremont se incorporó. Fue a la puerta, seguido del doctor Savette.

Abogado y médico, tenían el aspecto de hombres honorables.

-¿Qué tal va Orlinov?-preguntó Savette, en la puerta-. ¿Tan bien como pretendía?

-Sí-respondió Tremont-. Habla el francés con bastante soltura. Ha sido de gran utilidad.

Tras esta observación, el abogado abrió la puerta. El médico acompañó a su visitante al piso inferior. El aposento quedó desierto.

La persiana de la ventana lateral tembló ligeramente. Luego fue levantándose poco a poco. De debajo surgió una masa negra que se transformó en una figura agazapada.

La figura se incorporó convirtiéndose en una alta e imponente forma, en un hombre vestido con una capa negra, cuyas facciones quedaban oscurecidas por el cuello levantado y las anchas alas de un sombrero.

Con paso deslizante y silencioso, La Sombra cruzó la habitación.

Permaneció erguido junto a los sillones, donde los dos hombres discutieron sus asuntos. Sus ojos agudos observaron el telegrama que había encima de la mesa. Uña mano enguantada de negro avanzó y cogió el papel.

El mensaje era de Glendale, Nueva York, Estaba dirigido a Glade Tremont, Edificio Weverley, Nueva York. Lo firmaba Iván Orlinov. Decía:

«Recibido modelo de nuevo aparato. Primera prueba jueves.»

La mano enguantada volvió a colocar el papel en la mesa. Rápidamente, La Sombra cruzó la habitación y se puso debajo de la persiana. Pasó por los bastidores del fondo de la ventana.

Invisible y asido al estrecho saliente, empujó hacia arriba el bastidor superior. Sonó un leve ruido cuando la delgada tira metálica quedó encallada entre las dos secciones. Obedeciendo a la presión de una mano invisible, el pestillo del bastidor inferior fue retirado, dejando la ventana a oscuras.

Cual un murciélago, la elevada figura deslizóse a lo largo de la pared, asiéndose a la superficie pétrea. Quedaba por completo invisible en la oscuridad, cuando inició un cuidadoso descenso.

Luego, la fantasmal figura se detuvo, quedando suspendida a tres metros del suelo, cuando unos pasos sigilosos se acercaron por la acera de la casa.

-Jaime-dijo una voz cuchicheada.

-Sin novedad, Biff-fue la respuesta, a corta distancia,

-Vamos, nos largamos. ¿Nada de particular ahí detrás?

-Nada en absoluto.

Los dos hombres se alejaron en la oscuridad. Luego la negra figura empezó a moverse de nuevo. Silenciosamente, el hombre de las tinieblas pisó la acera y echó a andar.

Fue un ser silencioso el que surgió de la oscuridad. Esa noche La Sombra actuó con sigilo. Ni siquiera su risa cuchicheada indicó su partida.

Dos hombres conspiraron mientras sus secuaces vigilaban. Eran superhombres del crimen; y sus sicarios, astutos.

No obstante, ninguno de los cuatro malhechores descubrió la presencia de La Sombra. En silencio e invisible, el hombre de misterio surgió de las tinieblas con el objeto de averiguar los planes siniestros de estos criminales.

Esa noche, La Sombra no dio a conocer su presencia.

Dos hombres, poseedores de enormes recursos, empleaban su disfraz de respetabilidad para coadyugar a un gigantesco plan criminal. La Sombra, solo, había conseguido enterarse de sus fechorías. Secretamente, actuando en la oscuridad, debía minar su poder hasta que de él no quedase más que una cáscara vacía.

¡Entonces el misterioso personaje atacaría!

CAPÍTULO VII
LA ELECCIÓN DE "LA SOMBRA"

Oscurecía cuando Biff Towley entró en la oficina de Glade Tremont. El visitante fue anunciado e introducido al despacho particular del abogado.

Todos los bandidos de la calaña de Towley tenían un abogado; y hasta una persona tan destacada como Glade Tremont, estaba dispuesta a actuar como representante legal de individuos que vivía al margen de la Ley.

Mas, dentro de las paredes de la oficina particular, donde los dos hombres se hallaban reunidos, sin ser molestados, la relación entre el abogado y el bandido tornaba un nuevo aspecto. Biff Towley no había ido a buscar asesoramiento. Había ido a presentar un informe y a recibir instrucciones.

-Tengo un individuo excelente para usted-dijo Biff, a media voz-. La verdad es que he elegido a dos. Usted tendrá que hacer la elección.

-Háble me de ellos-indicó Tremont, tranquilamente.

-Cuando usted me dijo anteanoche que necesitaba un sujeto buen tirador y de buena presentación, comprendí que no sería muy fácil conseguirlo. Usted conoce la clase de individuos que tengo en mi banda.

Glade Tremont asintió en silencio.

-Pensé que podría dar con uno-continuó Biff-, si fuese por el «Club Savilla». Acostumbra frecuentar ese tugurio, adonde van muchos pájaros elegantes. Pues bien, anoche se presentaron dos que podrían servir para el empleo. Hablé con ambos y espero volver a verlos esta noche. Contrataré a uno de ellos.

-¿Quiénes son?

-Uno es Pinkey Baird. Parece un caballero y actúa en consonancia. Es un viejo confidente, sin trabajo. Buen tirador. Lo conozco de hace muchos años. Es la clase de individuo que buscamos, habla como un aristócrata.

-¿Quién es el otro?

-No le conozco tanto, pero lo he visto, antes. Ha estado ausente de Nueva York durante una temporada. Se llama Cliff Marsland. Ha estado en presidio, pero es cosa olvidada ya. Ha pertenecido a un par de bandas, pero siempre ha salido airoso. La Policía no puede acusarle de nada y no le busca.

-¿Encajaría en el papel que ha de representar?

-Ni hecho de encargo. Es más joven que Pinkey Baird. Los dos irán al «Club Savilla" esta noche. No tengo más que guiñar el ojo a uno de ellos y retenerlo después que el otro se haya marchado.

-Muy bien-aprobó el abogado-. Por lo que dices, Biff, cualquiera de los dos servirá. No obstante, prefiero a Pinkey Baird.

-Yo también-declaró el gangster.

-Conoces de más tiempo a Pinkey Baird-murmuró Tremont, pensativo-. Es más viejo y, por lo que dices, más seguro. Este Marsland parece bueno para el empleo, pero prefiero a Baird. Prueba a éste. Si acepta el empleo, dáselo. Si no, toma a Marsland. Lo dejo a tu criterio, Biff. Quiero que el que contrates vaya a Glendale mañana.

Biff Towley asintió con la cabeza.

-Estás enterado de todo, Biff-continuó el abogado-. Cuéntale al que tomes la misma historia de siempre. Orlinov tiene enemigos. Necesita un compañero, inteligente. Tiene la casa guardada, etc., etc. Aparte de esto, que no se te escape una palabra más. Sé discreto como de costumbre.

El gangster sonrió. Conocía perfectamente que los negocios de Tremont eran turbios; había trabajado para él, provechosamente.

Tremont jugaba limpio, en opinión de Biff. Al mismo tiempo, el gangster conocía que estaba por completo en manos del abogado. A una indicación de Tremont, la Policía tendría suficientes pruebas para mandar a Biff a la silla eléctrica.

Sin embargo, el jefe de la banda no estaba intranquilo. Sabía que la amenaza que se cernía sobre él, no se usaría nunca mientras jugase limpio con Glande Tremont.

Biff no había pensado nunca en traicionar a su jefe. Por lo tanto, vivía seguro y tranquilo; y había demostrado ser un importante auxiliar de los planes del abogado.

-Eso es todo, Biff-dijo Tremont. Escoge a Baird, si acepta. De lo contrario, toma a Marsland. Orlinov está informado. Despacha este asunto esta noche.

Biff Towley salió de la oficina. Se dirigió al Broadway y entró en un teatro.

Le gustaban las piezas de teatro criminales y emocionantes. Le hacían reír cuando las comparaba con la realidad.

Eran cerca de las seis cuando entró en el teatro. Ello significaba que llegaría al "Club Savilla" después de las nueve.

Mentalmente asintió con la elección de Grade Tremont. Pinkey Baird era el hombre a propósito para el empleo en Glendale. Luis Steffan había resultado un fracaso, pero el joven secretario no era un producto del hampa.

Estando Baird o Marsland al servicio de Orlinov, no se repetiría el caso de Luis Steffan.

Biff dejó a los dos hombres ansiosos por volverle a ver. Conocía que deseaban ingresar en alguna empresa turbia. Ambos podrían contratarse barato y servirían bien.

Biff no había prometido nada. Simplemente había insinuado que le agradaría verles de nuevo. Esta noche contrataría a Baird, a menos que éste mostrase falta de interés, lo cual era sumamente improbable.

El "Club Savilla" iba llenándose antes de las nueve. Mientras Biff Towley se divertía en el teatro, al club acudían los clientes. Entre los primeros llegados, hallábanse los dos hombres que tenían interés en ver de nuevo a Biff.

Entraron en el club casi al mismo tiempo, pero no se saludaron porque no se conocían. Hablaron a Biff Towley separadamente, la noche anterior.

Se sentaron en mesas distintas, cerca del lugar donde Towley tenía establecido su cuartel general, en sus visitas nocturnas al club. Las sillas inclinadas indicaban que estaban reservadas para el jefe de la banda.

Cliff Marsland, de rostro duro e impasible, no tenía el aspecto de ser un gangster. Fumando tranquilamente un pitillo, tenía el aire de un personaje acaudalado. Vestía irreprochablemente.

Pinkey Baird, a seis metros de distancia, presentaba un contraste con Cliff Marsland. Su rostro tenía un aire astuto. Sus ojos inquietos recorrían la sala como si buscase a alguien, a quien pudiese interesar en una empresa de éxito seguro.

Los ojos de Cliff se encontraron con los de Pinkey, pero la mirada fue momentánea. Ninguno de los dos sabía que el otro esperaba a Biff Towley.

Cliff reconoció el aire de un confidente astuto. Pinkey vió solamente en Cliff a un hombre de rostro severo, demasiado inteligente para ser estafado. En consecuencia, los dos hombres perdieron el interés que el uno podía sentir por el otro.

Un hombre alto, vestido de negro, entró en el "Club Savilla" y se dirigió a la mesa donde Pinkey Baird estaba sentado. Tomó asiento sin pronunciar palabra y miró la minuta.

Pinkey Baird le dirigió una mirada burlona y luego desvió la vista. Pero Cliff Marsland le miró con las cejas arqueadas.

El recién llegado tenía un rostro impasible y su nariz aguileña le daba un aire severo. Aquella cara impresionó a Cliff Marsland.

Intentó infructuosamente ver los ojos del desconocido. Los tenía vueltos hacia la mesa, excepto cuando miraba en dirección de Pinkey Baird, que no apartaba, les ojos de la puerta, sin darse cuenta de que le observaban.

Cliff había visto a aquel hombre la noche anterior. El desconocido de rostro de halcón estuvo sentado en una mesa cercana, mientras Cliff conversaba con Biff Towley. Cosa extraña, el mismo hombre estuvo allí mientras el gangster y Pinkey Baird hablaron. Pero ninguno de los dos observó su presencia.

Cuando Cliff Marsland terminó su escrutinio, fue Pinkey Baird quien sintió despertar su interés por el hombre de la nariz aguileña.

Una voz habló al lado del confidente. Sorprendido por el tono bajo, Pinkey, se volvió de repente encontrando la mirada de dos ojos penetrantes y ardientes.

-Buenas noches, Baird-saludó la vez en tono monótono-. ¿Espera a Biff Towley?

-¿Quién es usted?-gruñó Pinkey.

-Eso no nos importa-fue la respuesta deliberada-. Lo importante es que va usted a salir antes de que llegue Biff Towley.

-¿Sí?-Pinkey Baird levantó las cejas-. Es su propósito ¿no es eso?

-Es mi orden-declaró el desconocido.

-Pruebe de hacerlo-rió Pinkey.

-No tengo motivo de riña con usted-observó el desconocido, con voz calmosa-. Pero puedo encontrarlo, si usted lo quiere. Lo más prudente es que se marche... ahora mismo. Opino que un viaje al Sur sería bueno para su salud.

Una mano larga apareció con un sobre sellado. El desconocido continuó.

-Este sobre contiene un billete para el avión, que sale a las nueve y cuarto para Florida. Tómelo.

Con un gesto despectivo, Pinkey Baird arrojó el sobre al hombre que se lo había dado. Se arrellanó en su asiento y sonrió al mirar hacia las parejas que estaban bailando. De repente la sonrisa se le heló en los labios.

Sin pronunciar palabra, el desconocido se había acercado a su asiento y ahora el cañón amenazador de una pistola automática, apretaba las costillas de Pinkey. El confidente palideció.

-En marcha-ordenó la voz baja.

Pinkey vió un par de ojos amenazadores. Comprendió que había topado con un hombre resuelto. Levantóse tembloroso de la mesa y se dirigió hacia la puerta del casino.

El hombre de rostro de halcón se levantó al mismo tiempo. Echaron a anclar uno al lado del otro. Cliff Marsland los miró con sorpresa al verles pasar junto a su mesa. No vió la pistola automática.

-Va usted a Florida-cuchicheó la voz al oído de Pinkey-. Permanecerá allí... un mes. Más tiempo, si lo desea. Aquí tiene su billete.

Pinkey notó que el sobre se metía en su bolsillo. Poco a poco iba sometiéndose al dominio de este hombre, que había aparecido de repente para darle órdenes.

Salieron a la calle y el desconocido llamó a un taxi. Invitó a Pinkey a subir y luego le siguió.

Baird comprendió que este hombre no toleraría ningún retraso. Lo conducía a la estación, pues esa era la orden que le oyó dar al chofer.

Cuando el taxi se puso en marcha, la presión de la pistola automática disminuyó. Baird aparecía sometido por completo. El coche avanzó unos cuantos metros; luego se detuvo delante de unas luces de tráfico, a menos de media manzana del “Club Savilla”.

La presencia de un policía de uniforme inspiró de repente al antiguo confidente. No estaba en malas relaciones con la Policía. Quizá su acompañante no podía decir lo mismo. ¿A santo de qué había de alejarse por orden de un desconocido?

Como una centella, Pinkey se lanzó sobre el hombre que iba sentado a su lado. Delgado y nervioso, el confidente era un luchador formidable. Conocía que su adversario no se arriesgaría a disparar un tiro.

La rapidez del ataque le sirvió a maravilla. Con una mano giró el pomo de la portezuela. Cuando su adversario le asió, intentó arrebatarle la pistola.

El taxi arrancaba con la portezuela abierta, cuando el confidente lanzó un grito pidiendo socorro. El policía acudió presuroso a la acera. Pinkey asía el cañón de la pistola, intentando arrastrar al desconocido hacia la portezuela del vehículo.

Pinkey tenía todas las probabilidades a su favor. Había lanzado el grito de alarma. Su adversario no podía impedírselo ni detenerlo ahora. La pistola en la mano del otro hombre significaba un peligro para él mismo. Era demasiado tarde para que su enemigo disparase, pensó Pinkey. Pero se equivocaba.

Se disparó un tiro sordo en el interior del vehículo. Pinkey soltó su presa, se tambaleó y cayó de cabeza por la abierta portezuela, a la calle.

La portezuela se cerró y el sobresaltado chofer oyó un mandato imperioso ordenándole que siguiese adelante. Conociendo que su restante pasajero estaba armado, no tenía otra opción. Pisó el acelerador.

El conductor no oyó cerrarse la portezuela izquierda. La oscurecida calle estaba llena de coches que iban parándose. El agudo silbido de un pito de policía, sonó en el lugar donde el coche estuvo momentos antes. El camino quedó obstruido.

Entre dos amenazas, el chofer paró el taxi y se agazapó en su asiento.

Esperaba un tiro disparado desde el interior del vehículo.

El tiro no salió. Un fornido policía llegó corriendo al lado del taxi y abrió la portezuela. El chofer, incorporándose, miró hacia el interior.

¡El coche estaba vacío!

¿Dónde estaba el misterioso pasajero?

Un gentío empezó a rodear al coche. Los conductores de otros coches acudían corriendo. Hablaban llenos de excitación, pero ninguno podía explicar lo sucedido.

Un hombre alto, de rostro de halcón, metiéndose entre dos coches, se acercó al taxi. Asió una manga del policía, que se volvió hacia el recién llegado.

-Alguien salió del taxi-añadió con voz pausada-. Saltó a la calle en el momento en que el coche arrancaba.

Un chofer, que había dejado su vehículo a corta distancia, llegó jadeante, a tiempo aún de escuchar las últimas palabras.

-Así es-declaró el recién llegado-. Me pareció ver a un individuo pasar por delante de mis faros. Debe haber bajado la calle.

La declaración parecía lógica. Era evidente que el misterioso asaltante no rondaría por allí cerca.

Iban llegando otros policías. La gente apelotonada alrededor del taxi fue apartada a un lado. Los chóferes volvieron a sus coches.

La multitud se dirigió a la acera; mezclada entre ella estaba el hombre de rostro de halcón.

Este estuvo observando hasta que llegó una ambulancia, que se llevó a Pinkey Baird. Esperó a que el tráfico se pusiera de nuevo en movimiento.

Luego regresó tranquilamente al “Club Savilla”.

Diez minutos más tarde; Biff Towley llegaba al club nocturno. Un empleado lo llevó a un lado cuando iba a cruzar la puerta.

-Hubo una refriega en la calle hace un instante-le dijo, en voz baja-.Un par de tíos se liaron a tiros dentro de un taxi.

-¿Quiénes eran?-preguntó Biff Towley.

-Sólo vi a uno de ellos-respondió el empleado-. Al individuo que recibió. Estuvo aquí unos momentos antes del incidente, pero no lo publiqué. Me parece que te agradaría saberlo porque hablaste con él anoche: Pinkey Baird, el confidente.

-¿Pinkey Baird?-Los ojos de Towley se entornaron-. ¿No sabes quién se lo «cargó»?

-No. No le vi salir. Ya sabes lo que sucede con esa “morralla”. Están peleando siempre.

-¿Murió Pinkey?

-No. Está herido en el hombro. Salió de cabeza por la portezuela del coche y estaba desvanecido cuando le vi. Se restablecerá dentro de unos días.

Biff Towley meditaba cuando se dirigía a su mesa favorita. Unos cuantos días en cama eliminaban del empleo a Pinkey Baird, en lo que concernía a Biff Towley. Además, no le agradaba la idea de emplear a un hombre que había participado en una refriega reciente.

En cierto modo, Biff estaba contento de que el incidente hubiese ocurrido esa noche. Demostraba que Pinkey no servía, para el empleo...

Levantando la vista, observó a Cliff Marsland. Le saludó con la mano.

Marsland se acercó a la mesa.

-Quiero hablar contigo-dijo Biff-. Tengo un trabajo para ti, Cliff. Un empleo que te irá pintado. ¿Aceptas?

-Seguramente.

-Muy bien. Escucha, pues.

Biff Towley empezó en voz baja su historia. Cliff Marsland escuchó, asintiendo en silencio. Ambos hombres estaban absortos en sus objetivos.

Ninguno de los dos se dio cuenta de otro, que les observaba desde una mesa situada junto a una columna.

Era el individuo de rostro de halcón, que regresó después de su encuentro con Pinkey Baird. Observaba tranquilamente a los dos hombres que conversaban. Esperó, silencioso e impasible, a que se levantasen y saliesen del club.

Luego de sus labios recios y firmes surgió una risa cuchicheada y palpitante.

Era la risa silenciosa de La Sombra. Había vuelto las tornas. Anoche observó que Biff Towley hablaba con dos hombres: Pinkey Baird y Cliff Marsland. Conocía que uno de los dos sería elegido. Eliminó a Pinkey Baird.

Había un motivo para ello: Cliff Marsland, supuesto gangster, era un hombre que tenía una misión especial. Al parecer, era un francotirador del hampa; mas, en realidad, era un agente de La Sombra.

Este le ordenó que se pusiese en contacto con Bill Towley, la noche misma que escuchó los planes del abogado Glade Tremont y del doctor Gerardo Savette.

Los conspiradores necesitaban otro hombre; y ese hombre que iban a contratar era un emisario de La Sombra. Biff Towley encontró a dos que servirían para el empleo. Él y Glade Tremont escogieron a... Pinkey Baird.

Pero las circunstancias modificaron esa decisión. El confidente no había de ser el hombre contratado. En su lugar, Cliff Marsland recibió el empleo.

¡Cliff Marsland fue la elección de La Sombra!

CAPÍTULO VIII
EL CASTILLO DE ORLINOV

Cliff Marsland estaba sentado en una amplia terraza, fumando un cigarrillo.

Delante de él extendíase un amplio prado que terminaba en un bosquecillo, cruzado por un estrecho camino. A lo lejos, divisábanse las montañas de los Catskills.

Cliff reclinó la cabeza en el respaldo del sillón y giró la vista hacia arriba.

Vió una pared de piedra gris, coronada por una gruesa torrecilla. El enorme edificio era una copia de un castillo medieval.

Esta finca, situada a tres millas de la ciudad de Glendale, era un lugar notable. Cliff lo había visto desde la carretera de la falda de la montaña, el día de su llegada a Glendale.

El edificio de paredes grises, con sus achatadas alas y desiguales almenas, le produjo asombro. Semejaba la fortaleza de un barón de la Edad Media, que habría parecido vulgar en Europa, pero que era asombroso en el Estado de Nueva York.

Cliff no había tardado mucho en conocer la historia del lugar. Fue construido por un magnate, un hombre que había amasado una fortuna enorme en los ferrocarriles. Los herederos vendieron la finca. El hombre de «Glamartin» veíase aún inscrito en las viejas verjas de la entrada.

Ahora, era la residencia de Iván Orlinov, un potentado ruso del régimen zarista, que se había nacionalizado americano.

Para un observador casual, el castillo de Orlinov era un lugar plácido y solitario. La finca tenía unos treinta acres de terreno, estando rodeada por una valla de hierro y tenía avisos por todas partes prohibiendo la entrada.

Además de esta barrera, Orlinov empleaba a más de una docena de hombres, que servían en diversos menesteres. Jardineros, chóferes, cocineros y sirvientes eran los empleos que ocupaban.

Pero Cliff, aunque no le hubiesen avisado de antemano, habría reconocido inmediatamente la clase de individuos que eran. Conocía a la gente del hampa cuando la veía. Toda la servidumbre estaba compuesta de malhechores, procedentes de Nueva York.

Todos iban armados con una pistola. Los jardineros llevaban armas, así como los cocineros. Cuando Cliff cambió de posición, notó el bulto que le hacía su revólver. Pues, aunque técnicamente era el secretario de Orlinov, era también un miembro de la banda de hombres armados que vigilaban constantemente.

Biff Towley proporcionó los pistoleros a Orlinov y había ejecutado con eficiencia su labor. Todos los bandidos recibían órdenes directamente de Orlinov. Estaban prohibidas las discusiones y los hombres tenían motivos para estar satisfechos de vivir allí cómodamente y alejadas de las dificultades de Nueva York. Si alguno de ellos hubiese intentado amotinarse, los otros lo habrían sometido al instante.

En este dominio trasplantado del hampa, Cliff Marsland esperaba su hora.

Tenía otras obligaciones, además de las que Biff Towley le había asignado.

Aunque aparecía responsable ante Biff solo, estaba al servicio de La Sombra.

Pero conocía que su utilidad cesaría en el momento, en que descubriesen su verdadero objetivo. Por esa razón, esperaba el desarrollo de los acontecimientos. Ya había averiguado algunos datos interesantes, que se callaba por el momento. No era aún tiempo de ponerse en contacto con La Sombra.

El castillo de Orlinov encerraba un misterio, que hasta ahora Cliff no había podido sondear.

El enorme edificio estaba dividido en tres secciones: la porción central, estrecha; y las dos alas laterales. La parte izquierda de la casa servía para residencia de la mayoría de los hombres, Cliff entre ellos. Iván Orlinov y dos de sus más antiguos sicarios vivían en el ala derecha.

Orlinov tenía allí un taller y un laboratorio. Su único ayudante-aparte de los pistoleros-era un ruso taciturno llamado Petri, que jamás salía de aquella parte de la casa. Podía entrarse en aquella ala por la sección central; el paso estaba cerrado por una puerta de hierro.

Parecía probable que Orlinov era simplemente un inventor desconfiado, que temía que alguien le robase los frutos de su espíritu creador; pero Cliff pensaba diferente. A menos que el ruso temiese a la Ley, no necesitaría los servicios de una banda de pistoleros.

¿De qué modo interesaba a La Sombra lo que sucedía en aquel lugar? Era una pregunta que Cliff Marsland no podía contestar.

Al llegar al castillo, extrañó que no hubiese ocurrido ya alguna cosa. La presencia de la fuerza armada, no era suficiente para impedir la acción de La Sombra. Cliff había presenciado cómo aquel personaje extraordinario se abría paso a través de veinte pistoleros.

Pero a medida que el tiempo transcurría, aunque no halló la solución de los misterios del castillo, había adivinado el objetivo de La Sombra.

Orlinov debía poseer la clave de un plan asombroso de crímenes. Un paso en falso de La Sombra podría significar un desastre, con lo cual no podría frustrarse el real. Además, la experiencia de Cliff en sus tratos con Biff Towley, indicaba que lo que se tramaba en el castillo estaba relacionado con otros hechos desarrollados en Nueva York. Bien sabia Cliff que La Sombra vigilaba en Manhattan.

El punto que Cliff había observado especialmente era el de la correspondencia de Orlinov. La mayor parte de ella iba dirigida a Glade Tremont, un abogado neoyorquino que representaba al ruso en todos sus asuntos legales.

Esto no parecía guardar ninguna relación con algún acto criminal; no obstante, la relación despertó las sospechas de Cliff.

Mientras meditaba de esta manera sobre sus experiencias y hallazgos en una semana, oyó una pisada en el pórtico y al volver la cabeza vió a Iván Orlinov, que se aproximaba. El ruso se sentó y miró a Cliff. Este se puso alerta.

Iván Orlinov tenía un aspecto brutal e imponente. Era un hombretón de rostro frío y estólido. Llevaba una barba rojiza recortada, que Petri arreglaba todos los días.

Sus ojos hundidos entre párpados entornados tenían la costumbre de abrirse en momentos inesperados. Entonces llameaban, lívidos y amenazadores.

Esta tarde Orlinov estaba tranquilo. Fumaba meditativo un enorme puro. Su barba brillaba a la luz. Habló en tono suave al volverse hacia Cliff.

-Bien, Marsland-la voz era profunda, con un acento extranjero-: hace una semana que está usted aquí.

-Hoy hace una semana-repuso Cliff.

-Está bien-declaró Orlinov-. Espero que le habrá gustado. Estará usted aquí una temporada larga.

-Me es igual.

Los ojos de Orlinov se abrieron momentáneamente; luego se cerraron mientras el ruso continuaba en tono meditabundo:

-Quizá venga una visita esta noche-dijo-. Es muy importante que nadie nos moleste. ¿Comprende?

-Sí, señor.

-Creo haberle hablado del hombre que estaba aquí antes que usted, ¿no es verdad?

-¿Se refiere a su último secretario?

-Sí. Era un hombre que hablaba ruso, y que era bueno. Pero cometía equivocaciones. No como los otros que están en el castillo. No era como usted.

-Una equivocación es demasiado para un hombre - observó Cliff, sacando un nuevo pitillo de un paquete.

-Me alegro de que piense así-declaró Orlinov-. Por ese motivo ha sido usted recomendado por un hombre de confianza. No me gustan las equivocaciones. Son causas de accidentes... y esos accidentes suceden a los que cometen equivocaciones. ¿Comprende?

-Perfectamente-repuso Cliff, con énfasis.

Iván Orlinov profirió una carcajada áspera. Parecía estar contento de las palabras de Cliff. Se levantó y le dio unas instrucciones. -Este visitante vendrá a cenar-explicó-. Es el señor Tremont, mi abogado de Nueva York. Lo conocerá usted, Marsland. Lo presentaré. Pero cuando desee hablarle en privado, nos dejará usted solos. ¿Comprende?

-Ciertamente-respondió Cliff.

-Puede usted hacer mucho por mí -añadió Orlinov-. Pero es prudente que se encuentre usted aquí mucho tiempo antes. He tenido mucho cuidado en el pasado. Cuando un hombre intenta conocer las cosas que no debe, es malo. Por eso desapareció el otro secretario. ¿Comprende?

Cliff hizo un leve gesto de asentimiento y observó a Orlinov cuando éste se dirigía hacia la puerta del enorme castillo.

La visita de Glade Tremont le interesaba grandemente. Orlinov había recibido una carta del abogado aquella misma mañana. Evidentemente anunciaba su visita.

Anochecía. Un automóvil se deslizaba par la estrecha carretera en dirección del bosquecillo. Dirigíase con toda probabilidad, a la estación, a recibir a Glade Tremont.

Cliff Marsland estaba determinado a averiguar esta noche, qué clase de asunto llevaba al abogado al castillo. Debía tramar alguna cosa importante; de lo contrario, Tremont no tendría necesidad de salir de Nueva York.

Quizá el abogado representaba al ruso en empresas legítimas. No obstante, lo que discutieran daría a lo menos una pista de lo que sucedía en el castillo.

Cliff Marsland se incorporó de su asiento. No tenía nada que hacer hasta la noche. En lo concerniente a Orlinov, su trabajo había terminado para hoy, a menos que hubiese que preparar algunos detalles para Glade Tremont.

Pero esta noche aparecía muy importante en el espíritu de Marsland.

Presentía que sería la primera oportunidad para lograr algún resultado positivo para La Sombra.

Acercándose a la puerta delantera del pórtico, tiró su pitillo al césped.

Volvióse hacia el enorme edificio y dirigió la mirada hacia el ala izquierda.

Allí estaba encerrado el secreto del lugar. Antes de terminar su labor allí, lo descubriría.

El sol se ponía sobre una montaña y la fría oscuridad de la noche se extendía en torno a las paredes grises. La torrecilla del castillo parecía envuelta en el crimen y en el misterio. Pronto las cubriría la oscuridad.

La escena tomaba un aire profético. Para Cliff, la creciente oscuridad denotaba la presencia de una sombra viviente, de un hombre que vivía, en la noche.

Cliff estaba allí porque La Sombra, conocía que sucedía alguna cosa anormal dentro de aquellas paredes.

Allí se alojaba el crimen, pero nadie más que La Sombra sospechaba semejante cosa. ¿Era un crimen del pasado o un crimen del futuro?

Cliff sonrió ceñudo al entrar por la puerta delantera y cruzar el vestíbulo que iba oscureciéndose.

Esta noche, si todo iba bien, La Sombra conocería las conspiraciones que se tramaban allí. Las conocería merced a la vigilancia de Cliff Marsland.

CAPÍTULO IX
CLIFF MANDA UN MENSAJE

Era de noche. Tres hombres hallábanse sentados en un salón de la residencia de Iván Orlinov. Uno era el ruso; el segundo, Glade Tremont; el tercero, Cliff Marsland.

Tremont llegó antes de la hora de cenar. Fue presentado a Cliff. Este sorprendió la mirada astuta y penetrante del abogado y al instante se puso en guardia.

Desde aquel momento, Cliff intuyó que Tremont conocía su presencia. Vió que existía alguna relación entre el abogado y Biff Towley, el jefe de la banda de Nueva York.

La discusión durante la cena fue de escasa importancia. En el salón, los hombres estaban sentados delante de un acogedor fuego, pues las noches eran frías en aquellas altitudes.

Tremont hablaba de las dificultades inherentes a sacar la patente de nuevos inventos; pero no especificaba nada en sus observaciones.

El tema cambió al fin. Tremont, mirando con el rabillo del ojo, dirigió la vista hacia Cliff Marsland, quien vió la acción, pero no dio la menor indicación de haberlo observado.

-Bien, señor Orlinov -dijo el abogado-. Me alegro de que el último aparato que usted recibió haya resultado satisfactorio. ¿Funciona bien?

-Sí-respondió el hombre barbudo, mirando el fuego.

Allí, como a la luz solar, su barba brillaba. Tenía el brillo de oro bruñido.

Sus ojos relucían al fuego.

En aquel rostro, Cliff descubrió una nueva expresión: una brutalidad resuelta que daba al ruco el aspecto de un ser demoníaco y burlón.

-¿Le gustaría verlo?-preguntó Orlinov, mirando directamente a Tremont.

-Me interesaría-repuso el abogado.

-Venga-invitó Orlinov. Se volvió hacia Cliff-. Permanecerá usted aquí, Marsland. Tengo que tratar un asunto particular con el señor Tremont.

-Sí, señor-respondió Cliff. Los hombres cruzaron el aposento y Cliff demostró indiferencia por su partida. Se imaginó que volverían la cabeza para mirarle y no prestó atención. En lugar de esto, siguió mirando con fijeza al fuego.

Sabía adónde iban los dos hombres. Por la puerta de hierro, al ala misteriosa del castillo.

Cliff Marsland actuaba de acuerdo con la inspiración del momento. Se guiaba por su intuición. Era un hombre de acción. El ansia de las emociones fuertes la adquirió en los campos de batalla de Francia.

El gusto a las emociones pudo satisfacerlo plenamente al servicio de La Sombra. Tenía más confianza, cuanto mayor era el peligro.

Poseía, además, un espíritu deductivo. Conocía, por lo que Biff Towley e Iván Orlinov le habían dicho, que el anterior secretario había resultado desleal.

Se imaginó una situación muy parecida a la siguiente: un hombre, solo en el salón, mientras los otros, probablemente los dos que acababan de salir, salieron a discutir asuntos de importancia. El antecesor de Cliff, evidentemente, espió y sin duda, pagó con la vida, su temeridad.

Esto, en lugar de servir de freno a Cliff Marsland, era un incentivo. Hasta ahora, Orlinov confiaba en él. Cliff estaba armado y era muy capaz de defenderse. No había más que un motivo para proceder con cautela.

No debía revelar su objetivo, pues sería perjudicial para La Sombra. No obstante, estaba resuelto a aprovechar la presente ocasión.

Este salón estaba situado en la parte central de la casa. Conducía al vestíbulo. No existía ninguna razón para que Cliff no fuera al vestíbulo. En consecuencia, se levantó y fue en esa dirección.

En el vestíbulo, observó la puerta que conducía al ala misteriosa. Era corrediza y estaba entornada.

Cliff rió suavemente. Vió que constituía una trampa. Encendió con indiferencia un pitillo y se dirigió a la puerta principal, por donde salió al pórtico.

Podía tomar dos caminos: volverse y entrar por aquella puerta, lo cual era arriesgado, pues evidentemente lo sometían a una prueba. La segunda opción era no hacer nada, contentarse con saber que Grade Tremont había ido a visitar Glendale.

Ninguno de estos planes le atraía. Buscaba un procedimiento ventajoso.

Miró hacia el ala silenciosa de la casa.

Dentro, en alguna parte, Tremont y Orlinov conferenciaban. Cliff se preguntó qué haría. La Sombra si estuviese allí. Quizá el misterioso personaje estaba allí. Era una mera suposición.

No obstante, la idea le inspiró. El problema de Cliff consistía en entrar en la parte misteriosa de la casa, sin pasar por la puerta abierta. Escalar la pared sería una empresa peligrosa. Las ventanas de la planta baja estaban protegidas por gruesos barrotes de hierro, como las de arriba. Además, Cliff conocía que era muy probable que hubiese algunos hombres vigilando los terrenos que rodeaban la finca.

Luego pensó en las torrecillas. Dos de ellas, grandes e imponentes, se erguían sobre la fachada de la casa. Había otras en la unión de las alas.

Entre ellas había murallas almenadas, altas paredes de piedra semejantes a las de las antiguas fortalezas. Impasiblemente, Cliff volvió a entrar en la casa, tarareando suave, menos al penetrar en el salón.

Una vez allí, cambiaron sus maneras. Escudriñó el desierto vestíbulo con el objeto de asegurarse, de que no le vigilaba nadie desde aquella puerta entreabierta. La inspección le convenció de que quien estuviera acechando, se encontraba bastante distante de la invitadora barrera.

Dirigióse, suave y sigilosamente, hacia la parte posterior del vestíbulo y ascendió los escalones que conducían al segundo piso.

Era ésta una porción poco usada de la casa. Se comunicaba con el pasillo central.

En la parte delantera del segundo piso había dos puertas, para ambas torrecillas en desuso. Probó de abrir la puerta por el lado del ala misteriosa.

La encontró cerrada. La abrió con una llave maestra y ascendió una escalera de caracol que terminaba en una pequeña pieza dentro de la torrecilla.

Allí encontró una ventana sin bastidor. Introduciéndose por ella, saltó con rapidez al tejado situado detrás de una almena. Dirigióse hacia la torrecilla más cercana. Esta tenía una abertura estrecha por la cual logró pasar el cuerpo.

Se encontró en una habitación pequeña, y al cruzarla, el suelo cedió ligeramente bajo sus pies. Esto indicaba una puerta-trampa.

La trampa abrióse hacia arriba. Cliff descendió por un hueco pétreo cilíndrico, mediante una escala metálica. En el fondo encontró otra puerta, cerrada con llave.

Tras varias pruebas consiguió al fin abrir la barrera. Luego se encontró en un largo y oscuro corredor que se extendía a todo lo largo del ala.

Era necesario proceder con mucha cautela ahora. Instintivamente, empuñó el revólver. El arma le serviría si se topase con Petri o alguno de los dos pistoleros que vivían en esta sección de la extraña residencia.

A ambos lados del corredor había una serie de gruesas puertas, que estaban cerradas. Al fin, llegó a una escalera.

Descendiendo, llegó a la planta baja, donde terminaban los escalones.

Escudriñando el corredor en dirección de la parte central de la casa, observó una puerta cerrada. Entonces comprendió la disposición del lugar.

Había pocas puertas allí. Unos cuantos pasillos laterales partían de un corredor. Probó puerta tras puerta. Al fin encontró la que buscaba.

Oíase el sonido de voces, y al escuchar, distinguió los tonos de Iván Orlinov y Glade Tremont. Cosa extraña, hablaban de él.

-Buen sujeto es ése que te ha mandado Towley-decía Tremont.

-Sí, muy bueno-murmuró Orlinov-. Bueno, como los otros.

-No como Steffan-repuso Tremont, con una breve risa.

-Ese resultó pésimo-asintió Orlinov-. Este parece excelente. Pero debo esperar aún. Luego podré utilizarlo.

-Veo que no quieres arriesgarte. Es preferible esperar a que haya estado algunos meses aquí. Esa trampa es magnífica, si le da la idea de curiosear. Petri podría cerrar al instante la puerta corrediza. Mas no creo que nos dé un disgusto. Biff Towley elige hombres de confianza.

Cliff sonrió. Estaba recogiendo información interesante.

-¿Está todo dispuesto para mañana por la noche?-preguntó Orlinov.

-No. La cosa es para pasado mañana, por la noche-corrigió Tremont-. Matt Hartley irá a mi casa. Llegará a las diez. Ha tenido algunos disgustos con unos pleitos. Fue una suerte que yo me enterase y le asesorase. Me hará una visita particular. Yo haré el resto.

-Nuestro amigo, el doctor...

-Representará su papel. No te preocupes, Iván. Recibirás la siguiente remesa. Quizá sea la última, a menos que...

¿A menos qué?

-A menos qué encontremos otros que sean valiosos. Savette habló de otros planes.

Se oyó un ligero ruido en la habitación y Cliff retrocedió por el pasillo.

Había oído hablar de Matt Hartley. El hombre era un inventor genial en materia de aviación. Había realizado diversas pruebas para desarrollar nuevas formas de torpedos aéreos y se había dado bastante publicidad a sus experimentos.

A pesar del retraso con que había llegado allí, Cliff llegó a tiempo de escuchar una porción vital de la conversación. Conocía que se preparaba alguna cosa para Matt Hartley y que sucedería dentro de dos noches.

La puerta de la habitación estaba abriéndose, pero Cliff ya había llegado a un lugar seguro. Estaba escondido en un pasillo corto y oscuro, entre la habitación donde había escuchado y la escalera. Afrontaba ahora un problema que no esperaba.

¿Y si los dos hombres regresaban al salón y encontraban que había desaparecido? Tardaría algún tiempo en regresar por las torrecillas. Luego tendría que descender por la escalera principal afrontando el peligro.

Meditaba inútilmente. El problema parecía insoluble. Pero mientras se debatía con este dilema, ocurrió algo que cambió por completo la situación.

En lugar de volver por el corredor a la puerta central, Tremont y Orlinov se aproximaban al pasillo donde Cliff estaba escondido. Rápidamente, Cliff sacó su revólver.

Si descendían por este corto pasillo, no tenía más que una opción: abrirse paso a tiros y tratar de huir. Presa de excitación oyó que los hombres se acercaban.

Luego los hombres pasaron por el extremo del pasillo y el peligro terminó.

Unos momentos después los oyó subir la escalera, que conducía al segundo piso de aquella ala.

¡Habían tomado el mismo camino que él debía seguir! Hallábase ahora entre dos peligros: Petri en la puerta del centro de la casa; Orlinov y Tremont en el segundo piso.

Se le ocurrió que tal vez Orlinov y Tremont se detendrían en una de las habitaciones del segundo piso. Tremont había dicho algo respecto de ver el trabajo de Orlinov. Cliff vió la ocasión que necesitaba.

Audazmente salió de su escondite y se aproximó a la escalera. Ascendió con sigilo. El corredor de arriba estaba desierto. Tenía razón; habían entrado en otro aposento.

Se deslizó presuroso por el pasillo y llegó a la puerta de la torrecilla. Entró y cerró cuidadosamente la puerta tras sí.

Una vez en la torrecilla, penetró por la abertura y saltó detrás de la almena.

Finalmente se dirigió a la ventana de la torre.

Luego el camino era fácil. Descendió la escalera de caracol. Una puerta se cerró tras él. Llegó a la escalera central.

Dos minutos después se deslizaba por el vestíbulo principal y entraba de vuelta al salón. Tenía las ropas llenas de polvo. Las cepilló delante del hogar.

Luego se hundió en su sillón y encendió un pitillo.

Breves instantes después, sacó una hoja de papel y un sobre de su bolsillo.

Con una estilográfica escribió un mensaje en clave con tinta azul clara, la clase de tinta empleada en todos los mensajes de La Sombra. Cerró el sobre y se lo guardó en el bolsillo.

Fumaba un tercer cigarrillo cuando oyó que Tremont y Orlinov volvían al aposento. Al entrar los dos hombres, le encontraron contemplando meditabundo los rescoldos del fuego.

-El señor Tremont se marcha en el último tren-informó Orlinov-. Lo acompañaremos a la estación. Sí, usted y yo, Marsland.- El ruso oprimió un timbre que había en la pared. Unos instantes después, se oyó la bocina de un automóvil en la parte delantera de la casa. Orlinov se incorporó y Tremont y Cliff le siguieron.

Un auto esperaba fuera, siendo el chofer uno de los pistoleros del castillo.

Cliff estaba contentísimo cuando el coche se dirigía hacia Glendale. Había tenido suerte. No esperaba ninguna dificultad en ir a la estación el día siguiente, pues en ocasiones había ido con el chofer a recoger la correspondencia. Pero esta noche... a tiempo para el último tren... coincidía con los planes e instrucciones que le diera La Sombra.

El automóvil se detuvo delante de la estación. Cliff se apeó con Tremont y Orlinov. Los dos hombres conversaban sobre asuntos de poca importancia.

El joven sonrió para sí. Pronto llegaría su momento. Esperó hasta que las luces del expreso de Nueva York iluminaron la vía. Su mano izquierda se deslizó en el interior de su bolsillo. Luego surgió el sobre doblado. Su cuerpo estaba vuelto de forma que ni Orlinov ni el chofer pudiesen ver el mensaje.

En ese momento, un joven que andaba por el andén se levantó y pasó por el lado de Cliff. Sus manos se encontraron, y cuando el desconocido continuó andando, fue él, y no Cliff Marsland, quien llevaba el sobre.

Tranquila y deliberadamente, Cliff Marsland pasó su mensaje a Clyde Burke, al que La Sombra apostara en Glendale para ese fin. Clyde Burke estaba constantemente en las cercanías de la estación, dispuesto a recibir cualquier mensaje que le entregasen.

Cliff hizo más. Cuando Burke prosiguió su marcha, el nuevo secretario de Orlinov se llevó la mano izquierda a la altura de la cadera. Era una señal.

Clyde la vió cuando el tren paraba.

La señal significaba que el mensaje iba destinado para La Sombra; que debía ser entregado inmediatamente. Clyde, con las manos en los bolsillos, subió al tren.

Así fue que dos pasajeros salieron de Glendale aquella noche, cada cual a su misión. Glade Tremont a preparar algún nuevo crimen. Clyde Burke a llevar una información a La Sombra.

Cliff Marsland pensó en la situación cuando regresaban al castillo de Orlinov. Esta noche dos hombres habían conspirado, ignorando que les escuchaban. Sus planes estaban sentenciados al fracaso.

¡La Sombra iba a intervenir!

CAPÍTULO X
EL PLAN DE LA SOMBRA

Un puntito de luz brillaba en una habitación oscurecida. La sombra de una mano pasó sobre el punto de iluminación. Chirrió un teléfono. La luz se extinguió. Una voz cuchicheada habló en la oscuridad.

Del receptor salían unas palabras pronunciadas en voz baja.

-Burbank al aparato.

-Informe-dijo la voz de La Sombra.

Fue dada una información breve. La Sombra profirió una carcajada.

Aunque el cuarto sin ventanas estaba sumido en una completa oscuridad, la luz solar no había desaparecido aún. Cerraba la tarde. Esta noche se verían Tremont y Matt Hartley en la casa del abogado, en Long Island.

Por mediación de Burbank, el único hombre que mantenía un enlace constante con él por teléfono, La Sombra había averiguado que Matt Hartley seguía volando por Mineola. El famoso experto en aviación salió a mediodía, con el objeto de ensayar uno de sus nuevos dispositivos. No se le esperaba de regreso hasta después de oscurecer.

Una luz apareció en un rincón del cuarto. Reveló una mesita sobre la cual descansaban varios artículos de maquillaje. La Sombra se sentó delante de la mesa, pero solamente sus manos blancas aparecieron dentro de la esfera de la luz.

Las manos surgieron con lo que semejaba una delgada careta de gasa de alambre, no más que un armazón con unas cuantas partes sólidas. El objeto desapareció al levantárselo en la oscuridad.

Las manos trabajaron con otros artículos. Luego la parte superior de la mesa giró hacia arriba, en el centro, quedando en los lados los diversos objetos.

Surgió a la vista un espejo. En la parte horizontal de la mesa apareció el retrato de Glade Tremont.

Una cabeza penetró en el radio de la luz y del espejo surgió un reflejo extraño, fantástico. ¡La imagen de un hombre que parecía no tener rostro!

¡Disfrazado con la incolora superficie de la delgada careta, tan sólo los ojos de La Sombra eran visibles al brillar, a través de una masa plástica de una especie de mancha grisácea.

Las manos entraron en acción. Los largos dedos se movieron acá y acullá por la mesa, buscando los objetos que necesitaban. Sobre la base artificial, iba formándose la semblanza de un rostro humano. Al fin semejaba las facciones del retrato.

Los activos dedos continuaron su tarea. Luego llegó el resultado final.

¡Proyectado en el espejo apareció el rostro exacto de Glade Tremont!

La risa de La Sombra resonó por la estancia. Se había provisto de un disfraz perfecto, tan exacto que ni los mismos amigos de Glade Tremont podrían descubrir la impostura.

El espejo desapareció cuando la parte superior de la mesa se allanó. En la superficie libre, las manos de La Sombra depositaron una hoja de papel. Era la lista de nombres preparados con anterioridad.

«Dinero: Agustín Bellamy.

Televisión : Pedro Rachaud.

Energía atómica: Clark Murdock.

Aeronáutica:

Dinero:

A continuación de la palabra «Aeronáutica», la mano de La Sombra escribió el nombre de Matt Hartley.

Luego surgió una risa suave. La luz se extinguió.

Fue al anochecer cuando una figura apareció cerca de la residencia de Glade Tremont. La casa del abogado estaba situada a alguna distancia de una avenida, que se extendía cerca de la playa de Long Island. La mansión estaba rodeada por un alto vallado de zarzas.

El desconocido que había llegado a esta vecindad era apenas algo más que una figura fantasmal. Silenciosamente, casi invisible, deslizóse a lo largo de la calle delante de la residencia del abogado. Luego su elevada figura se fundió con la negrura del césped. Se detuvo delante de unas plantas.

Dos voces conversaban cuchicheando. Los que hablaban ignoraban que los oían.

-¿Qué consigna es la de esta noche, Biff?

-Tenemos que cazar a un sujeto, Jaime. No podemos arriesgarnos a dejarlo escapar. Tú vigila aquí mismo. Si oyes que alguien se acerca, échale el guante.

-De acuerdo. ¿Quién más vigila?

-Muchos otros. Están apostados, como tú. Por eso no quiero que nadie abandone su puesto. Yo estaré delante, en el coche.

-¿Y si alguien sube por la acera?

-Yo me cuidaré de él. Vosotros vigiláis la llegada de algún espía. Eso es todo. Atrápalo, y dale el pasaporte al otro barrio, si te ves obligado.

-¿Y la policía?

Biff Towley rió despectivamente de la pregunta de Jaime Bosch.

-No hay ninguno a media milla de aquí-declaró-. Olvida eso. La operación de esta noche es muy importante. Echa el guante a cualquiera que intente salir o entrar. Si algún coche sube por la calzada o alguien se acerca deliberadamente por la acera, déjalos en paz. Eso corre de mi cuenta.

Con estas palabras de despedida, Biff Towley salió de entre las plantas y cruzó la porción sembrada de césped, pasando, a medio metro del lugar donde La Sombra se hallaba agazapado...

Jaime Bosch vigilaba la casa. Ignoraba el objetivo de la vigilancia de esta noche, y no le importaba. Su trabajo consistía en estar ojo avizor y obedecer órdenes.

Había una pequeñísima zona de luz junto a la pared lateral de la casa.

Observándola, Jaime vió una línea de negrura deslizarse por el lado. Sacó su revólver. La negra figura desapareció.

Jaime pensó que era simplemente la sombra moviente de un árbol. ¡Ignoraba que había sorprendido una fugaz visión de La Sombra!

Un pistolero agazapado cerca del pórtico trasero divisó la misma figura. La vió de más cerca que Jaime. Este centinela se imaginó haber visto a una figura humana. Enderezóse junto a la pared, escudriñando la densa oscuridad.

De pronto, de la espesa noche surgieron dos manos siniestras. Una asió la muñeca del gangster. La otra asestó un golpe formidable en la garganta del pistolero. El centinela se desplomó al suelo. Su pistola rodó por la hierba.

Había una ventana de unos sótanos a un metro de distancia. Abrióse hacia el interior cediendo a la presión de una mano invisible. El cuerpo del desvanecido malhechor fue introducido por la ventana, donde quedó suspendido y luego cayó al suelo, en el interior.

Silenciosamente, siguióle otra figura. La ventana se cerró.

Una diminuta linterna se encendió y sus rayos se sumergieron en las profundidades de los sótanos. Resonó una risa suave y burlona. Unas manos, en la oscuridad, ataron y amordazaron al capturado bandido. ¡Uno de los fieles perros de vigilancia de Biff Towley, fracasó en su vigilancia!

Se oyó un rumor suave junto a la escalera de los sótanos. La puerta estaba cerrada con llave, pero la cerradura cedió cuando una mano invisible aplicó una pequeña herramienta metálica. La puerta se abrió. La Sombra avanzó a través de la silenciosa casa.

Había una luz en el vestíbulo principal. Agazapándose, La Sombra apareció al fin a la vista; mas no podía ser visto desde el exterior. Vestía su habitual capa negra, y en la cabeza llevaba el sombrero de enormes alas que oscurecían sus facciones.

Mirando a derecha e izquierda, La Sombra ascendió con rapidez la escalera.

Su capa produjo un rumor y durante un momento, su forro carmesí quedó revelado. Luego la misteriosa figura desapareció en la oscuridad del segundo piso, hasta llegar a un aposento donde ardía una luz solitaria. Era el estudio de Glade Tremont. Estaba vacío.

La Sombra movióse de nuevo en forma agazapada. Llegó a un rincón del cuarto, junto a la puerta de un armario. Un alto armario para libros se proyectaba hacia el punto, donde la orilla de la puerta llegaría al abrirse.

La sombra agazapada del hombre misterioso se enderezó.

Se fundió junto al borde del armario para libros, hasta convertirse en una forma inmóvil e indistinguible.

Surgió de la noche. Silenciosamente a través el grupo exterior de los gangsters vigilantes. Un hombre, un malhechor, quedó cautivo. Ahora, en el lugar deseado, esperaba, dispuesto a frustrar los siniestros planes de Glade Tremont.

Esta noche llevaba un disfraz extraordinario. ¡Su rostro era el rostro del abogado en cuya casa estaba! Mas aquella cara duplicada estaba invisible por el momento.

La Sombra se enfrentaba con súper criminales, con hombres que no dejaban rastro de sus fechorías. Al lado de ellos, Biff Towley y sus secuaces eran simples aprendices.

Esta noche se celebraría una lucha de ingenios: el cerebro de La Sombra frente a los cerebros de maestros del crimen. Por vez primera en esta extraña lucha, La Sombra se encontraría cara a cara con uno de sus enemigos.

Glade Tremont llegaría pronto. El astuto abogado había concertado una conferencia con Matt Hartley, una futura víctima de la conspiración. Como el doctor Savette, se proponía perpetrar un siniestro crimen.

¿Cuál era su plan?

Eso había que averiguar.

Pero esta noche, Glade Tremont recibiría la mayor sorpresa de su vida.

Antes de terminar la noche, vería su propio rostro... ¡en otro hombre!

¡Ese era el plan de La Sombra!

CAPÍTULO XI
ORLINOV CONCRETA

Sentado en el salón del castillo de Iván Orlinov, Cliff Marsland pasaba revista a sucesos pretéritos.

Rememoraba los acontecimientos desarrollados hacía dos noches, cuando realizó su sagaz visita al ala lateral de la extraña mansión.

Desde entonces, estuvo impaciente y aburrido de su inactividad. No había hecho nada desde que entregó el mensaje a Clyde Burke. Tenía que esperar hasta que recibiese alguna respuesta. Sobre todo, debía reprimir sus impulsos esta noche, pues quizá la vida de un hombre estaba en la balanza.

En Nueva York, Glade Tremont se entrevistaría con Matt Hartley. La entrevista encerraba unos propósitos siniestros. La Sombra había sido advertido. Por lo tanto, el resultado sería perjudicial para el abogado.

Entre tanto, Cliff debía esperar. Sería imprudente repetir su excursión al prohibido territorio del ala lateral del castillo. Por mucho que desease experimentar las sensaciones de otra expedición, no podía arriesgarse a un encuentro con Iván Orlinov o sus sicarios.

Tenía presentimiento de que en esta casa se encerraba alguna cosa, de mucho mayor interés que un simple laboratorio o taller. Cuando las circunstancias lo permitiesen, averiguaría el secreto que Iván Orlinov conservaba tan guardado.

Recordó el rostro del ruso al verlo a la luz del fuego de la chimenea dos noches antes. El recuerdo le intranquilizó.

Mientras se imaginaba mentalmente a Orlinov, éste penetró en la habitación.

Cliff le dirigió una mirada interrogante. El ruso sonrió amablemente, tomó asiento y miró a su secretario. Luego empezó a hablar en tono placentero.

-Se está muy tranquilo aquí-dijo-. Muy tranquilo.

-Me encanta la tranquilidad-respondió Cliff.

-Es diferente de Nueva York, ¿eh?

-Muy diferente.

-Muy diferente-repitió Orlinov, riendo-. Ha estado usted aquí una semana, Marsland. Es hora de que le explique muchas cosas, con el objeto de que me pueda ser más útil. ¿Sí?

Cliff Marsland afectó una actitud de escaso interés.

-Hay, en este castillo algunos lugares que me gustaría que usted viese-continuó el moscovita-. Venga. Le enseñaré algunos lugares donde no ha estado.

Hizo un gesto al levantarse, y Cliff echó a andar a su lado.

Salieron de la habitación y cruzaron el vestíbulo. La puerta del ala estaba abierta. Haciendo una cortés reverencia, el moscovita introdujo a su secretario al prohibido territorio.

Cliff reprimió su entusiasmo. Aunque había estado pensando en llegar a visitar esa parte del edificio, nunca esperó realizarla tan pronto. Miró a su alrededor al atravesar la segunda puerta y simuló ver el corredor como si lo hubiese visto por vez primera.

-Verá usted alguna cosa extraña-declaró Orlinov-. Aquí no. Está en el piso superior. Venga.

Llegaron a la escalera y ascendieron al segundo piso. Allí, Orlinov se detuvo delante de una puerta cerrada. Cliff vió algo que no había observado anteriormente, cuando atravesó con premura el pasillo.

Esta puerta-así como las otras del mismo piso-estaba provista de un entrepaño en forma de cruz con un centro cuadrado.

-Mire.

El dedo del ruso se posó en el centro del entrepaño. Cediendo a una leve presión, el cuadrado descendió, revelando un pequeño cristal.

Respondiendo a la invitación de Orlinov, Cliff escudriñó el interior. Vió una habitación amueblada lujosamente, al parecer una de las varias que componían un departamento, pues había en el fondo otra puerta.

El suelo del aposento estaba cubierto de gruesas alfombras orientales. Una biblioteca aparecía llena de macizos volúmenes. El mobiliario era de caoba.

Estos detalles interesaban muy poco a Cliff Marsland. Fijaba la vista en el único habitante del departamento. Un hombre de edad avanzada estaba sentado a una mesa escritorio, trazando líneas sobre una hoja de papel.

No parecía demostrar interés por cuanto le rodeaba. Tenía el rostro largo y solemne y los ojos opacos y tristes.

Orlinov apartó a Cliff de la abertura. Cerró el entrepaño. Hizo una seña, y su secretario le siguió a otra puerta. Descendió otro entrepaño y Cliff divisó otra pieza, con mobiliario menos elegante.

Esta habitación contenía otro inquilino, un extranjero, un hombre de cabeza grande y barbudo.

Usaba gafas. Hallábase sentado delante de un tablero de ajedrez, estudiando las posiciones de las piezas. No observó el rostro de Cliff cuando éste escudriñaba por la abertura.

-Venga.

Abrióse un tercer entrepaño. Esta habitación era un duplicado de la segunda. Un hombre de cabellos grises y cargado de hombros consultaba un libro enorme. Tatuaba anotaciones en un cuaderno. Fue el primero en darse cuenta de que le observaban. Volvióse de repente y miró con ojos agudos y penetrantes hacia el abierto entrepaño.

Orlinov cerró con rapidez, y conduciendo a su acompañante a lo largo del corredor, hizo que realizara otras breves inspecciones de otras habitaciones, semejantes a las vistas anteriormente, pero desocupadas.

Orlinov mantenía un silencio enigmático. Cliff meditaba. Siguió al ruso al primer piso.

Una vez allí, el ruso abrió las puertas de las otras habitaciones. Eran talleres y laboratorios, instalados de una manera excelente. Otro departamento contenía una vasta serie, de armarios para libros y archivos; constituía una verdadera biblioteca.

Finalmente, Orlinov abrió la marcha hacia la habitación misma, donde Cliff escuchará la conversación sostenida entre Glade Tremont y el moscovita.

Resultó ser una oficina amueblada con sencillez.

El ruso se situó de pie en el otro lado del despacho. Marsland observaba, intrigado. Estaba perplejo por las extrañas cosas que había observado. Tenía la convicción de que Orlinov iba a darle una explicación, interesante y valiosa.

-¿Estaban instalados con comodidad?-fue la pregunta del ruso.

-Así lo parecía-respondió el secretario, comprendiendo que su jefe se refería a los hombres del piso superior.

-Pueden gozar de comodidad, sí lo desean-explicó Orlinov-. De lo contrario, pueden sufrir algún disgusto.

El fingido secretario escuchó la siniestra manifestación sin hacer el menor comentario. Sentía ansiedad por oír hablar a Orlinov, pero era demasiado cauto para interrogarle.

-Pocos lo han visto allí-declaró el ruso-. Sí, muy pocos los han visto. Sería imprudente. ¿Sabe usted por qué?

Cliff meneó la cabeza en señal negativa.

-Porque-continuó el ruso en tono solemne-, esos hombres están muertos. ¡Muertos! ¡En efecto, son hombres muertos!

-¡Muertos!-repitió Cliff, involuntariamente.

-Sí-subrayó, el ruso, fría y enfáticamente-. Son hombres muertos. ¡Muertos que viven!

El pensamiento heló la sangre de Cliff Marsland. Apretó los dientes y su rostro se endureció al mirar con fijeza a Iván Orlinov. ¿Se había vuelto loco el gigante ruso? Su tono era serio; su expresión era positiva.

En los ojos de Orlinov había aparecido un brillo extraño y salvaje.

Marsland empezó a levantarse de la silla, pensando que trataba con un demente.

Entonces el ruso le indicó con un gesto imperioso que continuase sentado. El rostro de Orlinov se suavizó. Su interlocutor se sintió más tranquilo.

-Cuando los muertos viven-declaró el ruso, pausadamente-, debe obedecer a un motivo. ¿No le parece? Le explicaré la razón de ello. Estos hombres han sido útiles. ¿No es grato conocer que por haber sido útiles, puede continuarse viviendo, cuando se está muerto?

Cliff miraba con fijeza a Orlinov. Le desagradaba el énfasis peculiar del tono del hombre. Parecíale que las observaciones iban dirigidas a él. Presintió que se estaba desarrollando una situación peligrosa. Pero conservó la calma a pesar de sus crecientes temores.

-Le he dicho lo que han sido esos hombres-prosiguió el ruso-. Le he dicho que han estado muertos. ¿Le agradaría saber por qué motivo? Deme esa estilográfica que tiene en el bolsillo. Entonces podré escribir sus nombres...

La mano de Cliff dirigíase hacia el bolsillo del chaleco. De repente se dio cuenta de que había perdido la pluma. ¡Era la estilográfica que usara para escribir su mensaje a La Sombra, la pluma con la tinta especial, que se desvanecía una vez seca y expuesta al aire!

Comprendió de pronto que Orlinov lo estaba engañando. Su mano se retiró del bolsillo del chaleco y fue a empuñar el revólver.

Una cosa fría le apretó la nuca. Era el cañón de una pistola. Comprendió que el más leve movimiento significaba una muerte instantánea. Hizo una pausa y esperó.

-¡Ah!-exclamó Orlinov, con una risa sarcástica-. Es usted demasiado prudente. No quiere moverse. Excelente. No fue tan prudente al sentarse de espaldas a esa puerta. Petri le tiene encañonado.

Tras una pausa, añadió:

-Quizá cree usted que es muy listo. Ha cometido un grave error. Recuerde lo que me dijo: que una equivocación puede ser demasiado. ¿Por qué dejó tan descuidadamente aquella estilográfica?

La vez del ruso adquirió un tono de reproche sarcástico.

-Sí-continuó-. Encontré esa pluma esta mañana. He escrito con ella. Es una escritura muy extraña que desaparece con tanta rapidez. Quizá ha averiguado usted demasiado. Quizá ha informado a alguien. Por esta razón le he hablado esta noche. Ha visto usted a esos hombres que viven aún. Es sencillamente porque usted, también, será uno de esos hombres.

Hizo una pausa y agregó:

-Cuando un hombre es peligroso para nosotros, lo matamos. Pero no, si puede sernos útil en algo. Quizá nos pueda usted servir. Quizá se niegue. Lo veremos, ¿eh?

El rostro de Cliff Marsland permaneció impasible. Esperaba que Orlinov le sometiese a un interrogatorio, ya que sospechaba de él. Los ojos del ruso llameaban y Cliff vió en ellos una furia reprimida. Que probase, pensó el joven. ¡No averiguaría nada de La Sombra!

Orlinov parecía leer los pensamientos de su víctima. Se incorporó riendo y se aproximó. Sus ojos se clavaron en el rostro del agente secreto. Sus labios dibujaron una sonrisa feroz.

-¿No quiere hablar? Bien. No importa. Si ha averiguado usted algo, no puede perjudicarme. Si oyó algo anoche, es igual. Hemos dispuesto las cosas de modo que no pueda dañarnos.

Sus ojos astutos observaban a Cliff para ver si se mostraba alarmado.

Orlinov no descubrió nada contemplando el rostro impasible de su secretario. El gigante se encogió de hombros.

-¿Cree usted que es fuerte?-interrogó-. ¿Cree que es muy listo? Lo comprobaremos. Ha sido usted mandado por alguien. No puede ser más qué un hombre. El hombre que llaman La Sombra.

Cliff no indicó que la suposición era acertada.

-Piensa usted que no «cantará»-rió Orlinov-. Es innecesario ahora. Le ofreceremos esa ocasión dentro de poco, si hace falta. Conocerá usted el sistema que he descubierto para hacer hablar a la gente. Hay algo que puede impedirle intentar ser demasiado listo. Ha visto usted a los hombres que murieron. Están quietos y silenciosos ahora. Sí, han conocido la muerte. La conocerá usted también. Mi buen amigo, el doctor, me ha enseñado la fórmula.

No accediendo a las pretensiones de Orlinov, Cliff esperaba recibir de un momento a otro un tiro del hombre apostado detrás de él.

Mas cuando el moscovita se aproximó, el agente de La Sombra comprendió que iba a suceder otra cosa.

Orlinov hablaba ahora calmosamente, a excepción de una risita que interrumpía sus palabras.

-Sí-decía-: si este hombre, La Sombra, ha intentado perjudicarnos, ya es demasiado tarde. Se perjudicará a sí mismo. Así tal vez encontremos que no nos sirve usted de nada. Lo veremos.

Las palabras hicieron apretar los labios a Cliff. Comprendió que el ruso había tenido suficiente tiempo, para ponerse en comunicación con Nueva York.

Por una pura casualidad, el ruso había encontrado su pluma estilográfica.

Así adivinó el motivo de la presencia del joven en el castillo. Orlinov, Tremont y un tercero, a quien el ruso llamaba el doctor, eran super demonios.

La conspiración contra Matt Hartley estaba fijada para esta noche. Cliff no ignoraba que Glade Tremont conocía ya el nuevo giro de los acontecimientos en Glendale.

¡Había que avisar a La Sombra!

¡Había que avisar a La Sombra! Más ¿cómo?

Una muerte instantánea amenazaba a Cliff Marsland, si osaba moverse.

Miraba abstraído en el vacío, sin ver a Orlinov ni a Petri. No vió la mano del barbudo ruso aproximarse a su brazo, asiendo un objeto diminuto y brillante.

La aguda punta de una jeringuilla pinchó el brazo del agente de La Sombra.

Permaneció inmóvil, con la mirada aún en el vacío. Sintió una debilidad extraña e inexplicable. La habitación iba tornándose oscura a su alrededor. Su cuerpo osciló. Olvidó la presión del revólver en la nuca. Las venas parecieron helársele en el cuerpo.

Orlinov lanzó una carcajada cuando el cuerpo de su secretario se desplomó en el asiento y quedó rígido. El joven oyó la carcajada en medio de una oscuridad remolinearte. Luego su cerebro cesó de funcionar.

El ruso permaneció contemplando el cuerpo del sillón.

Según todas las apariencias, Cliff Marsland estaba muerto. Había sufrido la misma muerte que Clark Murdock, cuando el químico forcejeó con el doctor Gerardo Savette.

De los labios del ruso salió una risa burlona. Habló en su lengua nativa a Petri, el fornido sirviente que aún seguía empuñando la pistola. Este respondió. Él y Orlinov levantaron del sillón el cuerpo de Cliff Marsland.

Llevaron la carga escaleras arriba al segundo piso. Aunque el joven agente de La Sombra era bastante pesado, los dos rusos lo llevaron con facilidad.

Orlinov ordenó a su criado que dejase el cuerpo en el suelo. Luego el gigante abrió una puerta, que conducía a una de las habitaciones más pequeñas. Los dos hombres introdujeron el rígido cuerpo en el departamento y lo depositaron encima de una otomana situada junto a la pared.

No había ninguna señal de vida en aquel cuerpo inerte. Una palidez cadavérica se había extendido por su rostro. Mas Iván Orlinov, sonriendo horriblemente, mostró mayor interés por aquel cuerpo, del que habría tomado para un simple cadáver. Conocía que su víctima despertaría más tarde.

¡Cliff Marsland se había convertido en uno de los muertos que vivían!

CAPÍTULO XII
EL VISITANTE DE TREMONT

Eran cerca de las diez cuando un automóvil, ascendía por la calzada de la residencia de Glade Tremont. Las luces del coche se apagaron. Glade Tremont se apeó y entró por la puerta excusada de la casa. Había llegado, antes de la hora de la cita con Matt Hartley.

Cuando llegó al estudio del piso superior, encendió una luz junto al escritorio. Giró la vista en derredor del cuarto. Aunque su mirada era aguda no observó la figura especial que había más allá del armario de libros.

Fue hacia una puerta que daba a una pieza y la abrió. Al hacerlo, pasó a medio metro de distancia de La Sombra; sin embargo, no vió la figura del hombre de negro.

La puerta de la habitación contigua formó una barrera entre Tremont y La Sombra. El abogado dejó entornada la puerta y volvió a su escritorio. Se sentó, meditabundo.

Transcurrieron varios minutos. Glade Tremont esperaba, al parecer, la llamada de un visitante. Sonaron las diez. El teléfono empezó a repicar. El abogado levantó el receptor.

-Sí-dijo-. Sí, soy el señor Tremont... Ah... ¿Matt Hartley?... He estado esperándole... ¿Un cuarto de hora? Sí, estaré aquí... ¿Tiene su coche? Venga por la calzada de mi casa. Verá mi coche. Puede dejarlo estacionado al lado... Bien... Sí, estoy solo...

El abogado volvió a colocar el receptor en el gancho, y sus facciones, frías y severas, adquirieron un aspecto maligno.

Reclinado en su sillón, entornó los ojos y cruzó las manos encima del pecho.

Parecía estar contento pensando en la próxima visita de Matt Hartley.

Distraído, no observó una larga sombra que se extendía por el suelo, hacia el borde exterior del escritorio. Una figura siguió a la sombra negra. La Sombra sumió deslizándose de su escondite. Alto y silencioso, permaneció de pie, delante del escritorio.

Glade Tremont abrió los ojos. Levantó la vista y parpadeó. Ante él erguíase el hombre de negro, un ser fantástico surgido de la nada. La flotante capa, el chambergo de anchas alas: estas dos cosas componían la figura del misterioso personaje que había llegado sin ser visto.

Tremont vió el relampaguear de dos ojos amenazadores. Observó el cañón de una potente pistola automática, en una mano enguantada de negro.

Los criminales más famosos habían temblado ante aquella figura espectral.

La Sombra, el misterioso vengador, había hecho estremecer a los espíritus más valerosos. Sin embargo, Glade Tremont no dio señales de la menor turbación. En lugar de ello, miró audaz a La Sombra.

-Buenas noches-saludó, calmosamente-. He estado esperando su llegada.

La Sombra no respondió.

Glade Tremont, a pesar de su aire de tranquilidad, conocía que un falso movimiento significaría su muerte. Permaneció en su postura de calma, reclinado en su sillón giratorio, con una risa forzada en sus labios apergaminados.

Había dicho la verdad. Había esperado a La Sombra. Mas, aunque estaba preparado para la entrevista, aunque envalentonado por creerse seguro, hallaba que La Sombra era un personaje más amenazador de lo que suponía.

Haciendo un esfuerzo logró conservar su aire de tranquilidad. Sus palabras, pronunciadas con el objeto de desconcertar a La Sombra, fueron habladas con tono áspero que delataba su agitación.

-Sí-declaró Tremont-: le he estado esperando. He oído hablar de usted y comprendí que tal vez lo tendría invitado esta noche. Ha venido usted a proteger a Matt Hartley. Puedo asegurarle que a ese respecto ha fracasado usted.

El sonido de su propia voz dio a Glade Tremont, una sensación de tranquilidad. Su sonrisa forzada se convirtió en real. Aunque temía a La Sombra, conocía que el hombre de misterio le escucharía, siempre que no hiciese un movimiento en falso.

-Ha tratado usted de inmiscuirse en mis asuntos-anunció Glade Tremont-. Lo ha logrado, hasta cierto punto. Mas allá ha fracasado. Si lo desea, hablaré con mayor claridad.

El abogado miró en los relucientes ojos, que estaban clavados en él.

Comprendió que, aquellos ojos ardientes eran lo bastante penetrantes para descubrir una falsedad. Pero esta noche, Tremont, con astucia, confiaba en la verdad. Sostuvo la mirada de aquellos ojos llameantes y continuó su discurso en tono bajo.

-Le tendí un lazo-prosiguió-. No acierto a comprender cómo logró eludirlo. Pero es una trampa que funciona de dos maneras. De haber caído usted en ella cuando vino aquí, estaría usted ahora en mi poder.

Tras una breve pausa, añadió:

-Sospeché que tal vez sorteara a mis centinelas: Mas dudo de que se pueda escapar ahora. No puede usted abandonar esta casa sin mi consentimiento. Por tanto, será prudente que me oiga.

Sutilmente, el abogado procuraba acosar y atormentar a La Sombra.

Empleaba un tono convincente. Aunque sentíase presa de vagos temores, logró convencerse a sí mismo de que tenía a La Sombra en sus manos.

La situación pendía de la balanza en este momento. Tremont, con su sonrisa artificial, estaba seguro de que la situación cambiaría para él.

-Hace dos noches-prosiguió-, anuncié mi propósito de capturar a un hombre llamado Matt Hartley. Comuniqué el plan a una sola persona, a un hombre llamado Iván Orlinov, residente en Glendale.

Hizo una pausa y agregó:

-Con Orlinov hay un individuo llamado Cliff Marsland. Hoy Orlinov descubrió un objeto misterioso perteneciente a Marsland: una pluma estilográfica conteniendo una tinta que se desvanecía después de usarla. Orlinov ignoraba el significado de esa tinta. No obstante, me telefoneó. Comprendí. He oído hablar de los misteriosos mensajes de La Sombra. Mi contacto con los bajos fondos no es superficial.

Tremont se humedeció les labios y continuó con su historia, y observando cauteloso a La Sombra mientras hablaba.

-Sospeché-siguió-, que Marsland habría oído la conversación que tuve con Orlinov en su castillo. En consecuencia, modifiqué mis planes. Esta tarde Matt Hartley salió a efectuar unas pruebas de vuelo. A sugerencia mía, aterrizó solo, en un campo de Glendale, donde esperaba verme. Encontró a otras personas.

“Mañana el mundo sabrá que Matt Hartley ha muerto. Su aeroplano ha sido destruido en aquel campo de aterrizaje. El mundo creerá que llevaba un torpedo cargado para realizar un experimento. Se desprendió de su aparato cuando se vió forzado a aterrizar.

Animado por la astucia de sus manifestaciones, Tremont sonrió despectivo.

El silencio de La Sombra indicaba que el hombre de negro estaba perplejo.

-Acabo de llegar de mi oficina-añadió Tremont-. Allí recibí una conferencia de Iván Orlinov. Su agente, el individuo llamado Cliff Marsland, está en su poder. En todos los sentidos, para cualquier caso, Marsland está muerto. Continuará muerto, para siempre, a menos que usted escuche mis condiciones.

La negra y larga capa de La Sombra se movió levemente. Fue la primera señal de acción que el hombre de misterio había dado.

Tremont pensó que La Sombra estaba preocupado.

-¿Por qué trata de frustrar nuestros planes?-inquirió-. No me encuentro solo. Poseemos una fuerza que usted no puede combatir. Le ofrezco a usted unas condiciones razonables. Hemos conservado las vidas de ciertos hombres porque nos era ventajoso. Su agente, Marsland, no nos sirve de nada. Tampoco nos servirán los otros, si nos vemos obligados a situarnos a la defensiva.

Hizo una pausa y agregó:

-Mientras usted permanezca, inactivo, esos hombres vivirán y entre ellos su agente. Mas si mueve usted un dedo en contra de nosotros, Marsland morirá, y los otros con él. He

oído decir-rió Tremont, roncamente-, que los agentes de La Sombra son inmortales, como su jefe. Esta vez uno de ellos está virtualmente muerto. Puede resucitar a una orden mía. Usted ha de decirlo.

El abogado esperó que La Sombra hablase. El hombre de la capa parecía considerar la cuestión.

-Si yo muriese-agregó Tremont-, perdería usted su objetivo. Mi vida está en un platillo de la balanza. La vida de Marsland y las de los otros hombres, en el otro. Puedo asegurarle que todos vigilamos, en Nueva York y en Glendale. Es imposible que usted adivine la extensión de nuestros preparativos y planes.

Al observar que La Sombra permanecía silencioso, continuó:

-Orlinov es un hombre implacable. Es un hombre de acero. Es una chispa, dispuesta a volar un polvorín. Todo podía desaparecer: las vidas de esos hombres, las pruebas, todo en absoluto. Si usted, o algunos de sus emisarios, se atreviese a aproximarse al castillo, de hoy en adelante, Orlinov no titubeará en actuar de una manera inexorable. Nuestros planes están a punto de culminar. Deje que sigan adelante y su agente, Marsland, será devuelto a usted. Intente frustrar nuestros proyectos y morirá. Quizá también usted perezca.

Así terminó Glade Tremont su discurso. Como representante de dos malhechores, Iván Orlinov y el doctor Gerardo Savette, había realizado su trabajo perfectamente. La Sombra no podía rehusar la proposición.

Tremont pensó que había calculado las posibilidades de La Sombra. Conocía que el hombre de las tinieblas no era un agente de la autoridad. Trataba con un hombre que tenía amplia libertad para actuar a su voluntad.

-Un punto más-añadió Tremont, tras una breve pausa-. Quizá abrigue usted la fantástica idea de matarme y luego escapar a través del cordón que protege a esta casa. Sería fútil. A menos que mi compañero principal me vea esta noche, Orlinov recibirá el aviso de obrar radicalmente. Tengo que salir de esta casa. Debo estar vivo. Tengo que acudir a una cita. Cuando yo reciba la llamada telefónica para fijar la entrevista, señalaré la hora.

La Sombra no despegó los labios. Permaneció inmóvil, esperando mientras los minutos transcurrían. Tremont extrañó el hecho, mas luego pensó que La Sombra estaba sometiendo a una prueba sus manifestaciones.

¡La Sombra esperaba esa llamada telefónica!

Que espere, pensó Tremont. Los minutos ya no le parecían henchidos de ansiedad. Cuando repicase el teléfono, terminarían la tensión. La Sombra se vería obligado a acceder.

El timbre del teléfono sonó. Con una mirada tranquila a La Sombra, Tremont descolgó el receptor. Reconoció la voz del doctor Savette.

-Sí, soy Glade-respondió el abogado-. Aquí está... El hombre que yo esperaba... Todo irá bien... Sí; ha escuchado mis condiciones... Te veré antes de medianoche. En tu casa... Ten cuidado, y prepárate para cualquier eventualidad... Conoces el plan.

El abogado colgó el receptor y dirigió una mirada a La Sombra. Estaba seguro de que su enemigo ignoraba quién había llamado. Había calculado cuidadosamente la situación. Conocía que se hallaba acorralado, que habían vigilado a Orlinov. Pero, pensó, Savette estaba demasiado bien camuflado para que La Sombra sospechase de él.

-Me ha oído usted-manifestó Tremont, con audacia-. Ahora deme su respuesta.

Una risa suave y estremecedora surgió del hombre vestido de negro. Más aterradora que su presencia, la carcajada burlona de La Sombra desconcertó a Glade Tremont. El abogado comprendió que había obrado con precipitación.

-Conozco sus procedimientos-cuchicheó una voz siniestra-. He tratado muchas veces con malhechores como ustedes.

Instintivamente, Tremont tembló al oír hablar a La Sombra. Vió que sus planes se esfumaban.

-Sé quién le ha telefoneado-continuó La Sombra-. Savette es su cómplice. Con toda probabilidad tiene un despacho en clave para Orlinov, en caso de que usted no vaya a su casa.

La Sombra tornó a reír y el tono, aunque mayor, no salía de aquella habitación. Recogió los ecos de las paredes. El sonido fantasmal martilleaba los oídos de Tremont.

-Esta noche-prosiguió La Sombra-, Glade Tremont se presentará en la casa del doctor Savette. Más tarde, Glade Tremont irá a Glendale y ordenará la liberación de Cliff Marsland. Además, Glade Tremont terminará allí los planes terroríficos existentes. ¿Duda de mis palabras? Es porque desconoce mis métodos. ¡Mire!

Con la mano izquierda, La Sombra se quitó el chambergo y bajó el cuello de su capa. Su cabeza quedó revelada.

Mirando, boquiabierto, el rostro revelado, Glade Tremont contuvo el aliento.

Estaba mirándose a sí mismo, contemplando sus propias facciones copiadas con tal exactitud como si las viese reflejadas en un espejo.

Los labios del falso Glade Tremont se movieron. La Sombra hablaba de nuevo mas su voz era una imitación perfecta de la del abogado.

-¡Yo soy Glade Tremont!-declaró La Sombra-. ¡Yo soy el hombre que actuará esta noche!

Al oír la voz, el verdadero Glade Tremont se estremeció. Había intentado combatir a La Sombra y fracasó.

El malhechor se desplomó. Vió la muerte inminente, una muerte de la que no podía escapar. Con una astucia que superaba a todos los planes de Tremont y de sus compañeros, La Sombra había encontrado una manera de desbaratar los proyectos de la banda siniestra.

¡Savette sería engañado! ¡Orlinov seria engañado también! ¡La partida había terminado!

Mas Tremont, temblando no pensaba más que en sí mismo. Los ojos de La Sombra, el personaje de misterio, relampagueaban a través de su rostro, que semejaba una máscara. Los ojos no auguraban nada bueno para Glade Tremont.

CAPÍTULO XIII
LA HUÍDA DE LA SOMBRA

Glade Tremont estaba en manos de La Sombra.

Hasta ahora, el hombre de las tinieblas había jugado una partida esperando, sin revelar sus cartas. Desde el principio comprendió que se enfrentaba con una nueva clase de crimen.

Adivinó que las pruebas de las fechorías de aquellos malhechores pendían de un solo hilo, dispuesto para hacerlo desaparecer en un momento. Libres de la carga de los prisioneros, Tremont, Savette y Orlinov se situarían fuera del alcance de la ley.

Surgiendo de la oscuridad, La Sombra había dado jaque mate al primero de los tres terribles bandidos. Era dueño de la situación. Representando el papel de Glade Tremont, podría engañar a los astutos compinches del abogado. Mas para lograr esta finalidad debía salir de la casa.

Despojado de la capa y el chambergo, podía pasar fácilmente delante de Cliff Towley, por la puerta exterior. Mas antes debía eliminar a Glade Tremont.

Por este motivo el abogado temblaba de miedo. No esperaba que La Sombra le disparase un tiro, pues tal cosa podía ser interpretada como una señal por los hombres que vigilaban fuera. Pero el abogado esperaba morir a manos de su enemigo.

Un golpe asestado con aquella pesada pistola automática, una puñalada o unas manos poderosas que le estrangulasen: eran las terribles alternativas que atormentaban el espíritu del espantado abogado.

No obstante La Sombra hizo lo inesperado. Calmosamente, se levantó el cuello de la capa, cubriéndose los hombros. Su sombrero ocultóle de nuevo las facciones. El falso rostro de Glade Tremont desapareció de la vista.

¿Qué propósito abrigaba La Sombra?

Gradualmente, se le ocurrió a Tremont, que el hombre vestido de negro se preponía llevárselo consigo de la casa. El propósito era a todas luces, acertado. Un cadáver, ocultado precipitadamente, podría ser descubierto, especialmente, si Biff Towley y sus sicarios entraban en la casa por algún motivo. Además, y esto dio una leve esperanza a Tremont, La Sombra quizá se proponía utilizar a su cautivo.

¡Esto era! El corazón del abogado empezó a latir aceleradamente. La Sombra se lo llevaría consigo a algún lugar oculto para emplearlo como rehén, como Orlinov tenía a Cliff Marsland.

No le agradaba la situación; al mismo tiempo comprendía que los planes de sus compinches seguirían adelante, sin interrupción.

No estaba muy seguro de Savette ni de Orlinov. Él mismo habría estado dispuesto a sacrificar a un compañero para salvarse él. Se imaginó que Savette y Orlinov harían lo propio.

¿Qué sucedería si La Sombra le matase? Ellos seguirían reteniendo los rehenes. Tremont se maldijo a sí mismo por la locura que cometiera al ir a su casa.

La pistola automática pareció hacerle una seña. El abogado se levantó débilmente y echó a andar en respuesta al mandato. La mano enguantada de negro que empuñaba la pistola presionaba su cuerpo. El cañón le hurgaba las costillas.

Se estremeció al notar el toque del metal. Temblando de pies a cabeza, salió de la pieza, agazapándose al escuchar una orden cuchicheada de La Sombra.

Conocía perfectamente la reputación del hombre de misterio. Sabía que aquella mano no temblaría frente al peligro. Un disparo en este momento no sería del agrado de La Sombra; no obstante, el fantástico personaje no vacilaría en disparar el arma si desobedecía sus órdenes. La Sombra no temía a las hordas del crimen.

Llegaron al fondo de la escalera. Allí el cuchicheo sibilante de La Sombra formuló una sola palabra:

-¡Alto!

Tremont obedeció. Escuchó mientras La Sombra hablaba bajo y enfático. La orden era clara y terminante. Debía salir y subir a su coche para esperar a La Sombra.

Fue el hombre de las tinieblas quien abrió la puerta. De pie en la oscuridad, amenazadora aún su pistola, observó como Glade Tremont salía de la casa.

Luego su elevada figura atravesó la abertura. La puerta cerróse casi como si el abogado mismo lo hubiese hecho.

Tremont descendió a la calzada. Sus pisadas resonaron al hollar la gravilla.

El estribo del automóvil crujió al poner los pies encima.

No podía ver a La Sombra; en realidad no se atrevía a mirar atrás. Subió al coche por el lado opuesto al del conductor. Al cerrar la portezuela miró hacia el otro lado del volante. Vió la portezuela opuesta cerrarse suavemente.

¡La Sombra le había burlado! En lugar de tenerle encañonado, deslizóse silenciosamente hacia el otro lado del auto. Había subido en silencio e invisible. Tremont no veía más que una masa de negrura. ¡La masa negra indicaba a La Sombra, detrás del volante del automóvil!

El motor trepidó. Los faros del coche se encendieron. Los dos hombres quedaron invisibles dentro del auto.

Tremont comprendió la audacia del plan de La Sombra. Si hubiesen visto a alguien, debió ser a Tremont mismo. Arrancando abiertamente el vehículo, Biff Towley podría figurarse que Tremont se marchaba, conduciendo su propio coche.

El abogado reprimió un gemido al comprobar su impotencia.

¿Por qué razón Biff habría de sospechar que sucedía alguna cosa anormal?

Él y sus pistoleros habían estado vigilando la casa toda la noche. No vieron entrar más que a Tremont. ¡No sospechaban la presencia de La Sombra!

Deliberadamente, el hombre de misterio condujo el automóvil hacia el final de la calzada. Luego viró, hizo retroceder el coche y arrancó. Después enfiló hacia la seguridad de la calle.

Tremont estaba demasiada alarmado para moverse. ¡Se lo llevaban prisionero en su propia coche y no podía evitarlo!

El plan de La Sombra parecía que iba a triunfar. La serenidad con que maniobraba indicaba que no sucedía nada anormal. Mas cuando las ruedas delanteras viraron hacia la izquierda ocurrió una interrupción inesperada.

¡Desde un coche oculto en el otro lado de la calle, unos faros deslumbradores enfocaron sus rayos sobre el coche conducido por La Sombra!

Biff Towley quería asegurarse. Sabía que si Glade Tremont se marchaba, el momentáneo deslumbramiento de los faros no podía perjudicar. El jefe de la banda, con feroces secuaces a su lado, observaba desde su coche.

La luz reveló a Glade Tremont, pero mostró al gangster, algo más que eso.

Indicó que el abogado no conducía el automóvil. ¡Otro hombre manejaba el volante, y a la luz, el cuerpo entero de La Sombra apareció a la vista!

Biff Towley vió, en un abrir y cerrar de ojos, la situación. Gangster curtido, había oído hablar mucho de La Sombra, como todo malhechor, y había jurado matar algún día al hombre, que había aterrorizado tanto tiempo a las fieras de los bajos fondos.

-¡La Sombra!

El pistolero escupió las palabras. Su gruñido, se levantó como un grito de batalla. ¡Virando, casi parado, el coche se hallaba interceptado por Biff Towley y sus pistoleros, blanco perfecto para sus tiros!

Una fracción de segundo produjo resultados. El resplandor de los faros; el grito de Biff Towley; la reacción de Glade Tremont.

Oyendo el grito, el abogado se lanzó sobre el volante. Intentaba asir la mano derecha de La Sombra, que empuñaba su pistola automática por encima del volante. Al mismo tiempo, Tremont bajó la cabeza y los hombros, temiendo interceptar el paso de los tiros del otro coche.

En este súbito giro de los acontecimientos, La Sombra no permanecía inactivo. El resplandor de las luces provocó una risa burlona y cuchicheado de los labios invisibles del hombre de la noche.

Cuando el cuerpo de Tremont se lanzó hacia adelante, el brazo de La Sombra se alzó. El cañón de la pistola automática, golpeó el mentón descendente del abogado. Las rodillas de éste se proyectaron hacia delante, su espalda se dobló y él se desplomó sobre el asiento, con la cabeza debajo de la ventanilla lateral.

La Sombra no había perdido tiempo ni malgastado un cartucho, al hacer frente, con su habitual rapidez, al primer ataque. Su mano se levantó con un doble propósito. En primer lugar, para eliminar a Tremont; en segundo lugar para disparar primero el tiro inicial.

Mientras la cabeza de Tremont caía atrás, el dedo de La Sombra oprimió el gatillo de su pistola.

Hubo tres resultados simultáneos. Una fuerte detonación resonó dentro del coche. Los faros se extinguieran. Se oyó el ruido de cristales ratos.

Con certera y rápida puntería, La Sombra había destrozado el ojo cegador que revelara su presencia. Un solo disparo realizó la operación.

El motor del coche roncó. Por encima de su trepidación llegaron los gritos retadores de los frustrados bandidos. Un diluvio de plomo salió del coche de éstos. De entre los árboles y arbustos, cerca de la casa, donde Jaime Bosch y otros rufianes estaban apostados, surgieron llamaradas.

Todos disparaban ciegamente. El coche, ganando velocidad, descendía zigzagueante y veloz por la estrecha calle, presentando un blanco incierto y fugaz que desafiaba la puntería de los pistoleros.

Furioso, Biff Towley pisó el pedal de su coche. El potente automóvil saltó hacia delante. Los bandidos, surgiendo de entre los arbustos, saltaron al estribo. Otros llegaron corriendo para unirse a la frenética persecución, siguiendo la estela del sedán, de Biff Towley.

Por las ventanas abiertas asomaban pistoleros, disparando sobre el zigzagueante coche. Los tiros erraron. Los juramentos y maldiciones eran fútiles. El coche fugitivo había tomado una buena delantera.

Biff Towley, inclinado sobre el volante, sonrió ferozmente. De ordinario, en otras circunstancias, habría ordenado a sus secuaces que no disparasen hasta acercarse algo más al blanco.

Mas ahora este torrente de plomo estaba de acuerdo con un plan trazado de antemano. Las luces del sedán mostraron al auto fugitivo a media manzana de distancia. Más allá, Biff divisó lo que esperaba.

De una travesía lateral surgió un largo y bajo coche de turismo. Dirigióse veloz al centro de la calle y se paró allí. De sus costados oscuros salieron nuevos disparos, una barrera dirigida, hacia el coche que se acercaba.

¡La Sombra estaba acorralado entre dos fuegos! En previsión de una situación semejante, Biff Towley había apostado sus reservas, con instrucciones de cerrar el paso de cualquier enemigo fugitivo.

De haber continuado el coche su frenética carrera, se habría topado con la muerte, quedando destruido.

De haber parado, Biff Towley y sus pistoleros habrían encontrado una presa fácil.

Cuando las pistolas de los hombres del coche de turismo vomitaron llamaradas, La Sombra se encontraba momentáneamente fuera del alcance de las armas enemigas, en ambas direcciones.

Fue en ese preciso momento cuando La Sombra actuó. Solo, entre dos peligros formidables, hizo un asombroso esfuerzo para eludirlos. A la izquierda de la calle había una tapia bordeada por árboles. A la derecha veíase un vallado de zarzas.

Las manos enguantadas de negro dieron al volante del coche, una fuerte vuelta a la derecha. El automóvil giró sobre dos ruedas. Luego salió disparado, abriéndose paso entre la espesura del vallado de zarzas.

Hundiéndose los neumáticos en el blando césped de un prado cubierto de hierba, el coche continuó avanzando veloz, aunque tambaleándose, conducido magistralmente por La Sombra.

Avanzó aplastando arbustos y plantas y esquivando árboles de ramas bajas.

Sus luces mostraban un singular camino, en dirección de una valla de madera que bordeaba una extensión del terreno.

La valla entera crujió cuando el automóvil la atravesó, casi volcándose en la operación; mas unas manos hábiles lo enderezaron.

Con el cuerpo de Glade Tremont saltando locamente a su lado, La Sombra condujo el automóvil por el estrecho y zigzagueante camino, alejándose del cruce donde el coche de turismo le esperaba.

Un largo grito salió de la calle. Las luces del coche de turismo descubrieron la huída del auto. El automóvil largo y bajo emprendió la persecución del coche cuyo rastro Biff Towley había perdido.

En la callejuela, Biff Towley, cuyo sedán se había parado más allá del lugar donde La Sombra, lanzándose sobre la tapia, desapareció de la vista, se unió a la frenética carrera para dar alcance al fugitivo.

Cuando su sedán dobló la esquina y descendió veloz por la calle siguiendo la luz trasera del coche de turismo, se oyeron unas pisadas precipitadas en la acera. Media docena de pistoleros acudían corriendo.

Gracias a una rápida y audaz decisión, La Sombra había sorteado una trampa mortal. Dos coches y más de una docena de temibles pistoleros le seguían el rastro. La Sombra rió mientras continuaba su carrera, a través de la noche.

Encontrábase en un camino estrecho y zigzagueante que tal vez no condujese a ninguna parte.

¿Cuál sería el resultado de esta loca carrera? Su cautivo saltaba a los vaivenes del automóvil, pero La Sombra no prestó la menor atención al hombre capturado. Estaba absorto en la emoción del momento, dependiendo sus bien trazados planes de lo que sucediera ahora.

Continuó la marcha buscando algún lugar donde pudiese virar, por el camino que descendía ahora por una cuesta rocosa.

Tal vez encontraría seguridad más adelante. Tal vez le esperase una trampa más formidable que la de que acababa de escapar. Los saltos y trompicones sobre el camino rocoso iban quebrantando al armazón del coche.

La vida o la muerte oscilaban en la balanza. Todo dependía del azar.

De nuevo La Sombra rió. Su risa burlona hendió clara y audaz las sombras de la noche.

CAPÍTULO XIV
LA BATALLA DE LA SOMBRA

Las ruedas del auto emitieron un sonido sibilante cuando avanzó, veloz, sobre el breve trecho.

Luego un brusco viraje a la izquierda, una carrera descendente sobre un terreno baja y sin árboles. Más allá, alguna cosa blanca y plana brillaba bajo las luces que se aproximaban.

El coche, respondiendo a la incitación de La Sombra, se lanzó hacia la blancuzca masa que había delante. Luego la capota se alzó. Las luces levantadas, arrojaron un vívido resplandor sobre la negrura de las aguas del canal.

Un pie rápido presionó el freno. El coche patinó sobre la humedecida superficie de un muelle y viró a la derecha. Las ruedas traseras se deslizaron a lo largo del borde del muelle, casi cayendo al agua.

Los gruesos neumáticos resbalaron lateralmente, hasta que el automóvil paró en el borde mismo de las aguas profundas del muelle extremo.

Un fantástico fin de una carrera desesperada. Mas la emoción de este asombroso episodio estaba por venir aún. Unos segundos después de parar el coche, las luces de otro automóvil descendieron por la cuesta.

El conductor del coche de turismo, vió el peligro al observar la situación crítica del casi destrozado coche. Frenó antes de llegar al muelle.

Las luces del sedán aparecieron ahora a la vista. El segundo de les coches conduciendo pistoleros se acercaba con su horda de asesinos. Los bandidos profirieron gritos salvajes.

Fría y calmosamente, La Sombra salió por la portezuela del lado del asiento del conductor. El cuerpo de Glade Tremont rodó al piso del coche. La portezuela se cerró.

El abogado, impotente, quedaba dentro, en la trampa. La Sombra no se preocupó de él. Había que ejecutar otro trabajo. La huída había terminado.

¡La batalla iba a empezar!

Subido al estribo del automóvil, pegada su negra figura al lado extremo, La Sombra se encontraba casi por encima de las aguas del extremo del muelle.

Primero levantó una mano; luego la otra. Ambas manos enguantadas de negro empuñaban firmes sendas pistolas automáticas.

Un tiro inicial desde la carrocería del coche de turismo, se estrelló contra el costado del coche. La Sombra no replicó. Otro balazo hizo astillas una ventanilla lateral. La Sombra seguía silencioso.

Pistoleros envalentonados avanzaban corriendo. Empuñando relucientes revólveres, dos de ellos saltaron del coche de turismo. Cinco más, Jaime Bosch a la cabeza, brincaron de los estribos del sedán. Cruzaron; corriendo, los almacenes, protegidos por los bandidos que aún quedaban en los coches.

Sentían ansiedad por capturar a su presa. Conocían que se enfrentaban con el misterioso personaje conocido por el nombre de La Sombra. ¿Dónde estaba el hombre de misterio? ¿Escondido en el auto? ¿Perdido el conocimiento en el auto? ¿O saltó al canal?

Donde quiera que estuviese, los bandidos estaban resueltos a capturarlo, por la superioridad de las fuerzas. Una banda gruñendo ferozmente, maniobrando en forma de abanico, iba estrechando el cerco.

Sonó la detonación de la pistola de la mano derecha de La Sombra. La misma puntería mortal, que destrozara el faro del coche de Biff Towley demostró su mérito de nuevo; mas en esta ocasión el blanco fue un cuerpo humano.

Un gangster, que avanzaba corriendo, lanzó un aullido saltando hacia arriba, sus manos hendiendo el aire. Su cuerpo se desplomó por el suelo del muelle.

Su revólver, saltando hacia delante, cayó a las aguas del canal.

Nadie oyó el ruido del arma al caer al agua. La pistola de La Sombra ladraba por vez segunda. Cayó otro hombre, de bruces, con los brazos en cruz, empuñando aún el revólver.

Los otros pistoleros se echaban a tierra escupiendo sus armas la respuesta.

Biff Towley, alerta en el sedán, vió el lugar de donde partieron los tiros.

Divisó la copa borrosa de un sombrero negro, por encima de la parte trasera del coche.

Su grito dio la señal cuando él disparó. Los hombres del coche de turismo empezaron a disparar furiosamente.

Si La Sombra se hubiese quedado para arriesgarse a oprimir una vez más el gatillo, la bala de Biff Towley le habría tocado. Mas La Sombra poníase a salvo cuando el jefe de la banda hizo fuego.

Los hombres del muelle avanzaban arrastrándose. Biff Towley y los otros que los cubrían estaban alerta. Vieron el lugar elegido por La Sombra. Al menor movimiento de su parte caería muerto.

Mas La Sombra había hecho un súbito cambio. Agazapado, se echó sobre el estribo. Con increíble velocidad, escurrió su elevada figura entre la capota y la barra de defensa delantera. Su brazo izquierdo se detuvo junto a la orilla del radiador. Sus ojos agudos escudriñaron, invisibles.

Dos hombres se acercaban, arrastrándose. Uno era Jaime Bosch. La Sombra disparó con puntería baja y certera. Jaime se desplomó en silencio.

Antes de que el otro sobresaltado pistolero pudiese volver su revólver, hubo un segundo disparo. El compinche de Jaime Bosch cayó retorciéndose.

Otros revólveres vomitaron plomo, furiosamente. Una granizada de proyectiles acribilló la capota. No acertaron el blanco. Entre La Sombra y sus enemigos se hallaba el motor protector. Constituía una sólida barrera que las balas no podían traspasar.

Cuatro hombres habían caído. Cuatro, de cerca de una docena. Los otros, los del muelle, dándose cuenta, avanzaron en masa. El primero de los atacantes llegó al lado de la capota del coche.

Como un soldado saltando una trinchera, se lanzó por encima de la capota, avanzando el brazo, apuntando hacia el invisible enemigo.

La Sombra, doblado sobre su espalda, el brazo derecho junto a la capota, el izquierdo junto a su cuerpo, divisó el reluciente revólver al disparar por encima de él. Oyó la brutal maldición de los labios del pistolero, cuando éste intentó detenerse en seco frenando su salto y descender su arma.

La pistola de La Sombra escupió hacia arriba. Los esfuerzos del bandolero fracasaron cuando la bala le perforó el pecho. Su cuerpo, lanzado, cayó al agua.

En aquella acción precisa y bien calculada, La Sombra había perdido un segundo precioso. Otro enemigo aprovechó el retraso. Deslizándose por la parte posterior del coche, este bandido se agarraba a la barra de defensa posterior, al borde mismo del muelle.

Vió la llamarada de la pistola de La Sombra. Echado hacia atrás, y agarrándose con la mano izquierda, el malhechor introdujo el brazo derecho, y disparó.

Al realizar el esfuerzo, erró la puntería. Desde su posición encogida, el tiro salió alto. Precisaba tan sólo otra ocasión de disparar, mas no la consiguió.

La Sombra, situado entre la barra de defensa y la capota, levantó deliberadamente la mano derecha. Su dedo apretó el gatillo de la pistola.

Disparó hacia el cuerpo del gangster, que no podía moverse, hacia la mano izquierda que asía la barra de defensa posterior del vehículo.

La puntería de La Sombra fue certera.

Profiriendo un grito horripilante, el bandido soltó la presa de la barra de defensa cuando la bala le destrozó la mano. Sus brazos se levantaron en alto, por encima de la cabeza, cuando parecía saltar hacia atrás. Su cuerpo cayó al agua en un resonante chapoteo.

Un nuevo enemigo amenazaba. Más cauteloso que los otros. Había abierto la portezuela del coche. Alargaba el brazo por la ventanilla junto al volante, pues la encontró abierta. Tropezó con el cuerpo de Glade Tremont.

La Sombra se enderezó para hacer frente al nuevo pistolero. Una mano y una cabeza aparecieron a la vista. Relució un revólver apuntando. Delante de él estaba la figura de La Sombra encañonándole, con su ennegrecida pistola.

Fue una carrera centelleante, una fracción de segundo, entre dos gatillos, y La Sombra ganó. Su disparo retumbó como el trueno de un cañón. La cabeza del gangster desapareció. Su mano quedó colgada, inerte sobre la abertura de la ventanilla, pendiendo del dedo el revólver.

La Sombra lanzó una carcajada al asir su pistola derecha, en el hueco de su codo izquierdo. Extendió su largo brazo y la mano enguantada de negro arrancó el revólver de los dedos del agonizante pistolero.

Ceñudo, sentado frente al volante de su sedán, Biff Towley lanzaba maldiciones en vez baja. Siete hombres habían avanzado para capturar a La Sombra. Siete balazos terminaron el ataque de los siete.

¡El hombre era un demonio! Operó casi a bocajarro, a corta distancia, pero no falló una sola vez.

Biff Towley tocó con el codo al pistolero que estaba a su lado, el único otro ocupante del auto. Juntos se apearon y se parapetaran detrás del coche de turismo. Había dos hombres allí.

-¡Tenemos que echarle el guante!-rugió Towley-. ¡Es La Sombra!

En los bajos fondos de Manhattan, aquel nombre habría infundido terror a los que lo oyeran. Aquí, con los ecos de los disparos resonando aún en sus oídos, dio a los secuaces de Towley un nuevo y más feroz incentivo.

Tenían a La Sombra al alcance de sus manos. Sus compañeros habían probado sus tiros mortales. ¡Era una cuestión de venganza ahora!

La parte delantera del coche de turismo, apuntaba en un ángulo hacia el acribillado coche. El plan de Biff Towley era rápido y sencillo.

-¡Vamos sobre él!-ordenó el jefe de la banda-. Sigue hasta el extremo del muelle.

El hombre agazapado al volante emitió un gruñido. El coche de turismo salió disparado y arrimó el radiador al costado del coche.

-¡Agujeréalo a balazos! ¡Achichárralo!

La orden de Biff Towley partió del costado del automóvil. Los dos hombres levantaron sus revólveres. Biff y su compinche escudriñaron desde la capota del coche de turismo.

Un ataque rápido era posible desde este lugar. No obstante, Towley vacilaba. Luego, como en respuesta a una maldición que saliera de los labios del jefe de la banda, resonaron unos gritos en el camino que conducía al muelle.

Cinco pistoleros acudían corriendo, como últimas reservas.

Era la muerte segura para La Sombra, ahora. Para detener a aquellos hombres debía ponerse al descubierto; de lo contrario, pronto rodearían el automóvil.

-¡Alto!-gritó Biff Towley a los tres hombres que había cerca de él-. Vigilad cuando asome la cabeza...

Antes de que los hombres pudiesen escuchar el aviso de su jefe, la elevada figura de La Sombra apareció de repente en la parte posterior del coche, elevándose sobre la parte superior, en el mismo lugar donde hiciera su primera aparición, el también había oído los gritos y ahora sus ojos divisaron al grupo de bandoleros acercándose al muelle. Mas éstos no constituían su objetivo inmediato.

La Sombra adivinó el plan de Biff Towley. Saltando arriba, casi en la parte superior del automóvil, La Sombra semejaba un terrible monstruo de la noche.

La altura de su posición y la proximidad del coche de turismo le proporcionaron una ventaja que Biff Towley no había previsto. Descendieron las manos que empuñaban sendas pistolas. Tan sólo unas largas llamaradas revelaban la presencia de las armas.

Los rápidos disparos fueron tirados a los dos hombres del coche de turismo, uno delante, el otro detrás. Ambos levantaban sus revólveres, agazapados tras las portezuelas.

La Sombra hirió en el hombro al hombre de delante. El gangster logró devolver el tiro, pero la puntería fue deficiente. El siguiente balazo de La Sombra, destrozó el brazo del hombre, que soltó la pistola y cayó desplomado al suelo.

La otra pistola automática no permanecía inactiva. Mientras la izquierda empleó dos balas para herir al pistolero de delante, la mano derecha giró hacia el hombre apostado en la parte posterior del auto.

Estaba agazapado, creyéndose seguro. Se equivocaba. El terror del hampa tenía un blanco viviente en el cuerpo agazapado. El solitario compañero de Biff Towley vió al implacable perseguidor y avanzó corriendo. Erró el tiro cuando el cuerpo de La Sombra osciló. La réplica fue un tiro que abatió al incauto gangster.

La Sombra se tendió sobre la parte superior del coche y sus pistolas cayeron al suelo. Estaban vacías. De su capa extrajo el revólver que arrancara al agonizante pistolero.

Las últimas reservas de la horda de pistoleros atravesaban, corriendo, el muelle, aullando furiosamente. Desconocían la potencia de su enemigo.

Dispararon sobre la parte superior del automóvil mientras corrían.

La Sombra no hizo caso de este tiroteo. Fría y calmosamente, apuntaba certero. Presentaba un blanco difícil para los hombres que se acercaban. Se encontraban delante de las luces del sedán, que Biff Towley dejara encendidas. La Sombra halló que eran fácil presa.

Sus tiros finales fueron calculados ventajosamente. Los hombres cayeron al avanzar. Dos, viendo desplomarse a sus compañeros, retrocedieron, ocultándose tras el sedán. La Sombra apretó el gatillo apuntando hacia uno de los fugitivos. El tiro no salió. La cámara estaba vacía.

Biff Towley no había estado perdiendo el tiempo. Astuto, así como audaz, había presenciado demasiado la puntería de La Sombra para exponerse.

En lugar de mostrarse a la vista, acercóse, arrastrándose, al costado del auto y se deslizó a lo largo del estribo más cercano.

Conocía que La Sombra estaría vigilando ojo avizor, que alguien apareciese en el costado exterior. Procediendo con cautela, Biff se enderezó junto al automóvil, dispuesto a atacar por sorpresa.

Su cabeza y su mano asomaron al mismo tiempo por encima de la parte superior del coche. Biff Towley abrigaba el propósito de acercarse, a su adversario, pero no esperaba que la proximidad llegase a tanto.

¡Cuando su rostro surgió encima de la parte superior del coche, se encontró mirando en dos ojos ardientes, a varios centímetros de los suyos¡

La mano de Biff Towley avanzó con rapidez. Su dedo apretó el gatillo de su revólver.

De nuevo, La Sombra actuó con la rapidez de una centella, con demasiada rapidez. Al asomar el rostro del jefe de la banda, lanzó su revólver sobre el rostro burlón. El proyectil metálico aplastó la cara de Biff Towley.

El jefe de la pandilla cayó hacia atrás mientras disparaba. Su bala rozó, silbando, el sombrero de La Sombra. El jefe de la cuadrilla cayó boca arriba, junto al auto, y su revólver tintineó al chocar con el faro del coche de turismo.

La Sombra se había incorporado sin el menor esfuerzo. Desarmado, su cuerpo presentó un blanco a los hombres del sedán. Abrieron fuego desde allí.

Al retumbar el primer disparo, La Sombra abrió los brazos. Sus labios invisibles profirieron un grito. El grito menguó cuando su cuerpo se bamboleó hacia atrás. Un chapoteo sordo siguió a la caída al agua del hombre de negro.

-¡Lo tumbé!-gruñó el gangster que disparó el tiro.

-Buena faena-exclamó su compinche-. ¡Eliminaste a La Sombra!

Los dos hombres se acercaron corriendo. Uno de ellos vió a Biff Towley, gimiendo en el suelo, y se detuvo a auxiliar a su jefe. El otro continuó hasta el extremo del muelle y escudriñó el canal.

Atisbaba aún, cuando llegó el otro pistolero y, de pronto, levantando su pistola, disparó un tiro al agua.

-¿Para qué tiras?-gruñó el otro.

-Me pareció ver algo flotando allá-replicó el primero.

-No malgastes buenas municiones. Mataste a ese diablo la primera vez que tiraste. Vamos. Tenemos que socorrer a Biff. Es hora de largarnos de aquí.

La sugerencia era oportuna. Aun en este lugar solitario el ruido de las detonaciones había atraído, al fin, a algunos visitantes. Dos coches se paraban en un camino cercano. Oíanse ya voces de hombres.

Volvieron presurosos a auxiliar a Biff y a otros heridos. Metieron en los coches a sus compañeros y se dispusieron a partir. Un hombre tomó el sedán, el otro el coche de turismo. Con su carga de pistoleros heridos, subieron por el camino que conducía a la cuesta rocosa y zigzagueante.

Reinaba un silencio de muerte en el muelle. Allí La Sombra había celebrado una terrible batalla contra una fuerza superior en número, terminando la soberbia lucha lanzándose a las aguas del canal.

Ahora llegaba gente y entre ellos un policía. Encontraron tendidos y muertos a varios gangsters. El policía sacó a un hombre inerte del coche; luego vió a otro, debajo del que ya había sacado.

Este hombre estaba vivo. Logró incorporarse por sí solo. Se tambaleó al tocar sus pies el muelle, luego se sentó en el estribo del coche y miró a su alrededor con un aire de perplejidad.

Era Glade Tremont. Había recobrado el conocimiento durante el final de la refriega. Apenas se daba cuenta de lo sucedido. La gente iba acudiendo para hablar con este solitario superviviente de la carnicería.

Nadie, ni en la carretera ni en el muelle, vió al hombre que salió chorreando del canal y caminaba con sigilo entre las rocas, a quinientos metros de distancia.

Nadie vio la figura ni oyó la risa burlona que salió de sus labios.

La Sombra, vencedor de la batalla, había salido de las aguas del canal.

Fingió que caía muerto cuando en realidad se zambulló para salvarse.

Aunque estaba desarmado, escapó ileso.

CAPÍTULO XV
DESPUÉS DE MEDIANOCHE

Un automóvil se detuvo delante de la puerta de la casa de Glande Tremont.

Un policía salió a su encuentro. El doctor Savette, pulido y cortés, dirigió una mirada interrogante al agente.

-¿Es usted el doctor Savette?-preguntó el policía.

-Sí. -Respondió el doctor-. ¿Cómo está el señor Tremont?

-Bien, ahora-comunicó el agente-. Tuvo suerte de que no le matasen. Se encontró cogido en medio de una batalla entre pistoleros. Estaban peleando dentro y fuera de su coche. Suba, doctor.

Savette entró en la casa y ascendió la escalera. Llegó al dormitorio de Glade Tremont y encontró al abogado descansando entre un montón de almohadones.

No había nadie más en el aposento. Un vaso y una botella indicaban que le había visitado otro médico.

Savette cerró con suavidad la puerta y tomó asiento junto a la cama.

-Recibí tu mensaje-dijo, en voz baja-. Me dijeron que deseabas verme, en calidad de médico de cabecera. Esta es una visita profesional.

Sonrió y añadió, pensativo:

-Por fortuna lograste avisarme antes de medianoche.

-Por fortuna estoy aquí-repuso Tremont-. Topamos con un hueso anoche, Gerardo. Aunque lo liquidamos. Es una satisfacción.

Brevemente Tremont narró los acontecimientos desarrollados hasta el momento, de la fantástica huída de La Sombra. Desde aquel instante cesaron las observaciones del abogado. Saltando la historia de la batalla en el muelle, llegó a lo sucedido después.

-Cuando recobré el conocimiento-continuó-, me sacaron del coche.

»Al principio no me daba cuenta del lugar donde me encontraba; luego observé que me hallaba en el muelle situado en el extremo de la vieja carretera. El policía me reconoció. Además, conocía mi coche. No tardé mucho en inventar una historia plausible.

-Que fue...

-Que había bajado al muelle para echar un vistazo al canal. Y cuando me disponía a regresar, vi que dos coches descendían por el camino, uno persiguiendo al otro. Luego las pistolas empezaron a disparar. Una batalla entre gangsters. Dos de ellos subieron a mi coche. Alguna cosa me pegó en la cabeza. Perdí el conocimiento... después ya no supe más.

-Una buena coartada-comentó Savette.

-Perfecta-dijo Tremont-. Fue aceptada sin más preguntas.

-¿Por qué está el policía aquí?

-Simplemente para saber si me encuentro bien-sonrió Tremont-. Se marchará pronto. Telefoneé a Biff Towley, mientras tú venías aquí.

-¿Sí?-. Las cejas de Savette indicaron el interés que sentía por conocer el informe del jefe de la pandilla.

-No me habló mucho-declaró Tremont-. Pero me dijo todo cuanto deseo conocer. Uno de sus hombres suprimió a La Sombra. Estaba en lo alto de mi coche.

Hizo una pausa y añadió:

-Golpeó a Biff en la cara con su revólver. Evidentemente no le quedaban más cartuchos. Entonces uno de la banda disparó a bocajarro y La Sombra cayó desde la orilla del muelle al agua del canal.

-¿Cómo salió de la batalla la pandilla de Biff?

-Mal. Jaime Bosch resultó muerto. También otro. Casi todos están heridos. Aquel hombre era un luchador formidable, pero la superioridad numérica era aplastante.

-Es asombroso su plan de pasar por ti. No obstante, no creo que me hubiese engañado.

-Entró por una ventana de los sótanos-observó Tremont-. Capturó a uno de los muchachos de Biff y lo ató. El muchacho logró desatarse cuando me traían del muelle. Me alegro de esto, pues sería peligroso que estuviera por aquí ahora. Llegó al cuartel general de Biff y le explicó lo ocurrido.

El doctor Savette se puso pensativo. Parecía estar pasando revista a los detalles de los acontecimientos de esta noche. Se imaginaba la batalla del muelle. Movió la cabeza afirmativamente, como si le ocurriese una idea definida.

Su abstracción fue interrumpida por el sonido de la lluvia, que empezaba a caer sobre el tejado inclinado encima de la ventana de Tremont. Observó que la ventana estaba un poco abierta.

El ruido de la lluvia se hizo mayor. Caía como un torrente. Había estado nublado toda la tarde y ahora descargaba una tormenta.

Savette contempló distraído la oscurecida ventana; luego reanudó sus meditaciones. Ahora fue Tremont quien interrumpió. El abogado emitió una risita.

-Nos ha favorecido. Ha salido todo lo mejor posible-manifestó-. Era una especie de empate, y acaso un jaque mate. Ahora la partida es nuestra. Podemos tomar las cosas con calma. En cuanto a ese Marsland...

Savette meneó la cabeza.

-No te precipites, Glade-dijo, en tono de duda-. No podemos estar nunca demasiado seguros. De acuerdo conque podemos maniobrar con calma. Mas todavía no estoy seguro de que La Sombra está muerto.

-No cabe duda. Biff habló con el muchacho que lo eliminó.

-No se muere siempre, cuando se ha recibido un balazo. Si La Sombra está muerto, quiero estar seguro de ello. Espera a que encuentren su cadáver flotando en el canal.

-Pueden no encontrarlo nunca-repuso Tremont-. Hay muchas corrientes muy fuertes por esta parte de la costa. No puedes confiar en eso.

-No confío en nada-replicó Savette-. Esa es precisamente lo que trato de hacerte comprender. Tienes mucha razón al decir que la partida es nuestra. Queremos que siga siendo nuestra.

-¿Cómo?

-Continuando Marsland prisionero, en calidad de rehén. Lo tenemos seguro. Presentaste un ultimátum a La Sombra. Mientras Marsland esté vivo, estamos protegidos, aunque La Sombra haya escapado de la muerte.

-Tienes razón-asintió Tremont.

-Marsland no puede causarnos ningún daño, y puede sernos útil si lo retenemos. Arriesgamos demasiado; la partida es demasiado importante para dejar un punto débil. Te arriesgaste anoche. Tienes suerte en estar vivo. Sigue mi consejo de aquí en adelante.

El abogado comprendió la sabiduría de las observaciones de Savette.

Presintió que su compinche iba a proponer un plan. Escuchó atento.

-Necesitas unas vacaciones-declaró Savette, adoptando un aire profesional-. Sugiero que salgas de viaje. Sin anunciar el destino. En realidad, irás a Glendale. Llévate contigo a Biff Towley. Dale el mando de las fuerzas que hay allí. Olvida Nueva York durante una temporada. Concreta tus esfuerzos en obtener resultados por mediación de Orlinov.

Tras una pausa, continuó:

-Hemos realizado lo que nos proponíamos. Nuestro pasado está cubierto y borrado. No hay más que dos personas que han intentado intervenir: Sharrock y La Sombra. Ahuyentamos al primero. Al parecer, hemos muerto al segundo.

“Yo permaneceré en Nueva York. Tú estarás con Orlinov; asegúrate de que todo marcha bien. Con Towley al mando de los centinelas no puede haber ningún motín ni descuido en la vigilancia. Luego Orlinov puede forzar a sus esclavos. Hazlos producir.

En los ojos de Savette había un brillo acerado, cuando terminó sus manifestaciones.

Tremont soltó una risita.

-Orlinov sabe obligarlos-dijo-. Está consiguiendo resultados eficaces. Tan sólo le falta una cosa: dinero.

-Lo sé-repuso Savette, pensativo-. Me propongo rectificar esa situación. Puedo hacerla mejor solo, actualmente. Nuestro verdadero trabajo ha terminado. Era difícil antes, porque estábamos ocupados en apoderarnos de los que necesitábamos. Pero el dinero...

Tremont observó un nuevo brillo en los ojos del médico.

-Sharrock nos traicionó-añadió Savette-. De lo contrario quizá no habríamos empezado esta nueva aventura. Si lo tuviésemos en nuestro poder ahora, estaría todo resuelto. Pero sería peligroso ir en su busca. Existen procedimientos más fáciles y puedo encontrar uno.

-La necesidad es apremiante-declaró el abogado.

-Lo comprendo-dijo su compañero-. No obstante, no debemos precipitarnos. Dame tres semanas, quizá un mes, de tiempo. Para entonces tendré un plan perfecto. Tal vez me tome menos tiempo. Cuando necesite ayuda me pondré en contacto contigo.

-¿Has encontrado alguna persona a propósito?

-Varias-respondió Savette-. Pero presentan un obstáculo. Por esa razón he estado esperando. Sería un grave error elegir una y luego encontrar otra más provechosa. Necesitamos el hombre que sea más fácil de trabajar.

-Eso corre de tu cuenta-observó Tremont, con voz cansada-. Actúa como mejor puedas y comunícame noticias tuyas. Saldré para Glendale mañana.

Savette se incorporó y dio las buenas noches a su compañero. Descendió la escalera y se puso el impermeable. Salió por la puerta. El policía, con un capote sobre los hombros, estaba de pie en el pórtico. Saludó al médico y Savette, pasando presuroso a través de la lluvia torrencial, llegó a su coche.

El policía observó como el auto del médico se alejaba. El agente había recibido instrucciones de permanecer allí durante la noche. Glade Tremont era un vecino importante de la localidad. El jefe de policía local lamentaba haber descuidado la vigilancia de esta sección.

En el tejado, por encima de la cabeza del policía, apareció una figura oscura, reflejada a la luz de la ventana de Tremont. Una capa chorreando agua relució cuando la figura de La Sombra deslizóse con sigilo hacia el borde del tejado.

Habiendo escapado de las aguas del canal, el hombre de misterio había llegado a la casa de Tremont, previendo una visita del doctor Gerardo Savette. Desde el exterior de la ventana había escuchado las palabras de los dos conspiradores.

La Sombra llegó al borde del tejado. Su figura se hizo invisible. Su larga figura deslizóse suave y fácilmente por la orilla. Quedó colgando, suspendida en la lluvia.

De haber saltado al terreno blando de abajo, la caída habría llamado la atención del policía; pero La Sombra no recurrió a tal cosa.

Había escogido este lugar deliberadamente. Descendiendo una mano rodeó con ella una columna situada debajo del pórtico. El otro brazo siguió.

Agarrado a la columna, descendió poco a poco hasta que sus pies tocaron la barandilla.

El agente estaba a pocos metros de distancia, al otro lado de la columna.

Volvióse casualmente y miró hacia la barandilla del pórtico. No vio más que la lluvia.

El cuerpo de La Sombra permanecía inmóvil. Los brazos y los hombros eran una mancha negra que para los ojos del policía formaban una porción de la noche.

Las pisadas del agente resonaron en el pórtico de madera. El hombre descendió los escalones y escudriñó la calzada. Volvió a su puesto y se detuvo a encender un cigarro, junto a la misma columna donde La Sombra había estado parado.

La cerilla lanzó un resplandor cuando el agente la rascó en la columna. La súbita luz no reveló nada. Sigilosamente, el hombre de la noche se había fundido, en la oscuridad.

Hollaba la calzada ahora, pero ni siguiera la gravilla delató su paso. En la calle, la única señal de su presencia fue una silueta moviéndose a lo largo de la acera, al pasar cerca de un farol.

Con la capa y el sombrero empapados de agua, del canal y de la lluvia, La Sombra se deslizaba sin el menor ruido que delatase su presencia. Invisible, se paró junto a un camino que conducía a una casa vacía. Detúvose allí para acercarse a un coche estacionado junto a la orilla de la calzada.

El ruido de la lluvia cayendo sobre el techo, del coche ahogó el ruido de la portezuela al abrirse. La Sombra llegó al volante de su automóvil. El contacto dio señales de vida; el motor trepidó.

Los faros se encendieron cuando el automóvil salió de la calzada, rumbo a Nueva York. Pronto llegó a una ancha carretera y se perdió en la caravana de autos que regresaban tarde a la populosa ciudad.

Cuando el hombre de misterio reapareció encontrábase en una habitación a oscuras donde tan sólo la luz de una lámpara reflejaba sus rayos desde una amplia y pulida mesa.

Solamente sus manos eran visibles, manos secas ahora. Aquellos dedos, largos y delgados, habían demostrado su eficiencia en el manejo de la pistola ahora estaban ocupados en abrir un sobre.

El girasol arrojó sus destellos sobre un informe a máquina. La Sombra leía unas notas de Rutledge Mann, unas notas que incluían un mensaje retransmitido por Harry Vincent, el agente que La Sombra mandó al extranjero:

Shark Nice Paris Tally

La Sombra anotó la traducción de este informe abreviado, de acuerdo con una clave entregada a Vincent.

<Shark> significaba. Sharrock. <Nice> se refería a significaba estación invernal del Mediterráneo. «París» indicaba adónde Sharrock se había dirigido. «Tally» era una abreviación del vapor «Talleyrand».

La Sombra escribió:

«Localizado Sharrock, en Niza. Salió para París. Partió en el vapor «Talleyrand».

Evidentemente, Vincent perdió el rastro en Niza. Sharrock había ido de París a Cherburgo para tomar el vapor que salía para América. Las manos de La Sombra estaban inmóviles, indicando que aún meditaba el mensaje que tenía ante su vista.

Luego los dedos encontraron otra información suministrada por Rutledge Mann. Era el itinerario de salida de barcos de la Línea «Messageries». El «Talleyrand» salió de Cherburgo aquel día. No llegaría a Nueva York antes de una semana.

El regreso de Sharrock tenía importancia. Savette había declarado que él y Tremont lo ahuyentaron. ¿Por qué regresaba? ¿Cuál seria el resultado cuando los conspiradores se enterasen de su regreso?

Sharrock, hermanastro de Austin Bellamy, podía ser una clave de la situación existente en Glendale. Era evidente que Savette ignoraba su regreso.

¿Ayudaría o perjudicaría ello los planes de La Sombra?

La lista profética de La Sombra reapareció, una vez más. Aquel papel presentaba su columna de palabras:

»Dinero.

»Televisión.

»Energía Atómica.

Aeronáutica.

»Dinero.

Los primeros cuatro títulos llevaban agregados un nombre cada uno. En el fondo de la columna había una sola palabra

»Dinero.

La lista empezaba con «Dinero»; terminaba con la misma palabra.

Cualquiera que fuese el propósito de las tres palabras intercaladas, el dinero era el motivo predominante. El dinero era el actual objetivo del doctor Savette.

La mano de La Sombra hizo una pausa, al lado de aquella importante palabra anotada en el fondo de la lista. La mano esperó. Luego una risa hendió las sombras del cuarto. Era una risa extraña y sardónica, una señal de júbilo que presagiaba la caída de los malhechores.

La mano escribió. Otro nombre fue inscrito en la lista. Durante un breve instante, el nombre quedó revelado claramente, mientras el girasol de la mano izquierda del hombre misterioso arrojaba sus destellos de luz mística.

Luego, cuando la lámpara emitió un chasquido, todo quedó sumido en las sombras. Desde el silencio de una habitación sólida y semejante a una tumba, la risa siniestra de La Sombra lanzó un reto feroz.

De las tinieblas surgió el hombre misterioso y a las tinieblas volvió. Dando jaque en su primer ataque, acorralado por las hordas del crimen, había luchado con fuerzas superiores numéricamente. Su presencia había sido revelada. Su mano justiciera había fracasado momentáneamente.

Mas, con natural astucia, La Sombra había desaparecido de la vista. Sus enemigos creían haberlo derrotado. Casi estaban convencidos que había muerto. La ventaja conseguida consistía en que lo daban por desaparecido y podría maniobrar como si, en efecto, tal cosa hubiese sucedido.

Solamente manteniendo esa ficción, podía abrigar la esperanza de frustrar los planes de sus diabólicos enemigos. Sin embargo, sin hacer acto de presencia, ¿cómo podía presentar batalla?

¡Ante el dilema, La Sombra reía! Su prodigioso cerebro había formulado algún plan mediante el cual podría afrontar la situación. ¿Cuál sería el plan?

Solamente La Sombra la conocía.

¡La Sombra sabía qué procedimiento debía emplearse¡

CAPÍTULO XVI
UN PLAN PERFECTO

El doctor Savette sonrió, ceñudo, al reclinarse en su butaca. Hallábase solo en la habitación de delante, pasando revista, al pasado, y pensando en el futuro. Vestido con traje de etiqueta, tenía el aspecto de un perfecto caballero.

Habían transcurrido cuatro días desde que la pandilla de Biff Towley luchó con La Sombra. La refriega provocó gran sensación en la Prensa. Las reseñas más inexactas habían sido aceptadas seriamente.

Unos sabuesos solemnes habían aclarado el misterio, así presumían ellos. Se suponía que una cuadrilla de gangsters fue a los muelles a esperar a unos contrabandistas de licores que llegaban de Suramérica. Otra banda de malhechores fue a recibirlos también. Una de las dos partidas quedó victoriosa.

Glade Tremont, eminente abogado, se encontró, por desgracia, en medio de la refriega. Los vencedores huyeron, abandonando a los muertos y a los heridos. Glade Tremont escapó con algunas lesiones leves.

Algunos gangsters participantes en la batalla habían sido identificados.

Pertenecían a una banda cuyo jefe era un tal Biff Towley. Este no se encontraba en Nueva York. Se suponía que huyó, quizá, antes de la batalla, temiendo que lo depusieran como jefe. Se habían hecho algunos esfuerzos para dar con su paradero, y hasta el presente habían resultado infructuosos.

Glade Tremont se había marchado de viaje, al campo, a descansar. Había sufrido una experiencia horrible. Su partida de Nueva York fue mencionada por los periódicos.

Estos informes eran excelentes noticias para Gerardo Savette, Pero tenía aún otra razón para estar contento. La Sombra había desaparecido par completo.

Sin que la Prensa la mencionase -pues nadie sospechó la mano de La Sombra en la batalla de Long Island-el enemigo que Savette y Tremont temían había pasado al olvido.

El doctor había empezado a compartir la opinión de Tremont, de que La Sombra había sido muerto. Existían excelentes motivos para creerlo.

Parecía increíble que el hombre hubiese podido escapar. El pistolero que disparó el tiro que abatió a La Sombra, escudriñó las aguas del canal desde la punta del muelle y no vió a nadie. Esta era la seguridad de Biff Towley.

Además, la afirmación de Glade Tremont, de que las corrientes del canal podían haberse llevado el cadáver muy lejos era cierta. Se había encontrado el de un gangster debajo de otro muelle, a media milla de distancia.

Lo más convincente era que La Sombra no había dado señales de vida. No existía la menor posibilidad-así lo creía Savette-de que La Sombra conociese los planes actuales.

Derrotado por completo, su única esperanza-si vivía aún-de salvar a Cliff Marsland consistía en ponerse en comunicación con ellos y negociar. Savette estaba seguro sobre este punto. Por consiguiente, La Sombra debía estar muerto.

No obstante, el astuto médico no había cambiado su plan de retener a Cliff Marsland en concepto de rehenes. Estando cautivo su agente, La Sombra no se atrevía a descargar un golpe. Savette, a pesar de su posición, estaba bien versado en las costumbres del hampa. Conocía que La Sombra jamás abandonaría a un subordinado suyo a la muerte. Durante unos días, Savette había pensado que tal vez algunos agentes de La Sombra, podrían llevar adelante los planes primitivos de su jefe. Mas pronto se convenció de que eso no sólo era ilógico, sino imposible.

En realidad, La Sombra era un lobo solitario. Sus agentes especiales eran simplemente hombres que obedecían ciegamente sus órdenes, cubriendo lugares donde La Sombra no podía estar. Éstos agentes privados no podían ni siquiera conocer la situación crítica de Cliff Marsland.

Ahora, gozando de una completa seguridad, Savette premeditaba otro crimen. Era necesario obtener dinero para un propósito definitivo. Con su historia, era natural que el diabólico doctor decidiese emplear un procedimiento criminal para el logro de sus deseos.

Reclinada en la butaca, los ojos entornados, el monstruo tomó unas anotaciones mentales de las personas que tenía elegidas. Entre sus pacientes había muchas personas acaudaladas; pero, como dijera a Tremont, todas ellas presentaban un obstáculo peligroso para la seguridad de la operación.

El médico se arriesgaba cuando era necesario. No había sido tan escrupuloso en el pasado, cuando por primera vez se embarcara en su carrera de crímenes.

Ahora manchada su carrera médica, y habituado a la calma y perfección de los procedimientos, deseaba ejecutar la próxima operación de la mejor y más segura manera posible.

Algunas personas son criminales naturales. Gerardo Savette no era una de ellas. Para él, el mal era útil sólo como medio para un fin definido. Él, como sus confederados, había dejado tras sí un reguero sangriento.

Pero en las operaciones de menor importancia, habían dejado que Biff Towley se acopara de ellas.

Gerardo Savette se creía un criminal de lujo. Estaba a punto de despedirse de su profesión secreta. Desde entonces en adelante, viviría seguro en calidad de médico acaudalado retirado. Era el objetivo que se había marcado.

Tremont quería entrar en acción pronto. Igualmente Orlinov. Ambos podían esperar un mes, si era necesaria. A menos que se presentase un plan perfecto, Savette esperaría hasta el límite antes de perpetrar su último crimen.

Mientras esperaba, representaría su papel de médico honorable. Era muy severo éticamente. No se estaba matando de trabajo. Asistía a las fiestas sociales, ensanchando, sus relaciones y aumentando su prestigio. Era, en verdad, un médico cauteloso y prudente.

Esa noche Savette tenía una cita con un grupo de millonarios. Mirando su reloj, vió que eran las ocho dadas. Casi hora de partir. Oprimió un timbre y llamó a su criado Hughes.

-Pide el coche-dijo Savette-. A propósito, Hughes, dame ese sobre con la invitación que dejé en la mesa del otro cuarto. Busca eso primero.

Hughes hizo una reverencia y salió del aposento. Volvió con el sobre, Savette lo abrió. Sonrió al leer el contenido de la carta.

Esto había venido como resultado de una llamada telefónica, que Savette recibiera de Lamont Cranston, el millonario con quien él había trabado relaciones.

Cranston daba una fiesta a unos cuantos invitados elegidos. La fiesta estaba señalada para esa noche. Savette había aceptado la invitación verbal. La carta contenía instrucciones, indicando la manera de llegar a la casa de Cranston en Nueva Jersey. También expresaba placer por el hecho de que el doctor Savette podría asistir a la fiesta.

Cuando el coche llegó del garaje, el doctor partió al instante. Llegó a la casa de Lamont Cranston poco después de las nueve.

La mayoría de los invitados habían llegado ya. Savette fue saludado por el anfitrión. Fue presentado a los otros hombres, todos ellos personajes acaudalados e influyentes.

-No le he visto desde hace algún tiempo, doctor-observó Cranston, cuando los dos hombres se encontraron solos-. ¿Dónde nos vimos la última vez?

-Déjeme pensar-respondió Savette, lentamente-. Ah, sí. Ahora lo recuerdo. ¿No nos vimos en casa de Clark Murdock?

-Clark Murdock-. Cranston tenía un aire de perplejidad-. Ahora lo recuerdo. Había olvidado el nombre de aquel químico. El inventor que realizaba una serie de experimentos extraños. Muy interesantes. ¿Cómo irá con sus descubrimientos?

-Ha muerto-dijo Savette, en tono de sorpresa-. Hubo una explosión en su laboratorio. ¿No estaba enterado, señor Cranston?

-Rara vez leo los periódicos-repuso el millonario, riendo. Luego sus palabras adquirieron un tono más solemne-. Siento que el hombre haya muerto víctima de un accidente. Es una grave pérdida para la ciencia. Al parecer, había descubierto alguna cosa de valor. Creía que aún seguía trabajando para desarrollar aquella máquina.

Otro invitado interrumpió la conversación.

Era cerca de medianoche. Sirvieron refrescos. Mientras cenaban, Cranston hizo un anuncio.

-Esta es una especie de fiesta de despedida, señores-dijo-. La fiebre de los viajes se ha apoderado de mí nuevamente. Mañana, partiré a regiones lejanas.

Se oyeron murmullos de interés. Lamont Cranston tenía fama de trotamundos. Se formularon preguntas. Todos deseaban conocer sus planes.

¿Mis planes?-. El rostro solemne de Cranston adquirió una sonrisa enigmática-. No tengo ninguno, señores. Voy donde me lleva mi fantasía. África, India, Suramérica. Me es igual. No sigo el camino trillado. Solo y sin compañía puedo entrar de repente en medio de una tribu de Senegambia. El jefe me reconocerá. Sin ser anunciado, puedo aparecer entre los antiguos incas del Perú. Allí, también, mi presencia es bien acogida.

Hizo una pausa y continuó:

-He estado en Lassa, la Ciudad Santa del Tibet. He recorrido a pie la jungla surafricana. He explorado el interior del Amazonas. Voy a lugares donde mi verdadero nombre es desconocido para los que me reconocen.

»Todos los pueblos primitivos que he visitado me han dado su propio nombre. Traducido, soy conocido por el nombre de «Hijo de la Luna», «Jefe Blanco», «Hombre de Humo», y una multitud de otros títulos extraños. Llevo armas, pero rara vez las uso, excepto cuando voy de caza. Sorprendo a mis enemigos primitivos haciendo juegos de prestidigitación, con el humo del tabaco, con medicamentos sencillos y otros artículos que suelo llevar conmigo.

»Poseo la aptitud de aprender cualquier dialecto, casi tal como lo oigo. De este modo, me llevo bien, hasta con los caníbales, que me han considerado siempre más valioso como hombre sabio, que como una cazuela de estofado. En mi próximo viaje encontraré a viejos amigos y haré otros nuevos.

-Debe usted correr grandes riesgos-observó uno.

-Desde luego-respondió Cranston-. Alguna vez no volveré. Nadie volverá a tener noticias mías. Será una manera interesante de abandonar esta vida. Prefiero lo extraordinario en la muerte como en la vida.

-¿Tardará mucho en regresar?

-Más que de costumbre. No puedo decir el tiempo exacto que ocupará mi viaje. Depende de mi fantasía. No obstante, en esta ocasión estoy haciendo una cosa inusitada. He

dispuesto mis asuntos particulares para un plazo de dos años y cerraré esta residencia por primera vez. Los criados se marcharán mañana.

Las extrañas ideas de Lamont Cranston, eran muy interesantes para el grupo de invitados. Estos millonarios preferían la vida segura de Nueva York a los peligros de la jungla. Alguien habló al efecto.

Cranston rió en respuesta.

-Se está tan seguro en la jungla como en Nueva York-declaró-. Ya les he dicho, señores, que estoy siempre preparado a sufrir un final extraño. Puede sucederme aquí, en esta casa, como en cualquier país extranjero. Esa es una de las rarezas de la vida.

»El paracaidista muere de una caída en la escalera de su casa. El cazador de serpientes de cascabel, fallece del mordisco de un cachorro rabioso. Siempre ha sido lo mismo. Aquiles, famoso guerrero, fue muerto por un disparo de una flecha que le hirió en el talón. Pirro, el célebre general, murió de una teja que le cayó encima de la cabeza.

Mientras la conversación continuaba, el doctor Savette iba tomando mayor interés en las palabras de Cranston. El millonario hablaba de una manera impresionante y muchas de sus palabras fueron interpretadas por el médico en un sentido inusitado.

Cuando los invitados comenzaron a desfilar, Savette se entretuvo. Había oído muchas observaciones casuales, indicando la enorme fortuna de Cranston. No tenía deseos de marcharse.

Al fin, el doctor fue el único invitado que quedaba. De mala gana, volvióse para mandar a un criado que le trajese el sombrero. Fue entonces cuando Cranston le entretuvo.

-Me olvidé de que usted había llegado tarde, doctor-dijo-. Por ese motivo no estaba usted aquí cuando enseñé la casa a mis amigos. Mañana estará todo desmontado o en desorden. ¿Puede esperar unos minutos para verla? Le aseguro que la encontrará interesante.

-Ciertamente-respondió Savette.

Cranston abrió la marcha, en dirección a un cuarto situado en la parte posterior del segundo piso. Savette quedó pasmado de asombro al ver lo que la habitación contenía.

Lamont Cranston había coleccionado muchos artículos raros. Lanzas de caza del Amazonas; pieles de tigre de la India; tapices raros de China. La habitación era un verdadero museo; pero poseía ciertas características extraordinarias que impresionaron a Savette.

Todos los objetos tenían su historia. Aquel tapiz había estado pendido en el palacio imperial de Pekín. Aquel tazón era un regalo de un fakir hindú de Benarés. Aquel rifle era un regalo de un boer que lo utilizó contra los ingleses en Sudáfrica. Pieles, mantas, alfombras, cordones de seda... estaban extendidos en abundancia por el cuarto.

-¡Es maravilloso!-exclamó Savette al escuchar la breve explicación de Cranston de lo que los objetos significaban.

-Sí, maravilloso, esta noche-declaró Cranston-. Mañana... unas cuantas cosas más, almacenadas. Es lo que siento, doctor. Me duele ver estos objetos embalados y almacenados.

-No le censuro.

Cranston observó el brillo en los ojos del médico. Se puso pensativo y luego habló en tono quedo.

-Quizá le gustara quedarse con algunas de estas cosas-dijo-. Si es así, puede usted tomar cualquiera de los artículos para los cuales tenga sitio.

-¡Ni pensarlo!-exclamó Savette.

-¿Por qué no?-preguntó Cranston.

-Yo sería responsable de ellas-repuso el doctor-. Suponga que les sucediese algo mientras...

-¿Qué importa?-replicó Cranston, en tono indiferente-. También puede ocurrirles algo en el almacén. Especialmente a las pieles y alfombras. Preferiría dejarlas a alguien como usted. Alguien que supiera apreciarlas. He pensado en varios amigos, pero, por desgracia,

están ausentes. Estos invitados de esta noche son ricos, pero no saben apreciar esto. Compran lo que desean. Que lo hagan. Es usted el único que ha expresado una verdadera admiración por estos objetos.

Cranston oprimió un botón en la pared. Su ayuda de cámara entró en el cuarto.

-Ricardo-dijo el millonario-. ¿Dónde dejaste aquella caja grande, vacía? Aquella grande...

-En el vestíbulo inferior, señor-respondió el criado.

-Venga-invitó Cranston a Savette-. Tengo lo que necesitamos.

Condujo al doctor al vestíbulo de abajo. En la parte posterior había una caja de grandes dimensiones, con una especie de puerta en la porción delantera cerrada con candados.

Cranston la golpeó dentro y fuera para mostrar su solidez.

-Esto es lo que se necesita, doctor-dijo-. Hablo en serio. Consideraría que me hace usted un favor y un honor si usted proporcionase una casa confortable a algunas de mis pieles y alfombras. Añada unos cuantos de los trofeos más interesantes, si lo desea. Me marcho para mucho tiempo. Quizá no vuelva nunca más. Y si regreso de mi viaje me traeré una nueva serie de artículos raros, que serán mayores que la vieja colección. Mayores y de interés más reciente.

-¿Durará su viaje dos años?-preguntó Savette.

-Es posible-respondió el millonario-. Quizá le interese conocer mis costumbres, doctor. Muchas personas han extrañado cómo podía yo dirigir mis asuntos durante mi ausencia. Es muy sencillo.

Se apoyó en la caja y apuntó hacia arriba, al segundo piso.

-Cuando parto de aquí-dijo-, el único equipaje que llevo es una maleta grande y pesada. Ignoro si me dirijo a los trópicos o a los hielos del Norte. Compro los artículos que necesito, baúles, etc., cuando llego a mi destino. Me deshago de ellos antes de iniciar mi regreso, y así no tengo más equipaje que cuando salí.

»Mi maleta contiene, desde luego, algunos objetos personales: mi revólver favorito, unos cuantos libros, otros artículos que seguramente necesitaré y no pueda adquirir donde voy. No obstante, más importantes son mis letras y valores negociables. Por supuesto, llevo una cantidad de oro. Todo esto se refiere a mis negocios de viaje.

»Pero mis negocios de Nueva York, están dispuestos de forma que puedo dirigirlos a mi voluntad. Mis recursos son muy grandes. Tengo un viejo abogado de la familia, un individuo algo estúpido, que es el hombre que yo necesito. No sabe nada, excepto seguir mis instrucciones.

»Si extiendo algunos cheques y los remito a Nueva York o a alguna otra parte, son aceptados como si yo estuviese aquí. Yo sólo sé dónde tengo mis cuentas corrientes. Si notifico a mi abogado que entregue algunos valores, lo hace tal como se lo digo. De este modo puedo vigilar el alza y la baja del mercado, sea cual sea el lugar donde me encuentre, y actúo en consecuencia.

-¿Entonces, en realidad, usted no confía en nadie?-preguntó Savette-. Es decir, en nadie más que en usted mismo.

-No, de ningún modo-corrigió el millonario-. A veces escribo a algunos amigos. Por ejemplo, puedo escribirle a usted y a Bartram, mi abogado, al mismo tiempo. Mi carta a usted le pediría que obtuviese cien acciones de cierta clase de Bartram, para venderlas en un día determinado y depositar el dinero en mi cuenta en cierto Banco.

-¿Y Bartram me entregaría las acciones?

-Seguramente, cuando hubiese comprobado su identidad. Mi carta a él lo verificaría. Él es simplemente un meritorio. Lo tengo-el millonario rió- principalmente para que liquide mi fortuna, si yo falleciese en mi ausencia de Nueva York.

-¡Es extraordinario!-exclamó Savette.

-Extraordinario, pero muy sencillo-continuó Cranston-. Me gusta hacer las cosas a mi manera. Una vez, en San Francisco, encontré a un compañero de escuela que necesitaba veinticinco mil dólares. El Banco le facilitaría el dinero si encontrase garantía. En consecuencia, telegrafié a Bartram diciéndole que remitiese cuarenta mil dólares en ciertos valores. Bartram no había oído hablar nunca de ese hombre. Eso no importaba. Envió los valores.

-¡Asombroso!-comentó Savette-. Yo diría que ha sido muy acosado por estafadores...

-Nunca-dijo Cranston-. No hablo de mis negocios a los malhechores, doctor. En realidad, es usted una de las contadas personas que conocen algo de mis métodos. Tengo una nota completa de mis cuentas en mi maleta.

»Ahora mismo -Cranston habló calmosamente-podría cobrar tres millones de dólares por mediación de mis Bancos y de Bartram. Simplemente con mi firma, por correo.

-¿Ha sufrido usted alunas pérdidas con este sistema desordenado?

-No es un sistema desordenado. Es un sistema seguro. Conozco perfectamente mis negocios. Presto dinero. Confío en las personas. Uso un buen criterio.

»Un hombre no me pagó una deuda de quinientos dólares. He perdido otras cantidades pequeñas. Menos de mil dólares, en conjunto. Esto prueba la sabiduría de mi procedimiento.

»Podría marcharme de viaje esta noche. Podría subir la escalera, coger mi maleta y salir de esta casa. No pasaría nada. En realidad, no tocaré esa maleta hasta el momento de la partida, mañana por la noche.

-¿A qué hora se marchará?

-Ni siquiera lo sé. Cuando me plazca. Pero volvamos a estos artículos raros. Ahora es demasiado tarde para que usted elija. Los criados se marcharán mañana por la tarde. Yo estaré solo aquí por la noche. Si gusta, venga y embalaremos lo que desee. Tendrá usted que proporcionar el camión para llevarse la caja. Eso es todo.

-Perfectamente-contestó Savette, en tono de súbita decisión-. Es una gran idea, señor Cranston. Acepto su amable oferta.

El millonario llamó a Ricardo, su ayuda de cámara.

-¿Cuándo piensas embalar?-le preguntó.

-Dijo usted que pasado mañana, señor-respondió el criado-. Todo lo demás saldrá mañana. Yo volveré más tarde a...

-Es cierto-interrumpió el millonario-. Lo había olvidado. Mañana, Ricardo, sube esta caja arriba. El doctor Savette vendrá. Él y yo embalaremos algunos de estos objetos y luego vendrá un camión a llevársela. Embalarás lo que quede y lo mandas a aquel almacén especial.

-Muy bien, señor.

-Veamos ahora. -Cranston se puso pensativo-. Tú y toda la servidumbre estaréis fuera mañana por la noche...

-Todos menos Stanley, señor. Él cenará aquí para llevarlo a la estación.

-Yo puedo hacer eso, señor Cranston-ofreció Savette.

-Seguramente, seguramente-dijo el millonario-. Dile a Stanley que puede marcharse también, Ricardo. Me hace usted un gran favor, doctor. Mande un camión. Embalaremos la caja y dejaremos que se la lleven. Luego podemos meter mi maleta en su coche. En ese momento-soltó una risita-decidiré qué tren me propongo tomar, qué línea férrea he de seguir y cuál será mi destino.

Arreglado esto, Savette observó que era muy tarde y decidió marcharse.

Cranston acompañó a su visitante hasta la puerta y le dio las buenas noches.

De regreso a Manhattan, el doctor Gerardo Savette sonrió de júbilo. Una risita brotaba de sus labios al repasar mentalmente todo lo que Cranston, el millonario, había dispuesto y dicho.

Savette había hallado un plan perfecto. Había esperado antes de formular su crimen final. Pronto él y sus cómplices nadarían en riquezas.

¡Ni siquiera La Sombra constituiría una amenaza ahora!

CAPÍTULO XVII
EL PLAN FUNCIONA

A las nueve de la noche siguiente, el doctor Savette llegó de nuevo a la residencia de Lamont Cranston, veinticuatro horas, después de su primera visita.

Observó, al subir por la calzada, que no ardía más que una luz en la casa.

Savette soltó una risita. Pensó en un telegrama que despachara la noche anterior a Glendale.

El médico tuvo que tocar dos veces el timbre antes de que le abriesen. Fue Lamont Cranston quien respondió. El millonario sonrió levemente.

-Lo soy todo esta noche-dijo-. Estoy desempeñando el puesto de Ricardo. Estaba arriba, en mi cuarto de los objetos exóticos, cuando usted llamó. ¿Ha dispuesto usted que venga un camión?

-Estará aquí dentro de media hora.

-Bien. Quiero partir a eso de las diez.

Los dos hombres subieron al segundo piso. Entraron en el cuarto. Cranston dio un resoplido al observar que la habitación estaba calurosa.

-Quítese la americana, doctor-dijo-. Voy a hacerle trabajar.

Savette accedió a la sugerencia. Cranston se despojó de su chaqueta. En mangas de camisa fueron de un lado a otro, mirando varios objetos. Savette señaló diversas pieles y alfombras. También escogió algunos otros objetos.

Amontonaron los artículos dentro de la caja que estaba junto a la puerta.

Cranston escudriñó el interior mientras Savette se ocupaba del embalaje.

-Parece una celda acolchada-rió el millonario-. ¿Ha tenido usted alguna experiencia de ellas, doctor?

Savette emitió una risita y gruñó una respuesta incoherente.

La mano de Cranston descansaba en la silla, donde estaba la americana del doctor. Casualmente la puso a la luz. Alguna cosa metálica brilló momentáneamente; luego la mano de Cranston descendió.

El doctor Savette se volvió. Giró la vista en derredor del cuarto con el aire de un experto; luego se acarició, pensativo, la barbilla.

-Me parece que ya es bastante observó-. Mi habitación es muy pequeña. Ciertamente le agradezco su amabilidad, señor Cranston.

-No hay de qué-dijo el millonario.

-Ahora ya hemos terminado-declaró el médico, poniéndose la americana.

Lamont también se puso la suya.

-Tengo que recoger mi maleta-indicó Cranston.

Cruzó el vestíbulo y desapareció un momento. Volvió trayendo una pesada maleta que dejó caer con ruido al suelo.

-Ya está todo listo-anunció-. Cerremos la caja grande; después veremos si ha llegado el camión.

El millonario se agachó delante de la caja. Savette miró la cara del millonario a la luz.

Cranston era relativamente joven, mas su rostro parecía algo viejo.

Semejaba a una máscara, notó el médico, como si sus facciones se hubiesen formado de un molde artificial; una superficie lisa sobre un rostro.

Las manos del médico estaban en los bolsillos de su americana. Se movieron inquietas; luego se detuvieron cuando Cranston se apartó de la caja y se volvió hacia él.

-¿Está seguro de que no quiere llevarse algo más?-interrogó el millonario-. En esta caja caben muchas...

-Ya está bastante llena-dijo Savette.

-Escuche-Cranston levantó la mano, rogando silencio-. ¿Será ése el camión que usted encargó?

-Así lo creo-dijo Savette-. Encargué que parase delante de la casa y aguardase.

-Quizá será mejor que se asegurase-instó Cranston-. Espere, yo puedo bajar.

Se volvió hacia la puerta, pero Savette le detuvo.

-Podríamos cerrar la caja primero -dijo-. ¿Tiene las llaves de los candados?

El millonario se metió las manos en los bolsillos.

-Aquí están-. Sacó un puñado de llaves-. Las probaré para ver si van bien.

Abrió los candados uno tras otro. Luego caminó en torno de la caja, dándole unos golpes.

-Excelente-dijo-. No hay posibilidad de que se rompa, por mucho que la maltraten.

Savette se aproximaba, como si fuese a ayudar al examen de la caja.

Cranston se volvió otra vez y salió al vestíbulo. Propinó un puntapié a su maleta.

-Ya está todo embalado-dijo-. Estamos listos para marchar. Solo quiero asegurarme de que lo tengo todo.

Volvió al cabo de unos momentos de inspección en otra habitación. Cogió un ligero taburete que había cerca de la caja. Tenía una tapa honda y su interior octogonal era lo bastante grande, para contener una cantidad considerable de artículos.

-¿Está seguro de que no quiere esto?-preguntó Cranston-. Entraría muy bien en la caja. No hay miedo, de que se rompa... Con el interior acolchado, podría yo misma viajar dentro, sin ninguna molestia.

-¡Hum!-dijo Savette, pensativo. Podría llevármela... pero no, me parece que no.

Cranston colocó el taburete junto a la caja. Savette volvió a acercarse. El millonario se apartó otra vez. Sus ojos miraron con fijeza al médico.

-¿Qué sucede, doctor?-interrogó-. Parece que está usted algo pálido. ¿Está mareado? Comprendo... El aire del cuarto está un poco cargado. Bajemos a ver si ha llegado el camión. El aire fresco le despejará.

Savette disponíase a actuar con rapidez. Esta última sugerencia desbarataba sus planes. Dio de pronto una boqueada y empezó a tambalearse.

Cranston se volvió, consternado, hacia él.

-Permítame que le auxilie, doctor...

Extendió los brazos cuando Savette se bamboleó hacia él. Con la mano derecha el médico asió el hombro de Cranston. Su mano izquierda salió con sigilo de su bolsillo y ascendió a lo largo del brazo del millonario.

Un diminuto objeto metálico brilló en la mano del médico. Con un movimiento rápido, introdujo la punta de una jeringuilla en el brazo derecho de Lamont Cranston.

El millonario profirió una súbita exclamación. Su rostro adquirió una expresión de sobresalto cuando el doctor se apartó, tambaleándose. Entonces Cranston, observó la diabólica expresión que se extendía por el rostro del médico.

Se dirigió hacia Savette, con inesperada furia. Sus manos se lanzaron hacia la garganta del médico. El malhechor se había desenmascarado demasiado pronto.

Los dedos de Lamont hicieron presa en el cuello del bandido. Un anillo presionó la garganta de Savette. Luego la súbita presa empezó a debilitarse.

El criminal apartó de un empujón a Cranston. El millonario retrocedió tambaleándose y cayó, dándose un golpe en el hombro contra la caja.

Luego permaneció tendido, inmóvil. Savette apretando los dientes, los puños crispados, contemplaba el cuerpo desvanecido y escupió unas maldiciones.

Recordaba las manifestaciones hechas por Cranston la noche anterior y hacía poco rato. Las repetía ahora con maligna satisfacción. No le importaba que el hombre desmayado no le oyese.

-Conque sale de viaje, a un viaje largo, ¿eh?-gruñó Savette-. Quizá no vuelva, nunca. El peligro acecha en todas partes... aquí, tan probable como en la jungla. Llene la caja, ¿eh? Con un taburete, embalado en forma que no pueda romperse. No tendría inconveniente en hacer un viaje dentro.

»Pues bien, puede hacerlo-. La voz de Savette se convirtió en una risita horrible-. Sí, haga un viaje. Está usted muerto, Cranston. ¡Muerto! Durante cuarenta y ocho horas, en cuanto a mí concierne. Mas para el mundo usted estará muerto para siempre. Muerto cuando yo pronuncie la palabra. Los muertos suelen vivir... un tiempo. Usted es uno que vivirá hasta que haya terminado su utilidad.

El diabólico médico examinó la jeringuilla. Satisfecho de que había inyectado a su víctima todo el contenido, se guardó la jeringuilla en el bolsillo. Agachándose, introdujo el cuerpo del millonario en la caja. El cuerpo estaba rígido e inerte cuando el malvado lo metió entre las alfombras.

Savette retrocedió unos pasos y examinó su obra. Cerró la puerta de la caja y puso los tres candados. Empujó el taburete a un lado. Luego se volvió hacia el vestíbulo. Descendió la escalera llevando consigo la maleta de Cranston.

Al llegar al pórtico, el doctor silbó ligeramente. Dos hombres salieron de un camión estacionado en la oscuridad. Savette les dio una orden.

-Arriba-dijo-. Bajad la caja grande que encontraréis en el cuarto alumbrado.

Mientras los dos hombres se dirigían a cumplimentar la orden, Savette depositó la maleta en su coche. Esperó a qué los dos hombres sacasen la caja y la colocasen en el camión. Agitó la mano a guisa de señal y el camión se puso en marcha.

Volvió a entrar en la casa. Fue a la habitación de los objetos exóticos y lanzó una carcajada al observar el taburete. Era un artículo valioso, pero no tanto como el que él había tenido en su lugar.

Recogió el taburete y lo depositó en un rincón. La parte superior se abrió.

Savette observó que el interior estaba vacío.

Apagó la luz del cuarto y otras del mismo piso. Hizo lo mismo al llegar al vestíbulo de la planta baja. Cerró la puerta principal tras sí.

El criado llegaría a la casa por la mañana. Lo encontraría todo en orden. Los muebles habían sido trasladados, tan sólo quedaban unos cuantos artículos en el cuarto museo, para que el criado los sacase.

Cuando el doctor Savette llegó a su casa de Nueva York, llevó la maleta del Lamont Cranston arriba. La abrió con ansiedad. Examinó, emocionado, el contenido.

¡Allí estaban los artículos que necesitaba! Talonarios de cheques, listas y otros objetos de importancia. También encontró oro y valores negociables por la suma de dos mil dólares. Pero echó con desprecio a un lado estos valores. ¿Qué significaban tales bagatelas? Aquella maleta sería el medio de hacer millones. ¡Dinero! Ahora lo tendría. La empresa Savette y Tremont, con su socio ruso, Orlinov cosecharía muchos éxitos. ¡La fortuna de Lamont Cranston sería la base de muchos millones!

Dominando sus emociones, cerró la maleta y la puso en un rincón. Empezó a examinar otro asunto: la cuestión de unas cortas vacaciones.

También iría a Glendale. ¡Allí Cranston, bajo el sutil tratamiento de Iván Orlinov, sería inducido a desembuchar su fortuna, a invitación de sus aprehensores!

CAPÍTULO XVIII
LA AMENAZA DE ORLINOV

Era pasada la medianoche. El castillo gris de Orlinov se destacaba imponente en la luz matutina. Sus murallas pétreas estaban desiertas; sin embargo, sus sombrías almenas y sólidas torrecillas anunciaban a invisibles guerreros, dispuestos a levantarse si algún enemigo atacase los baluartes.

Un pesado camión se acercó a la maciza puerta que ostentaba, medio borrado, el nombre de «Glamartin». Los faros se encendieron y apagaron varias veces. En respuesta a la señal, la puerta se abrió y un hombre fornido salió y se aproximó al costado del vehículo.

El centinela había reconocido a los chóferes, que llevaban un nuevo cargamento al castillo. Los tres-los dos hombres del camión y el centinela-eran pistoleros escogidos al servicio de Biff Towley.

El camión pasó. La puerta se cerró con ruido detrás de él. El camión paró delante del edificio pétreo. Unos hombres salieron por la puerta principal.

Unas manos vigorosas descargaron la pesada caja. La entraron por la puerta y la llevaron al pasillo del vestíbulo; luego al salón de Iván Orlinov.

Los pistoleros observaron la solidez de la caja y sus candados. Descansaba en el suelo mientras ellos la examinaban. Luego los hombres salieron, cerrando con llave la puerta del salón.

No había luz en el salón, a excepción del agonizante brillo de los rescoldos del fuego de la chimenea. La caja misteriosa parecía mayor a la luz vaga. Las únicas señales de actividad eran las sombras movientes y variables que se agitaban por el suelo en respuesta al débil resplandor del fuego de la chimenea.

¡Sombras extrañas en una habitación extraña! Sombras que variaban al compás de la agonía de los rescoldos. Sombras que se movían como formas fantasmales. Sombras irreales y que, sin embargo, parecían poseer una vida sobrenatural.

El débil chisporroteo de los rescoldos, el crujir de vez en cuando del suelo, eran los únicos sonidos perceptibles en aquel aposento. Luego, sombras y sonidos adquirían un tono más fantástico. Eran vagos e inciertos cuando la luz del fuego menguó, casi desapareciendo en la nada.

Habríase creído que unas pisadas de trasgos se deslizaban por aquella habitación, que la pesada puerta que conducía al vestíbulo se había abierto y luego cerrado.

En el ala misteriosa de la casa, un pistolero solitario patrullaba por el largo y débilmente alumbrado corredor. Su vigilancia consistía en guardar la escalera del primero al segundo piso, para lo cual estaba siempre yendo de una a otra parte.

En el segundo piso se detenía con frecuencia a levantar entrepaños cuadrados en el centro de ciertas puertas, para asegurarse de que no salía ninguna luz de aquellos cuartos.

Carente de imaginación, este vigilante no se turbaba por el crujido del suelo ni por las sombras extrañas y grotescas que encontraba en la luz borrosa. Las siluetas fantásticas no impresionaban a su espíritu sórdido.

Estaba alerta, pero calmoso, cuando patrullaba su sección. Al llegar al extremo del pasillo se volvía sobre sus pasos, para hacer el mismo recorrido anterior.

Dentro de una habitación que era una verdadera celda, Cliff Marsland yacía medio dormido sobre una otomana situada en un rincón. El brillo de una luz tenue pasó por sus ojos,

cuando el pistolero centinela levantó el entrepaño de la puerta que daba al pasillo. Luego el entrepaño se cerró.

Poco tiempo después, Cliff abrió los ojos imaginándose que otro destello de luz había penetrado en el cuarto. Luego le pareció que debió equivocarse, pues estaba a oscuras junto a la puerta.

Cliff se movió, inquieto. Estaba cansado de su cautividad. Se encontró en aquella pieza, débil y mareado, después de recobrarse de los efectos del pinchazo de la jeringuilla.

Había permanecido allí mucho tiempo-semanas al parecer-y sus carceleros habían estado poco comunicativos. En realidad, comprendió Cliff, su confinamiento había sido cuestión de unos días solamente; pero el tiempo había pasado aburrido.

Había tomado el alimento que le proporcionaban. No temía ser envenenado, pues conocía que estaba por completo en poder de sus aprehensores.

Comprendió que le inyectaron una dosis leve de un opiado, pues había perdido fuerzas constantemente desde su captura.

Aun ahora, aunque estaba despierto y enfadado, no podía vencer al sueño que se apoderaba de él. Su desasosiego terminó. Durmió. Unos destellos de luz matutina arrojaban un resplandor melancólico a través de las ranuras, altas y cerradas con cristales, que servían de ventanas en la prisión de Cliff.

El cautivo despertó de nuevo-como en mañanas anteriores-y se dio cuenta de su situación crítica...

Cliff se encontraba en la misma situación que aquellos otros hombres que Orlinov le había mostrado. Era uno de los muertos que vivían.

Levantó la cabeza, y se ajustó la almohada, preparándose para otro sueño.

Su mano topó con algo. Levantó la almohada; luego la dejó caer rápidamente mientras miraba hacia la puerta de la celda, para asegurarse de que no le vigilaba nadie.

¡Debajo de la almohada había una pistola automática! Medio aturdido, recordó un rato de desvelo que tuvo durante la noche, seguido por un sueño borroso de que había alguien en el cuarto.

Dirigiendo otra mirada a la puerta, levantó la almohada, casi esperanzando no encontrar nada. No se había equivocado. Su mano agarró una pistola.

Una pistola del 32, plana como un libro, cargada con ocho cartuchos. De pie junto a la cama, se metió el arma en el bolsillo lateral. Con el revólver había, una caja de cartuchos, que se metió en otro bolsillo. Vió también un sobre.

De espaldas a la pared, sacó un mensaje del sobre. Estaba escrito en clave, con tinta. Decía estas palabras:

Llave en el borde de la ventana. Esté dispuesto esta noche. Actúe si se disparan tiros. De lo contrario, espere a medianoche. Luego domine el ala superior.

¡Un mensaje de La Sombra! De alguna manera, su jefe había logrado penetrar en este lugar aislado, para llevarle un arma y darle instrucciones.

Cliff comprendió. Deslizó la mano por el saliente de la ventana, palpó la llave y la dejó allí.

Esa noche La Sombra se proponía iniciar el ataque. Los malhechores se encontrarían con la horma de su zapato, en alguna parte de este misterioso castillo.

Esta ala estaría vigilada. Cliff había recibido instrucciones de iniciar un ataque por sorpresa para dominar el ala y guardarla para cualquier objetivo de La Sombra.

Así el hombre de las tinieblas atacaría en dos direcciones. El mismo vendría del exterior; Cliff Marsland atacaría desde dentro.

El lugar era un sitio vital. Cliff, efectuando una salida, dominaría el ala y así protegería a los otros prisioneros.

Cliff previó una lucha, contra unas desventajas tan gigantescas que la idea le producía júbilo. Conocía que no podía esperar abrirse paso, interceptándole el camino más de veinte malhechores enemigos.

Mas con La Sombra atacando al enemigo la situación cambiaba de aspecto.

La Sombra solo era capaz de enfrentarse con cincuenta pistoleros.

Cliff meditó. Un disparo de pistola sería la señal. Dudó de sí la oiría. Luego recordó las palabras del mensaje, que desaparecieron del papel que había leído.

Si se disparan tiros...

La Sombra, si iniciase un ataque, recibiría una descarga de los secuaces.

Cliff lo oiría seguramente. También existía la posibilidad de que La Sombra esperase hasta medianoche.

Marsland metió el sobre entre las páginas de un libro. Se sentó en una butaca y chupó un pitillo, sin encenderlo. No le permitían tener cerillas.

La puerta se abrió, y Petri entró, llevando una bandeja con el desayuno. Cliff miró de una manera estúpida al ruso de rostro solemne. Sabía que tras Petri había un pistolero en el pasillo.

Desayunó después de marcharse Petri.

El día transcurrió lentamente. Una segunda comida, a mediodía. Luego se entretuvo leyendo varios libros que había en el cuarto. La tarde transcurrió muy lentamente aún. La cena. Luego la velada.

Ahora Marsland estaba tenso. Comprendió perfectamente que su situación era completamente segura. No había nada en la habitación que pudiese emplearse como arma, salvo la pistola que recibió sin saberlo sus aprehensores. La tenía en el bolsillo.

Orlinov y Petri eran los únicos que tenían las llaves del cuarto. Sería innecesario registrar al prisionero.

Durante el día había llegado a la conclusión de que La Sombra debió utilizar los servicios de algún secuaz de Orlinov. No creía que La Sombra pudiese estar allí; ni tampoco era probable que hubiese mandado a otro agente al castillo.

La Sombra, el hombre de misterio, atacaría esta noche desde el exterior, conociendo que Cliff estaría, presto para hacerse cargo de la sección vital del castillo. El problema no consistía en que Cliff se abriera paso a tiros; la cuestión era que La Sombra tendría que introducirse peleando.

Dieron las ocho; las ocho y media... Marsland estaba nervioso. Mientras trataba de reprimir su impaciencia vio que la puerta se movía. Abrióse e Iván Orlinov entró.

Al ver al ruso, el agente de La Sombra hizo un esfuerzo para contenerse.

Podría haber dominado al gigante en un encuentro rápido, pero juzgó que era mejor esperar. No debía estropear los bien trazados planes de La Sombra.

Orlinov se dirigió hacia Cliff y le miró ceñudo.

El barbudo gigante era una figura amenazadora. Cliff sostuvo con calma su reluciente mirada. Vió a uno de los pistoleros cercado la puerta, empuñando un revólver.

Era un momento en que había de observarse cierto tacto. Sin embargo, Cliff estaba turbado. Temía que Orlinov hubiese descubierto la operación preparada para esta noche.

-Marsland-gruñó el ruso-: he venido a hablar con usted. Sería conveniente para usted que me dijese las cosas que aún no le he preguntado.

El joven no respondió. Miró con frialdad a su enemigo. Estaba tentado a sacar su pistola, pero sabía que semejante acción provocaría una crisis. No comprendió el significado de la visita hasta que el moscovita volvió a hablar.

-Ha venido usted aquí-declaró Orlinov-, con propósitos hostiles porque alguien le mandó. Sabemos quién es su jefe. Se llama La Sombra.

El ruso hizo una pausa y sus ojos duros chispearon furiosos al avanzar.

-Nos lo dirá usted-silbó-. Nos lo dirá. Marsland. ¿Quién es La Sombra?

-No sé nada de la Sombra-repuso el prisionero.

-Lo veremos-dijo Orlinov, con un gruñido ominoso-. Escuche, Marsland. Poseemos medios de hacerle hablar.

Pronunció unas palabras en su lengua nativa. Era una llamada a Petri. El segundo ruso apareció, procedente del pasillo. En la mano empuñaba una pistola.

Orlinov dio una nueva orden. Metódicamente, Petri se aproximó y apretó el cañón de su arma en la espalda del cautivo. Orlinov apuntó en dirección a la puerta. Petri empujó con el arma a Marsland en esa dirección.

¿Qué significaba esto?

El prisionero comprendió que lo colocaban en una situación crítica, en un aprieto, que podría resultar tan peligroso como inesperado. Su guardián lo empujó hacia el pasillo, donde esperaba un pistolero, armado también.

Marchó a lo largo del corredor, por delante de la serie de puertas silenciosas; luego descendió la escalera hacia la planta baja.

Era demasiado tarde para intentar huir. No le quedaba más remedio que esperar. A lo menos sus aprehensores ignoraban que estuviese armado y no habría motivo para registrarle.

Escuchaba atento, en caso que oyese la detonación de una pistola lejana: la señal de la llamada de La Sombra.

Orlinov pasó delante del pequeño grupo cuando llegaron al primer piso.

Abrió una puerta secreta que había en la pared. La barrera se deslizó a un lado, mostrando una escalera que descendía a los sótanos. El prisionero avanzó al oír la orden. Entró en la oscura escalera y descendió los escalones, sintiendo aún la amenaza del revólver que le hurgaba la espalda.

Petri vigilaba alerta. El agente de La Sombra, no tuvo ni un instante la ocasión de sacar su arma. Continuó su descenso hasta llegar a una habitación de muros pétreos, que tenía el aspecto de una prisión. Estaba alumbrada por una sola luz. Atravesaron una puerta y entraron en otra pieza, donde también ardía una sola lámpara.

Los labios del prisionero se apretaron. Comprendió la finalidad de este viaje.

Habían llegado a una verdadera cámara de tortura, en los sótanos. A un lado veíase una mesa plana y cubierta de puntas de hierro. Al otro lado del cuarto había un aparato semejante a un ataúd, con una puerta.

Acá se erguía un poste, con esposas de acero; allá, la boca de un pozo en el suelo.

El destino del joven agente de La Sombra era un lugar en la pared, donde cuatro aros metálicos pendían de los extremos de cuerdas que pasaban por unas poleas. Poco después, el prisionero estaba en un lado del cuarto, con el revólver de Petri en la boca del estómago.

El pistolero del trío encañonaba al prisionero. Orlinov estaba a un lado mientras Petri se agachaba para atar los tobillos de Cliff. Luego le tocó el turno a las muñecas.

Petri fue a un lado y giró un torno que volvió el cuerpo de Cliff hacia la derecha. Cuando la cuerda subió, su brazo fue levantado por encima de su cabeza.

Petri cruzó hacia el otro lado del cuarto y giró un segundo torno. El brazo izquierdo de Cliff fue izado. Quedó con los brazos en cruz en la presa de los aros, mientras el rostro ceñudo de Orlinov permanecía inmóvil.

Al fin el barbudo moscovita habló:

-¿Ve usted?-interrogó-. Lo hemos puesto donde pueda hablar. Así se ha hecho en Siberia... hace muchos años. Los prisioneros han juzgado conveniente hablar cuando la tortura les ha convencido.

Señaló al pistolero que fuese al otro torno. Con Petri a un lado y el gangster al otro, podían operarse ambos tornos simultáneamente.

-¡Le he dado a usted una ocasión la salvarse!-silbó Orlinov-. ¡Hable! Dígame: ¿quién es La Sombra? ¿Qué sabe de él? ¡Hable!

El joven permaneció silencioso.

Orlinov señaló a sus hombres. Se volvieron hacia los tornos.

Cliff sintió un terrible dolor cuando empezaron a estirársele los miembros del cuerpo. Un gesto del barbudo moscovita paró la tortura.

-Ha probado usted lo que es esto-dijo Orlinov-. Recibirá usted más, si no habla...

La respuesta de Cliff fue una mirada furiosa. Estaba decidido a resistir este bárbaro tormento. Orlinov le observaba. Unos labios rojos se mofaron a través de la negra barba. A una señal del moscovita, los tornos dieron otra vuelta.

Cuando la tensión cesó por segunda vez, el enloquecido cerebro de Marsland empezó a formular un plan. Estaba dispuesto a resistir el dolor hasta que lo matase; mas era un plan fútil.

Tenía el deber de servir a La Sombra esta noche. Descoyuntado e imposibilitado, no podría prestar ninguna ayuda. Faltaba mucho tiempo para la medianoche. Su resistencia no había sido puesta a toda prueba. Que girasen los tornos un poco más; entonces ofrecería hablar.

Podía hablar de La Sombra a Orlinov, pues su información no le serviría de nada. Como los otros agentes del hombre de las tinieblas, conocía muy poco de él. Sí; era el mejor camino; resistir y luego fingir que pedía merced.

Mientras Cliff Marsland planeaba esto, Orlinov también pensaba en el procedimiento que debería emplear. Era un genio del arte del tormento.

Abrigaba la intención de hacer sufrir un poco más a su prisionero y luego suspender la tortura, para que experimentase el alivio temporal, que hace más insoportable la idea de volver a someterse al dolor.

Era una batalla de ingenios, en la cual Orlinov era un maestro. El gigantesco ruso había anhelado la llegada de esta hora, desde el primer momento en que Cliff cayó prisionero. Ante sus insistencias, Tremont había accedido a darle carta blanca.

Iván Orlinov estaba dispuesto a obligar a su prisionero, a decir si La Sombra estaba vivo o muerto. La operación de extraer una confesión era un placer para el diabólico moscovita.

Orlinov habló en su lengua nativa y Petri movió la cabeza en señal afirmativa.

El feroz tormento empezó de nuevo. Los tornos tensaron las cuerdas. El prisionero apretó los labios. Iván Orlinov sonrió. Veía cercano el éxito.

¡Esta noche averiguaría quién era La Sombra y si estaba muerto o vivo!

CAPÍTULO XIX
EL HOMBRE DEL EXTERIOR

La luz se encendió en el salón del castillo de Iván Orlinov. Glade Tremont entró y se sentó en una butaca. Encendió un puro y miró pensativo la caja que estaba junto al hogar de la chimenea.

El abogado de cabellos grises, había sufrido una metamorfosis durante su estancia en Glendale. La asociación con Iván Orlinov había producido este cambio. Allí, lejos de su oficina de Nueva York, había perdido su aire de respetabilidad. Tenía el aspecto del bribonzuelo que era.

Por el aire de Tremont parecía que esperaba la llegada de alguien. Había dejado abierta la puerta. Sus ojos vigilaban el vestíbulo. De pronto miró su reloj, se puso en pie y empezó a recorrer el cuarto de un lado a otro.

Unas pisadas sonaron en el vestíbulo. Tremont esperó. Apareció una figura y Tremont reconoció al doctor Gerardo Savette. Agitó una mano en señal de bienvenida a su compañero de crímenes. El malvado doctor entró y los dos hombres tomaron asiento.

-¡Ah!-exclamó Savette-. Ahí están mis trofeos.

Señaló de una manera significativa hacia la caja.

-Sí-dijo Tremont, con una sonrisa feroz-. Hemos guardado la caja aquí, esperando tu llegada.

-Habría podido ser conveniente abrirla.

-Discutimos eso, Orlinov y yo. Decidirnos esperar, principalmente porque la caja es muy sólida. Sabíamos que tú tendrías las llaves. El contenido es valioso y habría sido imprudente dañarlo demoliendo la caja.

-Es verdad-asintió Savette-. No os habría servido de nada hasta mi llegada. Le di la dosis mortífera usual: cuarenta y ocho horas. Todavía hay tiempo. Podríamos esperar otra noche; pero creí que sería preferible abrir la caja ahora.

Sacó de un bolsillo las llaves. Luego, de pronto, salió del cuarto y volvió con la maleta de Lamont Cranston.

-Esto es la solución-declaró-. Su contenido es tan vital como el de la caja.

Depositó la maleta en el suelo y la abrió.

Tremont se acercó a observar el examen de los importantes artículos que contenía la maleta.

-¿Dónde está Orlinov?-preguntó Savette, al sacar algunos libros de la valija.

-Está interrogando a ese Marsland-respondió Tremont-. Están en los sótanos, en el ala de la casa.

El médico profirió una brusca exclamación al dejar caer un libro al suelo. Se incorporó y miró con aire de enojo a su compañero.

-¡Es una equivocación!-declaró-. Un grave error, Glade. No puede ganarse nada con eso. Podemos perder algo.

-¿Cómo es eso?

-Marsland no querrá hablar. Probablemente no puede. Tú conoces bastante las costumbres y procedimientos de La Sombra para comprenderlo. Retenemos prisionero a Marsland únicamente porque aún no poseemos pruebas de que La Sombra está muerto.

-El sujeto resistirá-advirtió Savette-. Orlinov puede aplicar el tormento demasiado fuerte. No averiguará nada y Marsland puede morir. Entonces sería desafortunado, que hallásemos que La Sombra está vivo y activo. Nuestro rehén se habría esfumado y nos encontraríamos con un enemigo vengativo.

Tremont se echó a reír.

-No te preocupes de Orlinov-dijo-. Iván es un artista en cuestiones de tortura. No exagerará la nota. Juega con sus víctimas como el gato con el ratón. Cuando propuso aplicar el tormento a Marsland, asentí. Quería ver qué éxito tenía con un sujeto tan reservado como Marsland; Orlinov declara que tratará de quebrantar la resistencia del sujeto. Fácil, lentamente... y luego un período de alivio que es peor que la misma tortura. Iván jura que le hará hablar. Procede por grados. En consecuencia no hay motivo de alarma. Nuestro precioso rehén no morirá... a lo menos esta noche.

Savette meditó y luego se encogió de hombros. Al fin y al cabo, la tortura era una especialidad, casi un oficio, de Orlinov. Savette recordó la eficacia de los métodos del ruso.

-Si Marsland se desmaya, agotado-añadió Tremont-, Orlinov suspenderá el tormento esta noche. Si canta, ha prometido comunicármelo inmediatamente. Subirá cuando Marsland exprese la intención de hablar. Podemos bajar a escuchar el interrogatorio.

-Le deseo buena suerte a Orlinov-dijo Savette-. Después de todo, es un buen ejercicio para él; así practica. Tenemos un nuevo cliente que puede necesitar un tratamiento-apuntó en dirección de la caja-. Por consiguiente, si Orlinov experimenta con Marsland, puede hacernos más bien que mal. Creo en tu palabra de que está usando discreción.

-Veamos lo que tienes allí-dijo Tremont, señalando la maleta.

Olvidando la situación de Marsland, Savette agachóse de nuevo delante de la maleta y empezó a pasar varios artículos a su compinche.

-Examínalos-sonrió el renegado médico-. Esto es una mina de oro, Glade. Una verdadera mina de oro. Mejor que toda cuanto hemos encontrado hasta ahora. Nos proporciona todos los fondos que necesitamos.

"Atrapé a Cranston en el momento en que salía de viaje para países desconocidos, viaje que duraría dos años. Ahora es un muerto que vivirá... y el mundo la sabrá durante una temporada, siempre que firme sus cheques y mande sus órdenes escritas para disponer de su fortuna.

Hizo una pausa y agregó:

-Podemos tomarlo con calma y sabiamente. Al compás de los progresos de nuestros experimentos. Luego, cuando hayamos terminado con los otros, terminaremos con Cranston. Se le pasaportará con los otros.

-¿Cómo cubrirás su muerte?

-Por medio de cartas que él mismo escriba. Yo marcharé al extranjero, Glade. Llegarán noticias de que Cranston está en África, camino de una región peligrosa de la jungla. Será fácil inventar las pruebas, especialmente con las propias cartas de Cranston. No regresará... eso es todo. Me alegro de haber esperado esto. Es el plan mejor y más seguro que hasta ahora hemos encontrado.

-Seis meses a lo menos-dijo Tremont, pensativo.

-¡Ah!-exclamó Savette-. ¿Habéis realizado algunos progresos?

-Todo cuanto es de desear-declaró el abogado-. El problema de la televisión está resuelto. Puede desarrollarse alguna cosa nueva, pero ya ha excedido a nuestras esperanzas. El dispositivo de la energía atómica requerirá más tiempo para llevarlo al punto que deseamos. No obstante es una cosa segura. Respecto de los inventos sobre aeronáutica surgen algunos inconvenientes, que se resolverán.

El doctor Savette se incorporó. Su rostro estaba jubiloso. Profirió una risa, áspera. En silencio empezó a mostrar los artículos que había robado a Lamont Cranston. Talonarios de cheques con el balance anotado en ellos.

Libros de contabilidad, etc. Cada uno de los artículos provocaba un gruñido de satisfacción de parte de Glade Tremont.

-Conozco a ese abogado Bartram-dijo-. Es un idiota. Será muy fácil trabajar esto, Gerardo. Supongamos que un inventor desconocido se presenta en Nueva York, un hombre con una idea sobre televisión, por ejemplo. Recogiendo el trabajo que otro abandonó, por causa de muerte. Entonces se dan instrucciones a Bartram para que facilite dinero a este hombre...

-Eso vendrá después-interpoló Savette cuando el abogado hizo una pausa-. Es un caso de jugar una partida perfecta. Las cartas están en nuestras manos. Todo ha ido viento en popa hasta ahora. Continuará...

Sonó un golpe en la puerta. Savette metió los artículos en la maleta. Hizo una seña a Tremont.

-Adelante-invitó el abogado.

Biff Towley entró. El jefe de la banda llevaba un trozo de esparadrapo en el puente de la nariz. Tenía las mejillas hinchadas y negruzcas. Apenas se le reconocía.

La fisonomía de Towley no era muy hermosa normalmente, Cuando La Sombra le pegó con el revolver en el rostro, le cambió los contornos. Biff Towley tenía motivos para recordar aquella refriega en el muelle de Long Island. Savette miró con curiosidad al gangster. Estaba enterado de las lesiones de Biff y tendría que repararle la deformada fisonomía después que se hubiese curado algo.

-¿Qué sucede?-preguntó Tremont.

-Acabo de atrapar a un sujeto ahí fuera-explicó Biff.

Tremont miró a Savette. Ambos pensaron lo mismo. ¡La Sombra! ¿Sería posible que el hombre estuviese vivo? ¿O se trataba de algún agente que continuaba su labor?

-Tráelo aquí-ordenó Tremont.

Biff salió.

Savette miró aprensivo a Tremont.

-Quizá no sea más que algún merodeador-declaró el abogado-. Hemos establecido una vigilancia muy severa. No nos arriesgamos ahora.

-No es una buena idea hacer entrar al sujeto aquí-observó Savette-. Si es alguien de la vecindad, puede hablar...

-No te preocupes de eso-repuso Tremont-. Nadie tiene derecho a entrar en esta propiedad. Si este hombre no sabe nada, simplemente le reprenderé por haber entrado en los terrenos de la finca. Orlinov ha hecho eso muchas veces.

La puerta abrióse y entró un hombre. Biff Towley le seguía. Savette observó que empuñaba un revólver.

-Aquí está, señor-anunció Towley-. Pensé que sería mejor traerlo aquí, señor Tremont, porque le encontré esto encima.

Tiró una pistola pequeña a una butaca junto al abogado. Tremont la recogió y la examinó. Calmosamente quitó el seguro. Así armado con una pistola cargada, estaba preparado, aunque su acción parecía normal.

El hombre a quien Biff Towley había hecho entrar, estaba de pie con la cabeza inclinada. Su actitud no parecía formidable.

Tremont dio una orden breve, indicando a Towley que saliese. El gangster se retiró, dejando a su prisionero bajo la guardia de Tremont.

-¿Bien?-inquirió éste, con aspereza.

El hombre levantó la cabeza. Simultáneamente Tremont y Savette emitieron exclamaciones de asombro. Luego el abogado soltó una risita y el médico le imitó con una risita ronca.

-¡Haroldo Sharrock!-dijo el abogado, en tono sarcástico-. Precisamente el hombre que necesitábamos. Ha venido a visitarnos. ¡Excelente!

Sharrock, alto y de mentón débil, tenía un aire de estupefacción al mirar a sus aprehensores. Parecía hacer un esfuerzo para mostrar valor, sin lograrlo.

La risita de Glade Tremont fue menguando, de una manera que no auguraba nada bueno al inesperado visitante. Haroldo Sharrock había aparecido de improviso en las cercanías del castillo. ¿Qué propósito le llevaba por allí?

Eso es lo que explicaría muy pronto. La mirada feroz de Glade Tremont, indicaba que tenía el propósito de hacer hablar a Sharrock.

CAPÍTULO XX
EL HOMBRE DE DENTRO

-¿Bien?

La abreve y áspera pregunta de Glade Tremont, fue formulada clavando la mirada en los ojos de Haroldo Sharrock.

Eran unos ojos mansos y gris claro que parpadeaban al afrontar la mirada del abogado. Luego, haciendo un esfuerzo, Sharrock trató de recobrar su sangre fría.

Su rostro se coloreó. Sus ojos débiles chispearon. Se mordió sus labios exangües al mirar de Tremont a Savette. Sus maneras indicaban que conocía a estos hombres y conocía la maldad que encerraban sus corazones.

-He vuelto-declaró Sharrock, con voz ronca-. He vuelto, para ajustar cuentas. Eso es todo.

-Es bastante-comentó Tremont.

Sharrock se estremeció; luego miró con audacia al doctor Savette.

-Desembarqué esta mañana-dijo-. Fui a vigilar su casa. Le seguía cuando tomó el tren. Ignoraba su destino. Cuando le vi entrar aquí, le seguí. ¡Quería matar a ustedes!

Una expresión de odio recorrió el rostro de Sharrock, al pronunciar estas palabras.

Tremont y Savette recibieron el anuncio calmosamente. No les inquietaba lo más mínimo.

-Su regreso es afortunado-declaró Savette-. Podemos utilizar algunos de esos fondos que nos pertenecen.

-¡Que les pertenecen!-. El grito de Sharrock sonó despectivo-. No les pertenece nada a ustedes. No pueden ustedes conseguir nada. Perdí todo cuanto tenía en Montecarlo.

-¡Hum!-rió el abogado-. Supongo que ahora desea que le financiemos.

-Pueden adivinar a qué he venido -gritó Sharrock-. Vengo dispuesto a afrontar las consecuencias. Mátenme, si quieren. Será mejor que la cárcel. He venido a ver si Austin está vivo aún, para saldar el daño que le he hecho. Significa el presidio para mí. No me importa.

Tremont meneó tristemente la cabeza.

-Mientras tenía dinero, olvidó a Austin Bellamy-dijo-. Ahora se le ha despertado la conciencia.

Miró a Savette y el médico rió.

-¡Digan la que quieran, so bandidos!-dijo Sharrock, roncamente-. Ustedes empezaron estas fechorías. Usted y ese renegado, Iván Orlinov.

-¿Y qué?-repuso Tremont-. Nos está honrando al atribuirnos una idea excelente. Dio la casualidad de que, yo era el abogado de su hermanastro. El doctor Savette era su médico de cabecera. Vimos que en su nuevo testamento le había borrado a usted injustamente. En consecuencia dispusimos tranquilamente su muerte, con su aprobación, y los dejamos vivos apostando a Iván Orlinov en calidad de guardián.

-Sí-replicó Sharrock-. Lo hizo usted por... medio millón. Luego encerraron a Austin porque constituía una amenaza. Lo dispusieron de forma que yo apareciese culpable, como si hubieran seguido mis órdenes.

Hizo una pausa y añadió:

-Me estafaron cien mil dólares cada vez, para apoderarse de los dos millones. Me marché a Francia, con medio millón que quedaba. También hay ladrones allí. No podía desembarazarme de ellos. Ahora he vuelto, arruinado a excepción de unos cuantos miles de dólares. Quería averiguar si Austin vivía aún...

-Está vivo-intercaló Tremont-. Vivo y gozando de buena salud. Esto significa que aún se cierne sobre nosotros, la amenaza que usted ha mencionado.

-Eso no es todo-añadió Savette-. Habla usted de matarnos, Sharrock. Es una buena sugerencia... que utilizaremos. Pero tenemos otros medios que son mejores que la muerte.

Hemos progresado desde nuestros primeros días, cuando narcotizamos a su querido hermanastro en la casita de Nueva Jersey.

-Me lo figuraba-dijo Sharrock, con amargura-. Compraron ustedes esta finca con mi dinero...

-Con el dinero de Bellamy-corrigió Tremont.

-¡Con el dinero que no era de usted!-gritó Sharrock-. Preparan ustedes alguna otra fechoría. Tenían una casita; ahora poseen un castillo. Conozco sus propósitos. Tienen ustedes otros prisioneros...

-Razona de una manera excelente-observó Tremont, con ironía-. Ha acertado usted, Sharrock. Por tanto, opino que sería bueno recompensarle. Poseemos esta finca. Está bien guardada. Es necesario. Así, para terminar nuestra discusión, dejaremos que usted siga la misma ruta que los otros han tomado, desde que su hermanastro estableció el precedente.

Hizo una pausa y agregó:

-¿Le gustaría convertirse en uno de los muertos vivientes?

La cara de Sharrock palideció. Tembló. Tremont y Savette sonrieron de una manera siniestra.

-Matarlo a usted sería un placer-declaró Tremont-. Desgraciadamente, ignoramos qué tonterías ha cometido usted antes de llegar aquí. Sería mejor dejarlo vivo para que pueda hablar, bajo la presión de Orlinov. Por tanto, probará usted la muerte. Ha sido usted amable al venir aquí. Otros no han sido tan complacientes. Esa caja-señaló en dirección del hogar-contiene un nuevo miembro para nuestra colonia. Nos vimos obligados a mandarlo aquí como hemos mandado a otros. Usted nos ha ahorrado esa molestia.

El abogado esbozó una sonrisa y continuó:

-¿Qué dice usted a esto, doctor? Estamos muy ocupados en este momento-sonrió a Savette-, y no podemos enojarnos con nuestro buen amigo Sharrock. ¿Le damos el período de muerte de dos días?

-Es una idea excelente-respondió Savette.

-¿Está dispuesto a ejecutar la operación?-preguntó el abogado.

Con una sonrisa Savette sacó una jeringuilla de su bolsillo.

Sharrock se estremeció al observar el instrumento. Luego la amenaza del revólver empuñado por Tremont se hizo inminente. Sharrock empezó a temblar temiendo el revólver y la jeringuilla.

El doctor Savette se aproximó al indefenso hombre. Echó atrás los brazos de Sharrock y le quitó la americana. Levantó la jeringuilla y se dispuso a inyectarla en la carne de la víctima.

Pálido y vacilante, Sharrock empezó a apartarse. Tremont pronunció una palabra breve. Sharrock vió la amenaza del revólver.

Afrontaba dos muertes, la de la jeringuilla sería temporal; la de la pistola sería permanente. Conocía que tenía que aceptar una de las dos. Miró del abogado al doctor. No había compasión en ninguna de aquellos dos rostros lívidos.

-¡Esperen!-exclamó Sharrock, en tono débil-. Déjenme hablar. Quizá pueda... olvidar lo que sé...

-Lo olvidará-declaró Tremont, con frialdad-. Ciertamente. Estamos arreglando eso ahora. Le doy un aviso, Sharrock. No queremos perder más tiempo con usted. Elija la inyección o un balazo.

»No tiene usted amigos aquí. Si se niega a dejarse inyectar, le atravesaré de un balazo su corazón cobarde. No tenemos miedo de nada que usted haya hecho. No espere que tengamos piedad de usted.

Sharrock conocía que Tremont decía la verdad. Inmóvil, miró débilmente al abogado. Tremont apuntaba con su pistola al corazón de la víctima.

Savette, más cerca de Tremont que de Sharrock, permanecía con la jeringuilla en la mano, apartado de la línea de tiro del abogado. Estaba de cara a Tremont.

Los tres hombres formaban un cuadro extraño, de perfil hacia el hogar, donde no había rescoldos esta noche. Savette esperaba una señal de Tremont, una indicación de proceder a la inyección o esperar que el abogado matase de un tiro a Sharrock.

Nadie fijaba los ojos en la enorme caja. Algo sucedía allí. La larga bisagra de un lado de la caja ascendía silenciosamente, impulsada por algún mecanismo desde el interior. El movimiento de la bisagra cesó.

Ahora la puerta de la caja se abría lenta y silenciosamente, por el lado donde la bisagra ascendió. Los fuertes candados servían de bisagra.

¡La puerta se abría a la inversa!

Libre de la bisagra, la puerta se abrió de par en par, empujada por una mano desde el interior. El ruido hizo volver a seis ojos hacia ese lado. Tremont, Savette y Sharrock miraron de una manera instintiva, en esa dirección.

Del lado de la caja, avanzaba la figura agazapada de un hombre vestido de negro. Era una figura oscura, su cuerpo informe bajo su capa negra, sus facciones invisibles bajo el borde protector de un sombrero de alas anchas.

Sus manos se extendían hacia adelante. Ellas solas parecían dotadas de vida.

¡Manos enguantadas de negro, empuñando sendas pistolas automáticas!

Una pistola apuntaba a Tremont; la otra, encañonaba a Savette. La negra figura continuaba surgiendo. Se enderezó y tomó la forma de un ser alto y siniestro.

-¡La Sombra!

El grito brotó de los labios de Savette. Fue repetido por Tremont.

La respuesta fue una carcajada siniestra y cuchicheada salida de labios que el cuello de la capa ocultaba.

¡La risa de La Sombra!

¡La risa de un hombre que Tremont y Savette creían muerto!

Ninguno de los malhechores osó moverse. Aunque eran unos seres diabólicos, temblaron. Sharrock quedó estupefacto ante la visión del extraño vengador.

La Sombra volvió a reír. Había sorprendido a sus enemigos mediante una hábil estratagema. El temible vengador estaba allí, para saldar cuentas, en la guarida de sus enemigos. Con pistoleros vigilando fuera, protegidos por los muros de una verdadera fortaleza, los bandidos se encontraban impotentes.

La risa de La Sombra era el júbilo sardónico de la venganza. ¡Era una risa, que presagiaba la muerte!

CAPÍTULO XXI
MARSLAND APROVECHA UNA OCASIÓN

-¡Hablaré! ¡Hablaré!

Las palabras salieron de unos labios cubiertos de espuma. Cliff Marsland, presa del dolor de una terrible tortura, suplicaba a Iván Orlinov.

-¿Lo dirá todo?

La pregunta del ruso fue un gruñido.

-Sí-. La voz de Marsland tembló. Suélteme... Hablaré... habla...

Su voz ahogada no pudo decir más. La tensión de los diabólicos tornos era demasiado grande para poderla resistir. La cabeza de Marsland cayó sobre su pecho.

Orlinov dio dos órdenes. Ambas iguales. Una en ruso; la otra, en inglés. Los tornos fueron aflojados poco a poco. Los brazos de Cliff cayeron. Las cuerdas se aflojaron. El torturado se desplomó al suelo y quedó tendido inerte.

Iván Orlinov contempló largo rato al joven. Era evidente que Cliff Marsland había resistido, hasta que el intenso dolor le obligó a ceder. Ahora había perdido el conocimiento. Orlinov lo sentía. El hombre tardaría algún tiempo en poder hablar.

Marsland había sufrido en verdad; pero no tanto como suponía el ruso.

Durante la tortura había fingido. Había temblado, sin proferir un grito, fingiendo un dolor de una manera tan efectiva que Orlinov, se imaginó que la angustia era mayor de la que realmente padecía.

Cliff había procurado no retrasar la tortura hasta que llegase un momento en que las lesiones hubiesen sido graves, de las cuales hubiera sido difícil recuperarse. El estirón de los tornos había llegado a ese estado. Entonces profirió su grito de súplica.

En el suelo semejaba un hombre que había perdido el conocimiento. Orlinov se inclinó y le sacudió rudamente. Cliff no dio ninguna respuesta. El moscovita quedó convencido de que su víctima le había desmayado.

Orlinov se puso pensativo. El tormento había durado algún tiempo. Era tarde. El doctor Savette habría llegado. Él y Tremont desearían ver a la víctima, querrían oír hablar a Cliff Marsland.

El moscovita conocía su oficio. Había averiguado por experiencia que el recuerdo de una tortura pasada, combinado con la amenaza futura, era un arma que obligaba a hablar al hombre más fuerte.

Además, un descanso, un descanso entre dos secciones de tortura, era también un medio de volver a la razón a los tercos.

Cliff Marsland, debilitado, inconsciente y desarmado, no ofrecía ningún peligro. Orlinov señaló a Petri y al gangster. Los hombres se aproximaron mientras el gigante ruso quitaba, los hierros que aprisionaban los brazos y piernas de Marsland.

Los sicarios levantaron el cuerpo del atormentado y lo llevaron a una otomana que había en un rincón oscuro del cuarto.

Le pusieren una almohada debajo de la cabeza. Sus brazos y piernas estaban extendidos.

El prisionero tenía los ojos cerrados; pero cuando los abriese, vería la habitación. Contemplaría las cuerdas y las poleas. Vería también las otros instrumentos de tortura.

La idea de volver a experimentar en su cuerpo, los feroces instrumentos de tortura de Iván Orlinov no sería muy agradable. El lecho de puntas, el ataúd de hierro, el pozo negro... resultaban formidables...

Transcurrieron varios minutos. Orlinov esperaba. No le importaba hacer venir a Tremont y a Savette hasta que este hombre estuviese dispuesto a hablar. Abrigaba el propósito de hacer una exhibición de su habilidad, de los métodos que había aprendido en las cárceles de su país.

Cliff Marsland se movió, pero sus ojos no se abrieron. Su cabeza rodó a un lado. Parecía sentir el dolor que había sufrido. Levantó los brazos y se los apretó contra el cuerpo. Se volvió sobre su lado izquierdo, con el brazo, debajo del cuerpo. Su cabeza cayó sobre su pecho y permaneció inerte.

¡Un ingenioso ardid! Una estratagema lo bastante natural para engañar a Iván Orlinov. Sirvió para que Cliff ocultase la mano derecha, cerca del bolsillo del pantalón. En ese instante podría haber sacado su pistola e iniciado una batalla para ponerse a salvo. Petri y el gangster tenían armas, pero no estaban preparados.

Cliff desistió por dos razones. Una, porque había sufrido enormemente y estaba débil. Cada minuto que transcurriese, pensó, contribuiría a su recuperación. El segundo motivo,

porque el tiempo pasaba. En cualquier momento podrían oírse los disparos que serían la señal de La Sombra.

Orlinov estudió atentamente a Cliff. Al parecer, la víctima continuaba desvanecida. No obstante, podía hacerle volver en sí, pues había dado señales momentáneas de vida. El ruso habló a Petri; luego repitió al gangster en inglés.

-Espera aquí. Espera hasta que yo vuelva. Si empieza a volver en sí, vigílalo bien. Ten presto el revólver.

-Seguramente- gruñó el pistolero, sacando el arma y blandiéndola de una manera significativa.

Orlinov se marchó. Cliff permaneció inmóvil, sin parpadear. Oía alejarse las pisadas de Orlinov. Oiría su regreso también.

Los dedos del joven, invisibles, asían, la culata de su pistola. En cualquier momento podría atacar por sorpresa. Tenía el propósito de actuar con rapidez.

Un salto súbito, una pistola empuñada con firmeza... así podría sorprender a sus adversarios. Tendría que ganar de mano a dos enemigos. Estaba seguro de que podía hacerlo. Escuchando, podía oír signos que indicaban la posición de sus enemigos. Aunque Orlinov volviese, Marsland podría actuar, pues estaba seguro de que el barbudo moscovita no tendría una pistola preparada.

El momento de entrar en acción podría ser inminente. Cliff no temía más que esta situación se prolongase hasta medianoche. ¿Cómo sabría la hora? ¿Y si La Sombra esperaba que él actuase?

Serían las diez... las once... quizá más de las doce, pensó Cliff. Su natural deseo de entrar en acción le impulsaba a sacar su pistola ahora, mientras tenía la ocasión. Mas eso significaba empezar a actuar antes de la llegada de La Sombra.

Sin la ayuda del hombre de negro, los esfuerzos que pudiera hacer para escapar serían inútiles. Había demasiados pistoleros en este lugar. Una acción precipitada lo estropearía todo. Una paciente espera podría ser la clave del éxito.

En consecuencia, Marsland esperó. Siguió simulando un desvanecimiento, esperando la señal que significaría que La Sombra andaba cerca.

CAPÍTULO XXII
«LA SOMBRA» HABLA

Los ecos de una risa siniestra y cuchicheada se desvanecieron. La Sombra, dueño de la guarida de los malhechores, ejecutó un movimiento descendente con su pistola automática.

Comprendiendo, Glade Tremont bajó la mano y, de mala gana, soltó el arma que empuñaba. Gerardo Savette descendió la mano igualmente, pero no soltó la jeringuilla.

Los ojos ardientes de La Sombra se clavaron en los hombres a quienes había pillado en una trampa. Se encontraban impotentes, a merced del hombre de las tinieblas, y lo sabían. ¿Qué se proponía hacer el hombre de misterio?

-Recoja la pistola, Sharrock-dijo La Sombra, en un suave y extraño cuchicheo.

El hombre alto asintió con la cabeza. Trataba de recobrar su presencia de ánimo. Recogió, mecánicamente, la pistola que Tremont dejó caer al suelo. Se encontraba entre los dos hombres a quienes La Sombra dominaba.

-Me creían muerto-cuchicheó, el hombre de las tinieblas.

Rió al dirigir estas palabras a Tremont y a Savette. El extraño énfasis que puso en las sílabas hizo temblar a los malhechores. Hombres implacables no esperaban compasión. La

Sombra era un superhombre. El hecho de que vivía aún le hacía más asombroso, en sus mentes, que antes.

-Me creían muerto-repitió el hombre de la noche-. Pero vivo, como ustedes ven. Conozco sus planes. Conozco sus procedimientos. Necesitaba usted dinero, Savette. Buscaba una víctima. Encontró a Lamont Cranston.

La Sombra hizo una pausa y Savette comprendió. El eco de otra risa burlona le llegó a los oídos. La Sombra volvió a hablar.

-Lo poco que ignoraba de vuestros crímenes-continuó-, lo he averiguado esta noche. Les hablaré de ellos, para que sepan por qué propongo un grave castigo.

"Austin Bellamy fue vuestra primera víctima: El abogado traicionó a su cliente; el médico, a su paciente. Su suero mortífero, Savette, funcionó entonces por vez primera. Secuestró usted a Bellamy de su sanatorio, hace unos años. Luego se produjo el incendio... en el que, apareció un cadáver que usted identificó declarando que era el de Bellamy.

"Con la fortuna adquirida por medio del pacto que tenían con Sharrock, ustedes dos instalaron a Orlinov en este castillo. Se transformaron ustedes en ladrones de cerebros. El profesor Pedro Rachaud fue vuestra primera víctima. Él no partió en el vapor «Albania», cuando éste zarpó de Nueva York, a efectuar un crucero de recreo.

"Lo habían secuestrado ustedes antes del viaje. Lo cogieron en una trampa. El profesor venía a este castillo, encerrado en una caja. Usted, Savette, se hizo pasar por Pedro Rachaud. Todo lo que cayó al mar fueron unas ropas y unas barbas postizas, que usted tiró por la ventanilla del camarote. Luego, el doctor Savette fue simplemente un pasajero durante el resto del viaje.

Savette miró a Tremont cuando La Sombra hizo una pausa. El hombre de negro había dicho la verdad. Había descubierto el procedimiento que empleara Savette.

La Sombra prosiguió:

-Clark Murdock fue el siguiente. Yo estuve en su casa la noche que usted lo secuestró y dejó el cadáver de un desconocido en su lugar. Oí a Murdock hablar a su criado acerca de la caja.

»En aquel momento sospeché que alguien tramaba alguna cosa contra la vida de Murdock, pero no, creía que el peligro rondaba tan cerca. Actuó usted con mucha inteligencia entonces, Savette.

»Usted, Tremont, me ha dicho cómo tendió una trampa a Matt Hartley. No habría usted tenido éxito, de no haber pillado en un lazo a mi agente Marsland. Desde ese momento, creyó usted que me había imposibilitado. Creyó usted que no tenía yo ningún medio por donde atacar. Sin embargo, había un medio.

La risa de La Sombra sonaba sarcástica, al esparcirse sus ecos por todos los rincones de la habitación.

-Lamont Cranston fue el medio -anunció-. Lamont Cranston, porque él era La Sombra. Esta caja le esperaba a usted, Savette. Usted fue a casa de Cranston con su fiel jeringuilla. No vió usted a Cranston colocar otra jeringuilla en el bolsillo de su americana al mismo tiempo que le escamoteaba la suya.

"No quiso usted llevarse aquel taburete. En consecuencia, Cranston lo usó, cuando usted salió a llamar a los hombres del camión. Él abrió esta caja. Del taburete hueco extrajo ciertos artículos que necesitaba. ¡En la caja, Lamont Cranston se transformó en La Sombra!

Savette comprendió. Recordó el taburete que le pareciera tan liviano al levantarle, después de haberlo empujado a un lado. No era extraño. Dentro estuvieron las armas y las ropas que constituían una parte integral de La Sombra, artículos que Lamont Cranston escogiera para llevárselos consigo.

La Sombra continuó:

-Esta noche conocerá la muerte que usted inflige a otros. La muerte de la que los hombres despiertan. Dentro de este castillo viven unos hombres supuestos muertos. Serán liberados esta noche; usted quedará aquí.

»Esa jeringuilla que tiene en la mano, doctor Savette, servirá estupendamente para Glade Tremont. Dejaré que usted le aplique una inyección. Tengo otra en mi bolsillo. Recibirá usted una inyección de mi mano. Cuando despierten ustedes dos la situación habrá cambiado aquí. Iván Orlinov y su banda habrán desaparecido. Yo saldaré las cuentas con ellos.

La Sombra pronunció estas palabras con asombrosa calma. Hablaba como si derrotar a una banda de pistoleros fuese una cosa sencilla.

Savette trató de esbozar una risa desdeñosa. Tremont estaba pálido.

Recordaba su despertar después de la terrible batalla del muelle de Long Island. La Sombra luchó entonces para protegerse así mismo. Esta noche tendría la ventaja de atacar por sorpresa.

-No nos retrasaremos más-dijo La Sombra-. Use esa jeringuilla que tiene en la mano, Savette. Tremont será su sujeto.

Mecánicamente el médico se aproximó a Glade Tremont. No se atrevía a desobedecer las órdenes de La Sombra. Las tornas se habían vuelto y Savette conocía que La Sombra no vacilaría en empezar la batalla, matándole a él y a Glade Tremont.

¡Feroz castigo! Los monstruos iban a probar ese estado de inconsciencia a que habían sometido a otros. Iban a experimentar lo que denominaban muerte temporal.

No existiendo otra alternativa, Gerardo Savette quitó la americana a su compinche Glade Tremont y le desgarró la manga. Trataba a su cómplice como había tratado a Harold Sharrock, que ahora permanecía en pie, pálido y

tenso, observando el extraño giro de los acontecimientos. Glade Tremont no ofreció resistencia. Como Savette, era un hombre vencido. Ninguno de los dos podía hacer frente a La Sombra. Hasta las miradas ceñudas desaparecieron. Los bandidos demostraban su cobardía.

La Sombra había hablado. Sus cautivos estaban obligados a obedecer.

Savette levantó la jeringuilla. Tremont tembló.

La Sombra habló de nuevo:

-¡Proceda!

Esa sola palabra sonó como una sentencia de muerte. No había escapatoria posible. Savette se dispuso a dar la inyección. Luego, de pronto, permaneció inmóvil, y sus ojos volvieron a tomar su aire de astucia. Durante un momento miraron hacia el otro lado de Harold Sharrock, en dirección de la puerta del aislado cuarto.

Rápidamente Savette bajó la vista hacia el brazo de Tremont. Parecía ocuparse de la jeringuilla. Mas, en aquel mismo instante, se descubrió a sí mismo.

La aguda mirada de La Sombra se dirigió como una centella hacia la puerta.

Allí se había abierto un postigo. Y rápidamente descendió un entrepaño.

¡Escudriñando por el agujero de la puerta estaba el rostro barbado y diabólico de Iván Orlinov!

¡Una cosa brillaba al lado de aquel rostro siniestro! ¡Orlinov iba a introducir el cañón de una pistola, apuntando hacia La Sombra!

Orlinov, que venía a buscar a sus compinches para conducirlos a la cámara de los tormentos, había procedido con cautela. Oyó el ruido de voces y decidió mirar en el interior para saber lo que había sucedido desde la llegada del doctor Savette.

Ahora se disponía a asesinar a La Sombra. ¡Había llegado a tiempo de salvar a sus compañeros de la sentencia que el hombre misterioso les había impuesto!

CAPÍTULO XXIII
EL ATAQUE

La Sombra e Iván Orlinov actuaron simultáneamente.

Sus probabilidades de éxito eran idénticas. El ruso, con su pistola junto a la cara, no podía apuntar bien, pero la alta figura de La Sombra ofrecía un blanco excelente.

El rostro de Orlinov, enmarcado en el abierto entrepaño, presentaba un blanco pequeño, pero La Sombra pudo encañonarlo levantando con rapidez su arma.

Si Orlinov hubiese intentado disparar primero, quizá habría triunfado.

Pero el ruso adoptó un procedimiento más rápido y más instintivo. Se apartó del entrepaño. La pequeña barrera descendió para recibir el tiro de La Sombra.

Tremont y Savette actuaron antes de que los revólveres rugieran. Tan seguros estaban de que Orlinov no fallaría el tiro, que no vieron más que un peligro delante de ellos: Haroldo Sharrock.

Savette soltó la jeringuilla al mismo tiempo que él y el abogado se abalanzaron sobre Sharrock. Este no tenía más que apartarse y acribillar a sus enemigos a balazos. Pero actuó demasiado tarde. No disparó hasta que los hombres se le echaron encima.

Su pistola emitió una detonación sorda cuando los tres hombres rodaron por el suelo. Luego la pistola de La Sombra habló, yendo en su ayuda. Savette, que estaba encima, recibió un balazo y se desplomó, apartándose de los cuerpos que luchaban.

Se oyeron más disparos cuando el doctor cayó abatido, Sharrock rodó y Tremont, tambaleándose, se alejó, empuñando la pistola, dispuesto a disparar otro tiro. La certera puntería de La Sombra volvió a ser eficaz. Su pistola automática, tronó. El diabólico abogado cayó.

Sombra avanzó hacia la puerta. En el instante en que llegaba a ella, la barrera fue lanzada hacia dentro. Los revólveres relucieron cuando Cliff Towley y tres pistoleros penetraron, corriendo, en la habitación.

Habían oído los disparos y llegaban obedeciendo órdenes de Orlinov.

Atacaban en masa, para capturar a La Sombra antes de que pudiese escapar.

Allí estaba el hombre de misterio, sus pistolas lanzando balas, su elevada figura situándose detrás de la puerta. Unos cuantos disparos erráticos respondieron.

Eso fue todo. Los pistoleros habían procedido con demasiada confianza. Se pusieron al alcance de dos potentes pistolas. La Sombra no había perdido tiempo.

En esta situación crítica, descargó todos los cartuchos. Sus enemigos estaban en el suelo. La Sombra no había recibido ni un rasguño. Estaba ileso.

Lanzando una fuerte y fiera carcajada, arrojó las pistolas y sacó dos nuevas armas de debajo de la capa.

Había llegado bien preparado, convertido en un arsenal.

La Sombra penetró en el vestíbulo. Tres pistoleros entraban por la puerta principal. Las pistolas automáticas de La Sombra, vomitaron lenguas de fuego abatiendo al nuevo grupo de enemigos.

Dos disparos de cada pistola. Cuatro balas, una más de lo necesario. Tres gangsters yacían por el suelo, muertos.

Una mano relampagueó desde la puerta corrediza, que conducía al ala del castillo. El revólver de Orlinov replicó. Una bala rozó el cuello de la capa de La Sombra.

Una de aquellas pistolas automáticas respondió cuando la mano desapareció.

El tiro fue certero. Iván Orlinov prefirió un grito de rabia. El revólver rodó por el suelo, en la parte exterior de la puerta.

El ruso no esperó. No intentó cerrar la barrera. Huyó por el corredor. La Sombra le persiguió. El hombre de negro disparó un tiro demasiado tarde.

Orlinov doblaba un recodo cuando el hombre misterioso apuntó desde la puerta corrediza.

Luego, desde el otro extremo del pasillo, apareció un hombre frenético y despeinado, con una pistola en alto. La Sombra lanzó una carcajada y extendió los brazos, mostrando su capa flotante.

Era Cliff Marsland, que venía de los sótanos; su humeante pistola anunciaba el trabajo que había realizado.

El ruido del tiroteo de La Sombra había llegado al cuarto de tortura. Cliff actuó entonces. Petri y el gangster no pudieron pararle. Abatió primero al pistolero y luego a Petri.

Avanzando, La Sombra señaló hacia la barrera por la cual había pasado.

Cliff comprendió. Tenía que montar la guardia abajo, mientras su misterioso jefe perseguía al ruso.

Pasaron por el centro del pasillo, Cliff dirigiéndose hacia la puerta y La Sombra hacia la escalera. El hombre de negro se puso de pronto alerta al llegar a los escalones.

La escalera estaba a oscuras y La Sombra se convirtió en un ser de las tinieblas al ascender peldaño tras peldaño. Perdido en un rincón oscuro, sus chispeantes ojos descubrieron a un gangster agazapado; el centinela de Orlinov de guarda en el corredor del segundo piso.

El centinela vió un leve movimiento, el movimiento de una figura fantasmal.

Al apuntar su revólver en aquella dirección, salió del lugar una llamarada. El pistolero cayó de bruces, escalera abajo; otra víctima de La Sombra. El estruendo de la pistola automática fue terrible en aquel espacio de bajo techo.

La Sombra subía ahora. Saltó por encima del cadáver del pistolero. Se detuvo en un rincón y escudriñó el pasillo.

Iván Orlinov, empuñando un revólver en su mano ilesa, escudriñaba en dirección de la escalera. No vió a ninguna figura humana, pero distinguió, por el suelo del pasillo, una larga silueta, negra y disparó.

Fue un esfuerzo inútil. La pistola del vengador ladró. Una muñeca de Orlinov fue herida. Ahora, el hombre de las tinieblas, semejante a un monstruo viviente, se aproximó al espantado ruso. No obstante, Orlinov, a pesar de su miedo, sonreía retador, sus blancos dientes reluciendo a través de su espesa barba.

-¡Ha llegado demasiado tarde! -gruñó el moscovita-. No ha evitado mi obra. He liberado los gases. Los muertos que vivían ya no viven.

Un cordón que pendía explicaba la obra de Orlinov. La Sombra rió suavemente. Esta era la amenaza; el modo cómo los prisioneros podían suprimirse en caso de urgencia. Tal era el plan de Orlinov.

Sin preocuparse más de su imposibilitado enemigo, La Sombra introdujo la mano debajo de la capa y sacó una llave. La insertó en una puerta y la giró.

Fue a una segunda puerta y repitió la operación; luego a una tercera y a una cuarta. Orlinov le contemplaba desconcertado.

Cuatro hombres salieron, uno tras otro, de cuatro habitaciones diferentes.

Austin Bellamy, un anciano flaco y débil, se quedó mirando estupefacto, extrañando el significado de su libertad.

Clark Murdock, de ojos sagaces, miró a La Sombra y luego, ceñudo, a Orlinov. El profesor Pedro Rachaud, un francés con una barbita, aparecía perplejo. Matt Hartley, un hombre fornido, de mediana edad, se quedó en jarras, con una expresión de profunda sorpresa en el rostro.

La Sombra habló:

-Son ustedes los muertos-anunció-. Los muertos que vivían prisioneros para obedecer las órdenes de este demonio y otros dos monstruos que ahora yacen muertos abajo.

La voz de La Sombra era un cuchicheo escalofriante, que parecía, irreal.

Parecía que las paredes del extremo pasillo hubiesen hablado. Y aunque aquellas palabras significaban la libertad para los hombres que las escuchaban, no pudieron reprimir un estremecimiento al oírlas.

-Ese cordón-el cañón de la pistola que La Sombra empuñaba con la mano derecha, indicó el cordón que pendía-, fue colocado por Orlinov. Con un simple tirón, habría liberado unos gases venenosos para matarlos a todos ustedes. No obstante, anoche-los ojos de La Sombra se clavaron en el ruso-ya desconecté el mecanismo infernal.

Orlinov rugió presa de una furia impotente. La Sombra profirió una risa burlona. De repente, la figura de negro se irguió y quedó inmóvil. Oíanse unos disparos cuyos ecos provenían del piso inferior.

Girando sobre sus talones, el hombre de misterio se alejó con rapidez en dirección de la escalera. Un segundo después había desaparecido dejando a cuatro hombres estupefactos, contemplando ceñudos al monstruo que estaba sentado en el suelo, imposibilitado.

De pronto, Austin Bellamy, que había estado prisionero varios años, lanzando un chillido salvaje, se abalanzó sobre Orlinov. Sus manos arrancaron la barba del ruso. Sus dedos largos y huesudos se hundieron en la garganta del monstruo.

El ruso intentó resistir. Con ambas manos heridas e imposibilitadas, no podía sujetar al enfurecido hombre que le atacaba.

Como una langosta luchando con una serpiente cobra, Austin Bellamy, con toda la rabia contenida durante muchas meses; tiró al ruso de un lado a otro, estrangulándole y golpeándole la cabeza contra el suelo, y las paredes.

Ninguno de los otros hombres hizo el menor movimiento para contenerle.

Ellos también habían sufrido. Aunque la venganza de Bellamy era primitiva, no quisieron intervenir.

Cuando el enfurecido anciano cayó exhausto al suelo la cabeza de Iván Orlinov pendía a un lado, descoyuntada. El monstruo había encontrado su fin.

Se oyeron más disparos de abajo. Los hombres rescatados se pusieron en marcha en fila india, Hartley recogió el revólver de Orlinov. Murdock encontró la pistola del gangster muerto en la escalera y se la quedó.

En el pasillo, en la planta baja, encontraran a otro pistolero, agonizante. La barrera corrediza estaba abierta. La atravesaron, primero Hartley y luego Murdock.

Pedro Rachaud iba el tercero; detrás, seguíale Austin Bellamy. Vieron más cuerpos en el vestíbulo. La puerta principal estaba abierta. Un hombre entró y levantó la mano. Era Cliff Marsland.

Los otros reconocieron que era un amigo. Silenciosamente, el joven los condujo al salón. Allí, en el suelo, les mostró los cuerpos de tres hombres.

Gerardo Savette y Glade Tremont habían perecido. Las balas de la pistola de La Sombra y los tiros disparados por Haroldo Sharrock se combinaron para desembarazar al mundo de esos monstruosos malhechores.

El tercer hombre era el mismo Sharrock. Agonizaba de una herida recibida cuando Tremont le arrebató el revólver. Sharrock, el hombre que había intentado reparar el daño que había causado, miró con ojos vidriosos a su hermanastro Austin Bellamy.

El rostro del anciano, endurecido por el odio a Orlinov, adquirió una expresión de ternura. Conocía que Sharrock le traicionó y había gastado su fortuna; pero sentía una profunda compasión.

Bellamy se agachó y levantó la cabeza de su hermanastro. Mirándole unos ojos llenos de afecto, y sosteniéndole unas manos compasivas, Haroldo Sharrock exhaló el último suspiro.

Cliff Marsland señaló a los hombres en dirección del vestíbulo. Los cuatro hombres se dirigieron solemnemente hacia el pórtico. Permanecieron envueltos en la oscuridad, mirando

hacia el otro lado del prado bañado por la luna, libres ya de las hordas criminales que les dominaran.

-La policía llegará pronto-explicó Cliff Marsland-. Yo también estaba prisionero aquí. Era el secretario de Orlinov. Me encerró cuando supo que yo estaba investigando lo que sucedía aquí.

-¿Quién era el hombre que vimos arriba?-preguntó Matt Hartley-. El hombre vestido de negro, el que hirió al ruso. El hombre que rió...

-Era el que me rescató-respondió Marsland-. Me tenían en la cámara de las torturas cuando él atacó. Lo encontré en el pasillo cuando ya escapaba...

-¿Quién es él?-interrogó Clark Murdock.

-Le llaman La Sombra-contestó Cliff.

-¡La Sombra!

El nombre pasó de uno a otro. La fama de La Sombra era conocida. Los hombres rescatados comprendieron.

Marsland salió del pórtico y se paró en el prado, sobre la blanda hierba, contemplando el viejo castillo. Los otros hombres le acompañaban, examinando aquellos muros que los habían tenido prisioneros.

El castillo de “Glamartin” estaba silencioso ahora, silencioso donde las pistolas habían tronado. La última ola de gangsters había entrado mientras Cliff Marsland guardaba el pasillo. La Sombra llegó a tiempo de enfrentarse con ellas.

Entre las plantas y arbustos y en otros diversos lugares que ofrecían un refugio temporal, yacían algunos heridos y agonizantes, los restos de los que pudieron huir del último ataque de La Sombra.

Glade Tremont, Gerardo Savette, Ivan Orlinov y Biff Towley. Los cuatro, muertos. Ninguno de los jefes de la banda había quedado vivo.

Cliff podía reclamar una participación en la victoriosa lucha por el derecho; pero fue el genio de La Sombra lo que decidió la batalla.

Un disparo lejano resonó al otro lado del prado y sus ecos repercutieron por los fríos muros del siniestro castillo. Los hombres rescatados se miraron los unos a los otros. Tan sólo Cliff Marsland sabía su significado.

La Sombra había encontrado al vigilante de las verjas. El último de la banda de malhechores había recibido su castigo. Engullido en la oscuridad de la noche de la montaña, La Sombra había terminado con el último enemigo que quedaba para amenazar la seguridad de los liberados prisioneros.

Cliff Marsland se imaginó oír los débiles tonos de una risa lejana, una risa larga y burlona que se desvaneció en la nada.

¡El triunfo de La Sombra, el misterioso vengador, era completo!

¡Los hombres a quienes se tuvo por muertos, volvían a la vida!

¡La Sombra había triunfado!

¡La Sombra volvería!

¡La Sombra reía!

FIN